
HARLEQUIN
Bianca
Nobles y Plebeyos
Una princesa para él
Robyn Donald

Una princesa para él

El millonario neozelandés Hunter Radcliffe no se parecía a ningún otro hombre que hubiera conocido la princesa Lucia Bagaton. Ella jamás podría estar con un plebeyo, pero tampoco podía resistirse a la atracción que había entre ellos. Sin embargo, el mayor problema no había llegado aún, porque Lucia se había quedado embarazada de Hunter. Aunque jamás le había dicho que la amaba, Hunter insistía en casarse con ella y Lucia sabía que no tenía otra elección. Después de todo, aquél no sería más que otro matrimonio de conveniencia entre la realeza de Bagaton... pero sería el primero en el que la princesa estaría embarazada.

¿Podría haber amor verdadero entre una princesa y un plebeyo?

Prólogo

HUNTER Radcliffe miró por la ventana de su jet privado y, con sus ojos azules, observó el desierto que se extendía miles de pies más abajo. Miró el reloj y confirmó que en poco más de una hora aterrizaría en Dacia, una pequeña isla del Mediterráneo.

Nada más subirse al avión en Capetown, su asistente personal le había entregado una revista del corazón.

—¿Cuándo he leído yo este tipo de revistas? —le había preguntado Hunt al asistente.

El joven puso una amplia sonrisa.

—Pensé que a lo mejor le gustaría verla. Publican fotos oficiales del príncipe y la princesa de Dacia en el día de su boda.

Hunt ya tenía una foto dedicada de la pareja real, así que había dejado la revista en el asiento de al lado hasta que la curiosidad lo forzó a abrirla.

Las fotos habían sido tomadas en una de las habitaciones del palacio real. Aunque el príncipe Luka y su esposa, Alexa Mytton, parecían fríos y formales, nada podía ocultar la felicidad que irradiaba de ambos.

Debido a que tenía un compromiso previo, Hunt no había podido asistir a la boda, y por eso iba a

cumplir la promesa de visitar a su vieja amiga y a su nuevo esposo.

Hunt pasó de página y se fijó en los ojos de color ámbar de una mujer que miraba distante a la cámara.

Era la princesa Lucía Bagaton, una prima lejana del rey de Dacia, y su invitada.

La Princesa de Hielo…

Era una de las damas de honor de Alexa y la expresión de su rostro indicaba que no estaba disfrutando nada de aquel evento. Hunt frunció el ceño. Probablemente, pensaba que su querido primo no había elegido bien a su esposa. Hunt odiaba la gente esnob.

Con un movimiento de muñeca, tiró la revista sobre el asiento contiguo.

Pero momentos más tarde la abrió de nuevo por la misma página. Nunca había conocido a Lucía Bagaton, aunque había oído hablar

mucho de ella porque el hijo de uno de sus socios la había conocido, se había enamorado, y había muerto por ella.

Tres meses antes, después de la boda real, Hunt se había reunido con el padre de Máxime Lorraine y el hombre no había dejado de llorar la muerte de su único hijo. Años antes, el joven neozelandés había decidido forjarse un futuro en territorio extranjero, igual que había hecho Hunt. Édouard Lorraine había ayudado a Hunt a sortear los complicados protocolos de la sociedad y la economía europea.

—Ella lo atrapó —le había dicho Édouard con su fuerte acento inglés antes de dejar una copa vacía sobre la mesa—. Después, cuando él le pidió la mano, ella lo rechazó.

—¿Por esnobismo?

—Posiblemente. Los Bagaton tienen un pedigrí de hace unos dos mil años, mientras que, como bien sabes, yo no soy nadie. Además, creo que también por dinero.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Hunt arqueando las cejas.

El hombre agarró la botella de coñac.

—¿Tú también quieres? Estoy seguro de que me concederás este lujo por una vez —se sirvió otra copa—. Puede que ella se hubiera enamorado de él, pero lo que más le atraía era el dinero. Ella no tiene nada. O una miseria.

—Creía que los Bagaton eran ricos.

—El príncipe sí, pero el padre y el abuelo de ella se gastaron la herencia como si pensaran que tenían una mina de oro. Tiene una posición estable, pero cuando el príncipe Luka anunció su compromiso con tu compatriota, la princesa Lucía comprendió que la influencia que tenía en Dacia había terminado. Hoy día, los títulos valen dos centavos, incluso los de princesa, pero tienen valor comercial. Es lógico que su mejor apuesta fuera encontrar un hombre rico con quien casarse.

—Cambiar su distinción social por su dinero —dijo Hunt con desprecio.

—Ella tiene ciertas cualidades que aumentan su valor —dijo Eduard con una cínica sonrisa—. Su rostro bonito y su figura esbelta son valores añadidos. También su discreción. No ha participado en ningún escándalo.

—¿La conoces?

—Por supuesto. Tan pronto como Máxime me contó que se había enamorado de ella, fui a Dacia. Es una mujer inteligente, de buenas maneras, siempre contenta y con un repertorio interminable de temas

de conversación. Como la realeza que aparece en los libros —dio un sorbo de coñac—. Me cayó muy bien, y me dio la impresión de que mi hijo le gustaba, aunque nunca contó lo que pensaba —Hunt no hizo ningún comentario—. Máxime le pidió que se casara con él el día después de que el trato de Cortville se estropeara delante de mis narices. Seguro que lo recuerdas, algunos analistas estaban seguros de que todo saldría bien desde el principio.

—Lo recuerdo. Estaban equivocados.

—Fue una situación crítica durante una semana, en la que la Princesa de Hielo rechazó la mano de mi hijo. El regresó destrozado y decidió unirse a aquella expedición —Hunt frunció el ceño pero no dijo nada—. Si ella no hubiera sido tan ambiciosa, si hubiera esperado unos días, ahora tendría a mi hijo y su dinero, y una vida con muchos más privilegios que la que había tenido. Pero no esperó y ahora él está muerto, perdido en un estúpido intento de descubrir dinosaurios en los pantanos de África. No se habría marchado si ella no lo hubiera rechazado.

Hunt se quedó pensativo. Máxime no había sido el clásico niño rico mimado, pero sí lo suficientemente joven como para sentirse invencible. Hasta que rompió con la princesa y decidió marcharse a África.

Le faltaba menos de una hora para conocerla y Hunt observó su rostro aristocrático que parecía tranquilo en la página de la revista. Aunque sentía lástima por el triste final de Máxime, no era asunto suyo si la princesa Lucía de Dacia era despreciable, una mujer que había sustituido la integridad por la malicia y el interés propio.

Se fijó en sus labios sonrosados y provocativos y se estremeció. Era una mujer muy bella. Tenía el cabello oscuro y lo llevaba recogido en una corona de trenzas, la piel dorada como un amanecer mediterráneo y los ojos de tigresa, de color ámbar con brillos dorados.

La princesa Lucía irradiaba sensualidad. Durante años había vuelto locos a los periodistas, no había hombres en su vida, no asistía a grandes fiestas, y sólo se dedicaba a las buenas obras y a intentar pasar desapercibida. Ni siquiera su romance con Máxime había llegado a los periódicos. En Dacia, su primo tenía poder suficiente como para mantener en privado los asuntos familiares.

Pasó de página y vio otra fotografía de ella bailando con un hombre. El pie de foto preguntaba si la Princesa de Hielo habría encontrado al hombre de su vida.

—Así que es lista, discreta y prudente —dijo Hunt en voz alta—.

Una princesa modelo dispuesta a venderse al mejor postor.

Hunt tenía cosas mejores que hacer que observar las fotos de una mujer calculadora y sin corazón. Cerró la revista y la dejó a un lado pero, el rostro de aquella bella mujer permaneció en su mente.

Aquel rostro bonito, ocultaba a una mujer que se había entregado a un hombre que la amaba para después desdeñarlo.

Hunt se preguntaba si alguna vez la princesa se arrepentiría por haber dejado a Máxime Lorraine.

Se desperezó y esbozó una gélida sonrisa. Pronto encontraría la respuesta de algunas de sus preguntas porque ella iría a recogerlo al aeropuerto de Dacia.

Capítulo 1

LA PRINCESA Lucía de Bagaton, Cía para los allegados, se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y se puso las gafas de sol. Al momento, llevó la mano al colgante de brillantes que llevaba en el cuello y lo acarició como si fuera un talismán. Al darse cuenta de lo que había hecho, dejó caer la mano a su regazo y tensó los labios.

Aunque aquello no era un encuentro oficial, se había vestido de manera conservadora. Hunter Radcliffe era un importante hombre de negocios, además de un amigo de Alexa, la nueva esposa de su primo.

«La última persona que vine a recoger al aeropuerto fue Alexa, ahora la princesa Alexa de Dacia», pensó Cía.

Aquel encuentro había cambiado la vida de Cía, pero el de ese día no lo haría. Sería la última vez que iría al aeropuerto a recoger a alguien en representación de Luka. Una semana más tarde se marcharía de la isla, el lugar que había sido su hogar desde que tenía diez años.

—Ya hemos llegado, Alteza —anunció el chófer a través del intercomunicador de la limusina.

—Gracias.

Antes de que el coche se detuviera ella relajó la expresión de su rostro. Los ciudadanos de Dacia esperaban verla sonriente. Agarró el bolso y esperó a que le abrieran la puerta. Sonrió al chófer y se dirigió al edificio del aeropuerto.

En el ascensor privado que llevaba a la sala de espera reservada para la familia real daciana, le preguntó al director del aeropuerto:

—¿El jet del señor Radcliffe llegará puntual?

—Aterrizará dentro de unos minutos, Alteza.

—Bien —sonrió—. Estupendo. ¿Cómo está su nuevo nieto?

—Es un niño encantador. ¡Y tan avispado! Ayer me echó una sonrisa y, aunque mi esposa y mi hija me dicen que es demasiado pequeño, yo sé que no eran gases. Conozco la diferencia entre una mueca de dolor y una sonrisa.

Cía salió del ascensor y, caminando delante de él, le dijo:

—Debe de saber que es un bebé con suerte, y que tiene una relación especial con su abuelo.

A ella le encantaban los niños. A veces, durante las noches que pasaba sin dormir, pensaba en los hijos que ya nunca tendría. Una vez más, llevó la mano hasta su cuello y tocó las cinco piedras preciosas que formaban una estrella. Al instante, la retiró de nuevo.

El director abrió la puerta haciendo una reverencia.

—Quizá sea demasiado pequeño para darse cuenta —dijo riéndose—. Confío en que todo esté como lo desee, Alteza.

Cía echó un vistazo a la habitación.

—Parece que todo está bien, como siempre. Gracias.

Él asintió y se acercó a la ventana.

—Ah, aquél debe de ser el caballero que espera —dijo con satisfacción al ver que un jet entraba en la pista de aterrizaje—. Creo que es un amigo de la princesa Alexa ¿no es así?

—Sí. Es neozelandés, como ella —dijo con voz tranquila y normal.

Había practicado suficiente. Luka llevaba cuatro meses casado con su esposa neocelandesa. Cía había estado muchos años tratando de aceptar que él nunca la vería como nada más que la prima lejana, más joven, que se había convertido en su responsabilidad cuando se quedó huérfana.

La mayor parte de la gente superaba sin dificultad los flechazos de la juventud, pero ella no conseguía sacar a Luka de su corazón. Amar a alguien durante más de la mitad de veinticinco años no era una costumbre fácil de romper.

El jet privado se dirigió al edificio y se detuvo al final del puente móvil. Con una sonrisa clavada en los labios, Cía se acercó a la puerta para recibir a Hunter Radcliffe.

«Lo único que necesito es que esté enamorado de Alexa y así tendremos la trama de una novela moderna de esas que terminan con llanto y desilusión», pensó Cía.

Pero el hombre al que había salido a recibir no tenía aspecto de haber amado a nadie en su vida. Al verlo acercarse hacia la puerta, Cía pestañeó y sintió cómo se le secaba la boca. Las fotografías de Hunter Radcliffe que aparecían en las revistas no transmitían el carisma que irradiaba de su persona.

Cía tragó saliva. De repente, el mundo parecía un lugar mucho más vital.

Era un hombre alto, más alto que Luka, con anchas espaldas, piel bronceada y paso de atleta. Al ver que se acercaba, Cía sintió un nudo en el estómago.

—Bienvenido a Dacia, señor Radcliffe —dijo en inglés, y antes de

tenderle la mano, puso una amplia sonrisa—. Soy Lucía Bagaton, la prima del príncipe Luka.

Él le estrechó la mano.

—¿Cómo está, Alteza? Me alegro de estar aquí —dijo con cortesía.

Cía había hecho algunas investigaciones y había descubierto que él se había criado sin madre y que, como ella, se había quedado huérfano a los catorce años, lo que le había obligado a vivir durante tres años en una casa de acogida. A los veintitantos años, Hunter se había convertido en un operador de bolsa, un trabajo mediante el que uno podía hacerse rico pero para el que se necesitaban nervios de acero, gran conocimiento del ramo y muy buena suerte.

Una vez que había hecho fortuna, abandonó ese arriesgado mercado y amplió sus intereses en el campo de las finanzas.

Desafiando el fuerte impacto de su mirada, Cía decidió que él era lo bastante formidable como para conseguir todo aquello que se propusiera. La gente sensata posiblemente se ponía a cubierto cuando él buscaba signos de debilidad con la mirada de sus ojos azules.

Ella no podía huir.

—Mi primo y Alexa le piden disculpas. Por desgracia, están en...

—Una reunión especial de una organización benéfica. Lo sé —levantó la vista al ver que un mozo le llevaba el equipaje.

Era un hombre que no perdía el tiempo. ¿Y por qué Alexa no había elegido casarse con él?

No es que hubieran cambiado mucho las cosas. Cía llevaba mucho tiempo resignada ante el hecho de que Luka nunca la querría como ella deseaba que la quisiera.

—Estarán en casa cuando nosotros lleguemos —dijo ella, con mucha educación—. Me temo que antes de que podamos irnos tendrá que pasar por Inmigración y Aduanas —cinco minutos más tarde, después de que le sellaran el pasaporte y llevaran su equipaje hasta la limusina, ella señaló hacia la puerta—. Por aquí.

Él la dejó pasar primero.

—Después de usted, Alteza —sus palabras incluían cierto tono de burla.

Cía caminó por el pasillo con la espalda bien derecha. Una de dos, o no le había caído bien, o él no aprobaba la monarquía. Había mucha gente que opinaba que era una forma de gobierno atrasada, ¡pero no había quien convenciera de ello a los da—cianos!

Y a Cía no le importaba lo que aquel hombre pensara de ella. Sin embargo, le sorprendía que Alexa, una mujer encantadora, pudiera

tener un amigo tan arrogante.

Una vez en el ascensor, Cía se disponía a presionar el botón cuando se sobresaltó al sentir una mano sobre la suya y se retiró deprisa.

—Supongo que vamos a la planta baja, Alteza —dijo él. Una vez más, esa palabra era pronunciada con sarcasmo.

—Sí —dijo ella.

Él apretó el botón y el ascensor comenzó a bajar. Era ridículo que se sintiera tan afectada por su presencia.

Decidió que era el color de sus ojos lo que la alteraba. Estaba acostumbrada al color dorado de la familia Bagaton. Alexa tenía lo ojos grises, y aunque Cía tenía parientes ingleses con ojos azules, ninguno traspasaba sus defensas con la mirada como si fuera un láser.

¿Hunter Radcliffe podría ser cariñoso? Haciendo el amor quizá...

De pronto, una ola de adrenalina la invadió por dentro. Se quedó mirando al frente, consciente del vital aroma que desprendía el hombre que estaba a su lado.

Él se movió un poco y la miró sonriente. Era una sonrisa sexy y demoledora. Cía sintió que se le formaba otro nudo en el estómago.

—Creo que nunca había subido en un ascensor reservado para la realeza —dijo él.

Cía forzó una sonrisa.

—Es para las visitas privadas —contestó. Era como si la presencia de Hunter invadiera el espacio. Iba vestido con pantalón y camisa de algodón y, a su lado, Cía se sentía demasiado formal—. No hace falta que me llame Alteza. Incluso en situaciones formales, sólo se emplea una vez, después basta con un simple señora. Informalmente, la mayor parte de la gente me llama Lucía.

—Gracias por decírmelo.

Cía lo miró a los ojos. Al ver que él sonreía, descubrió que no le había dicho nada que no supiera.

Hunter Radcliffe se codeaba con la élite mundial, así que conocía todos los detalles de las formalidades.

Con una sonrisa profesional, Cía guardó la estrella de brillantes debajo del cuello de su vestido. Le daba la sensación de que iba a ser una larga semana.

—Tendrá que perdonarme si cometo muchos errores. En Nueva Zelanda no solemos tratar con la realeza.

—Oh, no se preocupe. Ustedes, los kiwis son una gente muy adaptable. Alexa se ha adaptado fenomenal. Me parece que me dijo

que había sido condecorado por la reina de su país, ¿o algo así? Lo siento. No lo recuerdo bien. ¿O quizá se equivocó ella?

—Por lo que parece Alexa se ha mantenido al día con la prensa de nuestro país —dijo él, frunciendo el ceño.

El ascensor se detuvo en la planta baja mientras Cía saboreaba un instante de satisfacción.

—Y estoy segura de haber visto fotografías suyas acompañando a una princesa de otra casa real europea —murmuró, y se puso las gafas de sol antes de salir a la calle.

—No esperaba que fuera una ávida lectora de las columnas de cotilleos.

—Estoy emparentada con casi todas la familias reales de Europa y, ya sabe, entre la familia las noticias corren deprisa —dijo ella. La princesa le había confesado que era un amante estupendo.

Aunque no se lo hubieran comentado, Cía lo habría adivinado. Su potente masculinidad era evidente. Pero se había quedado sorprendida cuando la prima había continuado diciéndole que él le había sido fiel durante el tiempo que estuvieron juntos.

—Por aquí —dijo Cía, señalando la limusina que los estaba esperando.

Una vez dentro del auto y acomodados, Hunter le preguntó:

—¿Qué es lo que está haciendo aquí, señora? ¿Obras benéficas?

—Me llamo Lucía —dijo ella, y trató de sonreír para que no se notara que se había sonrojado—. Y en cuanto a lo que hago... nada. Solía ser la secretaria de eventos sociales del palacio.

Atractivo no era la palabra adecuada para Hunter Radcliffe, era una palabra demasiado insípida para describir el potente rostro que le daba tanta autoridad. Y no tenía la misma belleza masculina que tenía Luka.

Pero no tenía un rostro que ella pudiera olvidar con facilidad y Cía tenía la sensación de que aquel hombre podría ser un buen enemigo.

—¿Secretaria de eventos sociales? Parece una profesión fascinante.

Cía trató de mantener la calma. No sólo era evidente que no le caía bien, sino que él estaba dispuesto a demostrárselo.

—Alguien tiene que hacerlo, y es una manera de ayudar a Luka.

—¿Y por qué necesita ayuda?

—No necesita ayuda, necesita una persona eficiente que sea buena organizadora.

—¿Y su necesidad era motivo suficiente para que usted dedicara su vida a sus eventos sociales?

—Mi madre murió cuando yo tenía diez años, y mi padre no estaba muy interesado por mí, así que Luka se ocupó de que pasara con él todas las vacaciones del colegio y, cuando terminé la escuela, vine a vivir aquí.

Él asintió.

—Creía que tenía parientes británicos.

—Tampoco estaban muy interesados en mí. Luka y Guy, otro primo de la familia Bagaton, me hicieron sentir que tenía una familia. Pero a Luka lo conocía mejor. Quería pagarle lo que había hecho por mí de cualquier manera posible.

—Deduzco que el colegio interno estaba en Inglaterra —comentó él—. Eso explicaría el buen acento que tiene.

—Eso, y el hecho de que mi madre era inglesa.

—Así que el tono de su piel lo heredó de su padre.

—No del todo. Mi madre era medio francesa y me parezco a ella, pero por supuesto, el cabello oscuro y los ojos marrones son característicos de todo el mediterráneo.

—Es posible, pero esa piel del color y la textura del oro satinado, y los ojos color ámbar cálido no lo son —dijo con voz masculina y sensual.

Cía sintió que una ola de calor la invadía por dentro y no pudo evitar tocar la estrella de brillantes que llevaba al cuello.

Se sonrojó al ver que Hunter seguía sus movimientos con la mirada y soltó el colgante enseguida. «Este hombre es peligroso», pensó ella.

—Sabe hacer cumplidos interesantes. Cálido ámbar, he de recordar eso. Creo que nadie ha descrito nunca de esa manera los ojos de la familia Bagaton. También me gusta la idea de la piel como oro satinado —puso una sonrisa fría y distante—. Quizá haga que ponerse crema protectora todo el rato sea algo menos molesto. El aroma predominante en el verano mediterráneo es el de la crema protectora.

—El suyo no. Cuando camina deja en el aire una mezcla de perfume caro y suave. Y en cuanto a su piel, ha de saber que todos los hombres que la ven se preguntan cómo se vería junto a la de ellos.

Cía experimentó una serie de sensaciones tan poderosas que no le permitían pronunciar palabra para cambiar de tema.

El silencio se apoderó del ambiente y, al cabo de un momento, ella dijo con una sonrisa:

—Me temo que no lo sabía.

Nunca se habría imaginado que se podía sentir una atracción tan fuerte por un hombre al que no conocía y que enseguida había

empezado a caerle mal. Cuando la miró fijamente, supo que no tenía manera de enfrentarse a él. Protegida del resto de los hombres por el amor que sentía por Luka, a los veinticinco años, seguía siendo virgen.

¡Una virgen que se excitaba al ver a aquel hombre!

O bien, era un mujeriego como se decía en los ecos de sociedad de los periódicos o él sentía lo mismo por ella. Sus ojos azules brillaban con fuerza y su sonrisa era de admiración.

Pero Cía estaba convencida de que con el carisma, el poder y el dinero que él tenía, la mujeres se arrodillarían a su paso y lo más probable era que no fuera a causa del dinero ni de su estatus social.

Al ver a una niña caminando por la carretera, frunció el ceño.

—Julio, para un momento, por favor —le dijo al conductor por el intercomunicador.

—¿Alteza?

—La llevaremos —dijo ella, ignorando la mirada inquisitiva de Hunter Radcliffe. Se bajó en cuanto el coche se detuvo—. Bueno, pequeña, ¿qué haces que no estás en la escuela? —le dijo en daciano.

La niña, que no tenía más de seis o siete años, dio un paso atrás hasta que la reconoció. Entonces, se lanzó a sus brazos y comenzó a llorar.

Cuando la pequeña se tranquilizó, Cía la hizo subir al coche y le sonsacó lo que había pasado.

Era una historia larga y complicada. Cuando terminó, Cía dejó de rodearla con el brazo y dijo:

—Ya basta, Gracia. Suénate la nariz y sécate las lágrimas. Creo que será mejor que te lleve a casa y hable con tu madre.

La pequeña sonrió y obedeció. Después se volvió para mirar a Hunter. Para sorpresa de Cía, él esbozó una sonrisa y dijo en daciano:

—Buenos días, señorita.

La niña se rió y él le guiñó un ojo. Después, miró a Cía y cuando sus miradas se encontraron, ambos dejaron de sonreír.

Cía sintió que le daba un vuelco el corazón y desvió la mirada a otro lado.

Al menos, él no iba a quedarse mucho tiempo. A esas alturas de la siguiente semana ya habría salido de Dacia.

«Y yo también. Iré a Londres para llorar por el amor que nunca tuve», pensó y notó que la niña le agarraba el colgante que llevaba en el cuello.

—Es precioso —susurró la pequeña—. Mi madre tiene una cruz, pero no brilla como ésta.

—Me lo regaló el príncipe por mi cumpleaños

—dijo Cía. Levantó la vista y vio que Hunt miraba la estrella con interés. En inglés, le dijo—. ¿Habla bien el daciano?

—Puedo saludar, despedirme y decir alguna frase más.

Ya. Le he dicho que mi primo me la regaló cuando cumplí dieciocho años.

—Un buen regalo —dijo Hunter—. Las piedras son buenas.

El coche se detuvo frente a una casa de piedra y Cía dijo:

—Entraré con ella y le explicaré a su madre lo que ha pasado.

Hunt asintió y le dijo a la pequeña.

—Que Dios te acompañe.

—Lo mismo digo, señor.

Hunt las observó entrar en la casa agarradas de la mano.

Era evidente que en Dacia no daban mucha importancia a la seguridad. El chófer se había bajado del coche y miraba a su alrededor, pero sin mucha precaución.

Hunt abrió la puerta del coche y salió a la calle para respirar un poco de aire fresco. No le sorprendía que la princesa Lucía fuera tan buena con los niños. Al fin y al cabo, eso era lo que hacían las mujeres de la realeza. Sonreír, aceptar los ramos de flores que les entregaban los niños y aprender a tratarlos con cariño.

Esperaba que a Alexa le gustara todo eso. Y también, que su marido se percatara de que se había casado con una artista de verdad y no con una aficionada a la fotografía.

También esperaba no ver demasiado a la princesa Lucía durante la siguiente semana. Desde el momento en que posó la vista sobre ella, sintió cómo se le aceleraba el corazón. Había tratado de analizar por qué le sucedía tal cosa. Conocía a suficientes mujeres bellas como para ser capaz de observarlas sin querer acostarse con ellas.

Desde luego, había algo especial en aquella mujer. La piel bronceada, las largas pestañas, y la boca sensual que parecía controlada pero que seguro era salvaje en la intimidad. A todo eso, había que añadir un cuerpo esbelto y una voz fría cuando hablaba inglés y muy cálida y femenina cuando hablaba en daciano.

No era de extrañar que Máxime se hubiera enamorado de ella.

La observó salir de la casa con la niña agarrada de la mano y acompañada por una mujer sonriente que llevaba un bebé en brazos y otro niño a su lado.

Hunt sintió que su cuerpo se ponía alerta. Los rayos del sol' iluminaban el rostro de Cía y, a medida que se acercaba al coche,

resaltaba la curva de sus senos y sus caderas.

Él abrió la puerta y se subió al coche.

El chófer abrió la puerta para que la princesa y la niña entraran y esperó a que ella le diera instrucciones.

En cuanto arrancó el coche, Cía le dedicó una sonrisa fría al hombre que estaba sentado al lado de la niña.

—Vamos a llevar a Gracia al colegio.

La pequeña lo miró y él puso una de sus sonrisas demoledoras.

—¿Se había escapado? —preguntó Hunter.

—Prefería estar en casa con su madre y sus hermanitos.

—Pero el decreto real ha hecho su función.

—Le he prometido que si va al colegio todos los días que no esté enferma, Alexa irá a visitar su colegio a final de año para entregarles los certificados de asistencia.

Al oír el nombre de la princesa, Gracia se volvió para mirar a Hunter.

—¡Es como una princesa de cuento! La vi montada en la carroza con un vestido blanco y el príncipe a su lado. Es tan guapa.

Tratando de no ponerse celosa, Cía tradujo sus palabras y después comentó en daciano:

—No irá al colegio con el vestido de boda, pero llevará un vestido bonito.

—¿Puede decirle a Gracia que si va al colegio todos los días le enviaré un libro sobre Nueva Zelanda?

Gracia sonrió y preguntó dónde estaba ese país, así que, durante el resto del recorrido mantuvieron una conversación en dos idiomas.

Cuando Cía regresó al coche después de dejar a Gracia en el colegio, Hunter Radcliffe le dijo con admiración:

—Ha hecho un inteligente trabajo de relaciones públicas. Espero que a Alexa no le importe que haga citas por ella.

—Estoy segura de que no le importará. Ella sabe lo importante que es la educación de los niños —cambió de tema sin mucha delicadeza —. Luka me ha dicho que le interesa la reforestación de bosques, señor Radcliffe.

—Me llamo Hunter.

—Hunter —repitió ella.

—Pero la mayor parte de la gente me llama Hunt —al ver que ella permanecía en silencio, continuó—. Como imagino que te habrás dado cuenta al conocer a Alexa, los neocelandeses somos gente informal, pero decidida.

—Hunt —dijo entre dientes. Y sospechó que la expresión de sus ojos color ámbar indicaba lo apropiado que consideraba su nombre.

Capítulo 2

HUNT puso una sonrisa y la miró fijamente con sus ojos azules. —Sí, me interesa mucho la reforestación.

—¿Sucedió algo especial que te iniciara en ese campo?

—Compré una explotación de ganado en...

—¿Cuál es la diferencia entre una granja y una explotación?

—Una explotación es mucho más grande que una granja. Suele estar en un lugar más pobre, lejos de la civilización y, mientras que las granjas suelen producir gran variedad de productos, las explotaciones suelen ser de pasto, es decir, su negocio es producir comida para los animales. ¿Hay algo más que quieras saber?

—El tema del idioma es muy interesante. ¿Vives en esa explotación? Alexa me contó que vivías en Northland.

—Así es. El lugar al que me refiero está a cientos de millas al sur, en un lugar en el que se ha arrasado con la vegetación original y el terreno se está erosionando muy deprisa.

—Así que has plantado árboles. ¿Has elegido especies autóctonas o exóticas?

—Elegí árboles exóticos para las partes más erosionadas porque crecen más deprisa, pero los barrancos los he repoblado con especies autóctonas.

Cía miró por la ventana tratando de ignorar su potente voz y concentrarse en lo que estaba diciendo. Al ver que se callaba, intervino ella:

—El padre de Luka plantó árboles aquí cuando se dio cuenta de que el terreno de las colinas estaba desmoronándose hacia el mar. Funcionó bien.

—Estaba adelantado a su tiempo —comentó Hunt—. Estoy seguro de que te estoy aburriendo. No hace falta que me des conversación.

Cía sintió que una ola de calor recorría su cuerpo. Era la primera vez en muchos meses, desde que asumió que Luka amaba a Alexa, que se sentía tan enérgica.

Hunter Radcliffe tenía un poderoso efecto sobre ella.

—Oh, no te preocupes, dar conversación es una parte vital de mi trabajo.

—¿Eso significa que aburrirte o aburrir a la gente es parte de tu trabajo?

—Ambas cosas.

—Parece un infierno tener que tratar con gente que te aburre a la vez que esperas no aburrirlos a ellos. ¿Por qué no buscas un trabajo apropiado?

—Pero en este trabajo conozco gente fascinante —contestó ella, con brillo en la mirada.

Él se rió abiertamente. Cía sintió que la energía que sentía aumentaba por momentos. Podía cerrar los ojos y recordar cómo era aquel hombre, los rasgos de su rostro, la nariz recta, los pómulos prominentes y la marcada línea de su mentón.

Tenía la sensación de que el efecto de su fuerza y su masculinidad no la abandonaría durante mucho tiempo.

—No me estabas aburriendo —dijo él—. Me gusta cómo se mueve tu boca cuando hablas y cómo empleas tus pestañas. ¿Esos trucos también son parte del trabajo?

«Sin duda, es un amante estupendo», pensó ella.

Cía aguantó su penetrante mirada todo lo que pudo. Cuando él entornó los ojos, ella se percató de que estaba tocando el colgante que le había regalado Luka. Retiró la mano con naturalidad y dijo:

—La mayor parte de mi trabajo es pasar desapercibida.

—¿Desapercibida? —él arqueó las cejas y la miró pensativo—. Con ese rostro, no pasarías desapercibida ni en un harén.

—Eres demasiado amable —dijo ella, disgustada porque había tenido que controlarse para no reaccionar como una adolescente.

Al parecer, Hunt había decidido que halagarla ya no le parecía entretenido porque se apoyó en el respaldo y miró por la ventana para contemplar el paisaje. La primavera había llegado a su máximo esplendor y el campo estaba lleno de diversos colores.

Cía decidió que estaba disfrutando del viaje. Aquel hombre tenía una mente formidable. Era un hombre formidable, con carácter y muy seguro de sí mismo.

Al recordar que Alexa estaba interesada por las antigüedades, ella señaló una iglesia construida sobre las ruinas de un templo romano.

—Ésta es la carretera antigua que va desde el puerto hasta la villa de un emperador romano en las montañas. No vamos al antiguo palacio de la ciudad, se utiliza sobre todo para celebrar actos oficiales. Luka y Alexa viven en el palacio pequeño, es un lugar mucho más acogedor que está en las montañas. Hace más fresco y tiene jardines preciosos.

Hunt escuchó su dulce voz y sintió cómo su cuerpo se ponía alerta.

Normalmente era capaz de ser distante y controlar sus sentimientos, pero aquella mujer era demasiado poderosa.

Comprendía por qué Máxime Lorraine había huido de la civilización cuando ella lo rechazó. Posiblemente era la primera vez que alguien rechazaba al atractivo heredero de la fortuna de la familia Lorraine y no fue capaz de soportar la humillación. Según la carta que Máxime había escrito antes de marcharse al Congo, ella lo había convencido de que ambos sentían lo mismo el uno por el otro.

La voz de la princesa interrumpió el pensamiento de Hunt.

—¿Tengo entendido que eres un viejo amigo de Alexa?

—La conozco desde que era una chica de dieciséis años enamorada de una cámara de fotos.

—Todavía está enamorada de la fotografía. Ha donado varias fotos magníficas a una exposición internacional para recaudar fondos para obras benéficas.

Cuando salieron de la carretera principal y comenzaron a subir una colina, Hunt miró por la ventana sin ver el paisaje.

Había conocido muchas mujeres bellas en su vida. Algunas, pero pocas, tenían personalidades que combinaban con sus rostros. Sospechaba que Édouard estaba en lo cierto, aquella mujer tenía el corazón de una sirena, frío, maquinador y avaricioso.

—¿Realmente tienes un parentesco cercano con el príncipe? —preguntó él.

—Muy lejano —dijo ella.

—¿Pero lo bastante cercano como para ser princesa?

—Las costumbres europeas difieren de las británicas. Mi bisabuelo era el segundo hijo del entonces gobernador de Dacia. Todos sus descendientes pueden reclamar el título.

—¿Cuántos príncipes o princesas de Dacia hay por el mundo?

—Mi primo Guy es el otro que hay, y pasa la mayor parte del tiempo ocupado con sus negocios —le dijo con tono educado.

—¿Y sólo quedáis los tres?

—Algunos murieron en diferentes guerras, pero mis antepasados no fueron muy prolíficos.

—Dijiste que tenías parentesco con todas las familias reales de Europa.

—Pero muy lejano —dijo ella—. Ya hemos llegado.

Hunt observó cómo los centinelas abrían la verja. Cuando el chófer detuvo el coche junto a una escalinata de piedra, un asistente se apresuró para abrirles la puerta y dos personas bajaron a recibirlos.

Como siempre que veía a su primo, Cía sintió que se le encogía el corazón. Pero esa vez, se sentía extraña a causa del hombre que tenía a su lado. Por algún motivo, se sentiría muy humillada si Hunter descubría que estaba enamorada de Luka.

Alexa parecía cansada, pero los recibió con una cálida sonrisa y besó a Hunt en la mejilla antes de presentárselo a su marido. Ambos hombres estrecharon las manos. A Cía le bastó con una mirada para saber que se habían caído bien.

Un fuerte sentimiento de soledad la invadió por dentro y pensó: «Me alegrará marcharme de Dacia».

En cuanto se percató de que Luka amaba a Alexa, deseó marcharse lo más lejos posible, pero la lealtad y el protocolo la habían obligado a quedarse. Él le había pedido que ayudara a su nueva esposa a adaptarse a su nuevo papel de princesa y no podía decepcionar a Luka, ni a la mujer que él amaba.

A pesar de que estaba decidida a marcharse, la idea de volver allí sólo como invitada le rompía el corazón.

Pero Alexa había entrado en la vida de la isla con mucha dignidad y discreción, algo que contaría a su favor.

—Muchas gracias por haber ido a recoger a Hunt.

—De nada —dijo Cía. Levantó la vista y vio que Hunt la estaba mirando con los ojos entornados. Experimentó una extraña sensación en la base del estómago. Puso una sonrisa formal y salió con ellos al jardín del elegante palacio.

Hicieron una comida informal. Luka se marchó temprano a otra reunión y, poco después, Cía también salió con la excusa de trabajar un rato.

Al salir del salón de la residencia privada, oyó que Alexa decía algo y que Hunt se reía a carcajadas.

Cía se estremeció mientras subía por las escaleras. Cerró la puerta de su despacho y encendió el ordenador.

Horas más tarde, apagó el ordenador y se acercó a la ventana para observar el jardín lleno de flores.

¿Conseguiría superar el tormento del amor? Como la mayor parte de las mujeres, deseaba un matrimonio feliz y tener hijos.

Pero por desgracia, quería que los hijos fueran de Luka.

Se volvió al oír que se abría la puerta. Al ver a su primo le dio un vuelco el corazón.

—¡Hola! ¿Ya ha terminado la reunión?

—Sí —se acercó a ella para verle la cara—. Pareces triste. Antes

también lo parecías. ¿Qué te pasa, Cía? —ella no fue capaz de contestar—. Puedes contármelo, Cía. Sabes que te quiero y que pase lo que pase, te apoyaré. ¿Es por un hombre?

«¡Oh, Luka!».

—No, por supuesto que no es por un hombre. Estoy un poco sensible. Acabo de terminar el trabajo que me quedaba pendiente y me he acordado de que dentro de una semana tengo que marcharme de Dacia.

—Yo sé cómo ocuparme de eso. Alexa también se pone nostálgica a veces.

Si aceptaba el consuelo que él le ofrecía, se lanzaría a sus brazos. Había guardado el secreto durante años y no iba a revelárselo en el último momento.

—En cuanto me vaya estaré bien, pero ahora me estoy acordando de todo lo que me gusta de Dacia y estoy en un estado muy delicado. Te lo advierto, si me tocas, me pondré a llorar. Me niego a ir a la cena con los ojos rojos y la nariz colorada. Hunter Radcliffe ya opina que soy un parásito con cerebro de mosquito y que me gusta la vida fácil. No quiero que crea que lloro.

—Así que te gusta —dijo Luka riéndose.

—Creo que es un cerdo autoritario —contestó ella con una sonrisa malvada—. Sin embargo, es un cerdo autoritario muy atractivo. Aunque cerdo quizá sea la palabra equivocada. Me recuerda a un felino poderoso, pero podré defenderme.

—Me temo que no es el hombre adecuado para retar —dijo Luka frunciendo el ceño.

—¡Olvídate! —sonrió ella—. El orgullo me dice que no puedo dejarlo escapar siendo tan pretencioso —al ver que su primo seguía frunciendo el ceño, dijo—: Luka, ¡no estoy pensando en escaparme con él! Tiene que ser una persona decente o no sería amigo de Alexa, pero no me cae bien. Por supuesto puede que sea porque él piensa que soy como un parásito remilgado.

—Lo dudo —dijo Luka, y miró el reloj—. Te veré en la cena.

Una vez a solas, Cía llevó la mano al colgante, suspiró y lo soltó.

Quizá, para asegurarse de que ni Luka ni Alexa se percataran de cuánto le disgustaba la idea de tener que marcharse, aquella noche coquetearía con Hun—ter.

Sería emocionante coquetear con él, y nada peligroso, porque él era lo bastante duro como para no tomarse en serio los avances de una mujer.

No como el pobre Máxime, quien se enamoró de Cía perdidamente y cuando ella rechazó su propuesta de matrimonio, se disgustó tanto que se marchó insultándola.

La escena había sido muy desagradable y, semanas después, cuando Cía leyó sobre su muerte en los periódicos, se quedó consternada.

Más tarde, cuando estaba a punto de anochecer, Cía se puso un vestido oscuro, se retocó el maquillaje, se peinó el cabello y se puso unos zapatos de tacón.

—De acuerdo, ese hombre es mucho más alto que tú —dijo mirándose al espejo—. Un par de centímetros no van a cambiar mucho las cosas.

Salió del palacio y se adentró entre los jardines. A mitad de camino apareció un hombre entre el pinar y al reconocerlo, Cía sintió que se le aceleraba el corazón. Hunt iba vestido de negro y el traje hacía que resaltara su fuerza.

Sintió que se le secaba la boca y tuvo que tragar saliva para poder saludarlo cuando llegara a su altura.

Él se detuvo y la esperó.

Cía notó que se le erizaba el vello y dijo:

—Buenas noches.

—Buenas noches —contestó él con seriedad.

—Alguien debería haberte mostrado cómo…

—Lo intentaron, pero no era necesario —se volvió para continuar caminando con ella—. ¿Llego tarde?

—No, yo llego pronto. Vamos a cenar en el cenador del jardín, así que voy a asegurarme de que todo esté en orden.

—¿En el cenador?

—¡Espera a que lo veas! A finales del siglo diecinueve, después de visitar Inglaterra, uno de nuestros antepasados decidió que quería un cenador en el jardín, así que construyó uno.

Aquella mujer lo inquietaba demasiado y Hunt se sintió molesto por su manera de reaccionar ante ella. Cada vez que la veía, o que pensaba en ella, un fuerte deseo se apoderaba de él.

La deseaba en ese mismo instante, y de todas las maneras en que un hombre puede desear a una mujer.

Pero él no había llegado donde estaba dejándose llevar por los instintos más primitivos. Lo que sentía por la princesa Lucía era algo puramente físico, el reflejo de un animal cuando encontraba una hembra receptiva para copular.

Y él no era un animal, así que podría controlarlo. Momentos antes, había pensado en la posibilidad de hacerla sufrir un poco por haberse comportado de manera cruel con Máxime. Pero no tenía derecho a vengarse. Además, ella sólo había jugado al matrimonio según las reglas de su clase social.

De pronto, Cía metió uno de los tacones entre las baldosas del paseo y se tropezó. Hunt se apresuró y la agarró del codo, atrayéndola hacia sí.

Ella se quedó de piedra. Él la miró fijamente. ¿Cómo reaccionaría ella si la besaba? ¿Con una sonrisa o con una bofetada?

—Gracias, estoy bien —dijo ella con la respiración entrecortada. Se separó de él y continuó caminando sin mirar atrás.

Hunt la alcanzó con un par de pasos y se contuvo para no tomarla en sus brazos y ocultarla entre el bosque de coniferas para besarla de forma apasionada.

—Si tienes que ponerte zapatos poco apropiados, por mucho que muestren tus magníficas piernas y tus bonitos tobillos, haz que te acompañe un lacayo o lleva un bastón.

Ella lo miró pero no contestó y ambos continuaron caminando en silencio en un ambiente lleno de tensión. Hunt la miró de reojo y se fijó en que tenía la espalda tensa y estirada, pero que mantenía bajo control la expresión de su rostro.

Se detuvieron frente a un edificio de mármol que recordaba a un foro romano. Hunt lo miró arqueando las cejas.

—¿Y esto es un cenador para ti? No se parece a ninguno de los que yo he visto —comentó.

Ella soltó una carcajada y a Hunt le pareció algo increíblemente erótico.

—También construyó una réplica de un templo griego en una playa. Luka dice que tenía delirios de grandeza, pero yo creo que era un romántico.

—¿Es algo de familia?

Cía subió por los escalones de mármol y atravesó las grandes puertas de madera. En la habitación había una mesa larga decorada con velas y flores.

—Ahora somos todos muy prácticos —dijo ella, mirando hacia la mesa—. Eso es lo que pasa con los monarcas, los que no aprenden a adaptarse pierden su trabajo.

—Tu familia se ha adaptado bien —comentó él—. El príncipe ha tenido éxito en el mundo de la banca internacional y tu primo Guy

dirige una de las empresas más importantes de informática del mundo.

—Sí —dijo Lucía, y señaló hacia la columnata del otro lado del cenador—. Si quieres ver por qué mi antepasado construyó aquí, ven fuera.

Las columnas daban a unos escalones de piedra con forma semicircular. Abajo había una zona empedrada con sillas y tumbonas para disfrutar de la vista. En una esquina, el sonido de una fuente acariciaba el ambiente.

Hunt cruzó la terraza caminando al lado de Lucía. Percibió el aroma de las flores y se fijó en una tumbona lo suficientemente grande como para acomodar a dos personas.

«Quizá el antepasado de Lucía tuviera delirios de grandeza, pero diseñó este lugar como un centro de seducción», pensó con ironía.

Lucía se detuvo al final de la terraza y apoyó las manos en la barandilla. En el horizonte, las luces de la ciudad principal de Dacia rodeaban el puerto.

—Ése es el puerto —dijo ella, con voz fría—. Durante el día se pueden ver granjas, huertos y bosques. Parece un cuadro de la época medieval.

—Mi casa también tiene una vista como ésta —dijo Hunt—. Sólo que no hay puerto, ni pueblos, ni luces. Y cuando se llega al mar, no hay nada hasta que se llega a Chile, excepto algunas cosas como Tahiti y la Isla de Pascua. No se parece a una pintura medieval.

—Suena maravilloso. Como la última frontera —dijo ella. La baranda estaba caliente por el sol, pero el calor que Cía sentía a su alrededor era provocado por Hunt Radcliffe. No podía concentrarse en nada más que en él. Lo miró de reojo y notó que se le aceleraba el corazón, igual que le había pasado cuando él la sujetó para que no se cayera. Recordó que tenía las manos fuertes, como las de un hombre trabajador. La había agarrado con tanta seguridad que pensó que podrían derretírsele los huesos—. Nueva Zelanda parece un país precioso. Sé que Alexa lo echa de menos a veces.

—El amor que siente por Luka debe de compensarla.

Él no tenía ni idea del daño que provocaban sus palabras. El amor de Luka compensaría cualquier cosa.

Cía confiaba en haber ocultado su sorpresa. Hunt no parecía el tipo de hombre que creyera en el amor. De hecho, una revista lo había nombrado el soltero más convencido del mundo. Ella recordaba que en las fotografías que acompañaban el artículo aparecía él con bellas mujeres agarradas del brazo.

—Por supuesto —dijo sin emoción en la voz—. ¿En qué zona de Northland vives? Supongo que cerca de Auckland —le parecía lógico que viviera cerca de la ciudad más grande del país ya que tenía que viajar a menudo a otras zonas del mundo.

—En una colina, no muy lejos de un lugar que se llama Doubtless Bay. Bastante al norte.

—Ah, muy lejos de Auckland.

—A cuatro horas en coche o a una en avión.

—No muy cerca —dijo ella, preguntándose por qué había sido tan brusco en la respuesta. ¿Quizá la sospecha que ella tenía acerca de que él estaba enamorado de Alexa era verdad?

Lo miró una vez más y se fijó en las facciones de su rostro. Había algo en él que le recordaba a Luka. Ambos estaban hechos para gobernar.

«Si ama a Alexa, está perdido», pensó ella, porque su compatriota amaba de verdad a su marido. Se veía en su mirada cada vez que la dirigía a Luka, en su sonrisa, y en su voz cuando mencionaba su nombre. Nadie podía equivocarse.

Capítulo 3

AL OÍR las voces de los que se acercaban, Cía se volvió aliviada: —Ahí llegan los demás.

Para su sorpresa, Hunt le ofreció el brazo.

—Esos zapatos no están hechos para subir escalones —le dijo.

Cía se había agarrado al brazo de miles de hombres, sin embargo, antes de agarrar el de Hunt, dudó un instante.

—¿Estás asustada, Alteza?

—Aterrorizada —dijo ella—. Como has insinuado, una mujer nunca sabe lo que un hombre está pensando.

Él soltó una carcajada.

—Estoy pensando lo mismo que cualquier hombre que esté cerca de ti, que eres preciosa.

—Gracias —dijo ella con falsedad—. Tú también eres muy atractivo.

—Gracias. También me preguntaba si alguna vez permites que la verdadera Lucía Bagaton emerja de detrás de la máscara de princesa que llevas puesta.

—Es una lástima que no vayas a descubrirlo nunca.

—¿Eso es un reto? —preguntó Hunt, con brillo en la mirada.

Cía se puso derecha y se alejó unos pasos, pero cuando Luka y Alexa aparecieron en los escalones, él la sujetó por el brazo provocando que se pusiera nerviosa.

—Yo nunca reto a nadie.

—Me retas cada vez que me miras. Pero no te preocupes, ya no tengo edad para aceptar retos así como así. Hoy día he de saber que hay algo que merece la pena.

—¡Has hablado como un verdadero magnate!

Él la fulminó con la mirada.

—No tienes de qué preocuparte, princesa —dijo él—. No voy a subir a la torre para pedir una recompensa.

El tono inflexible de su voz hizo que ella se estremeciera. No se le ocurría nada que decir, así que subió por los escalones para encontrarse con Alexa y Luka.

Mucho más tarde, mientras se desmaquillaba frente al espejo, Cía pensó que el antepasado que construyó aquel lugar estaría contento

con la tarde que habían pasado.

Mujeres bellas y enjoyadas coqueteando con hombres atractivos, y algunos, incluso manteniendo conversaciones interesantes.

Todo el evento aderezado por el aroma de comida estupenda, de magníficos vinos y de la luz de la luna sobre el Mediterráneo.

Por supuesto, Hunt había encajado a la perfección. Era un hombre que podía enfrentarse con éxito a cualquier situación. «Los millonarios suelen poder hacerlo», pensó ella mientras se limpiaba las pestañas.

Todas las veces que ella lo había mirado él había estado hablando con un hombre o bromeando con una mujer. Cía había escuchado cómo una mujer francesa, conocida por su belleza y su discreción le había ofrecido una clara invitación, y Hunt la había rechazado con una sonrisa y sin ninguna muestra del cinismo con el que se dirigía a ella.

¡No le importaba! Le daba igual lo que Hunt pensara de ella. Y tampoco le importaba que no la hubiera sacado a bailar.

De pronto, alguien llamó a la puerta. Ella se dirigió a abrir mientras se abrochaba con fuerza el cinturón del batín.

Era Luka.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella con nerviosismo.

—Esperaba que no te hubieras cambiado de ropa todavía. ¿Puedo pasar?

—Sí, por supuesto. ¿Ocurre algo?

—No —frunció el ceño—. ¿Desde cuándo me conoces, Cía?

—Desde que nací —contestó ella.

—Primero como tu primo, y después como una especie de sustituto de hermano y padre —dijo, mirando su dormitorio—. He sido injusto contigo... manteniéndote aquí cuando deberías haber estado disfrutando de la vida y encontrándote a ti misma.

—He disfrutado mucho de la vida, gracias. Y nunca me he perdido.

Luka la miró con una expresión indescifrable.

—De adulto a adulto, he de decirte que aunque Hunt Radcliffe sea un hombre emocionante y sofisticado, no es un hombre del que convenga enamorarse.

—¿Te ha sugerido Alexa que me hablaras acerca de esto?

—No. Me di cuenta inmediatamente de que está interesado en ti, ¿y por qué no? Eres bella como la primavera. Sé que bromeamos sobre que él era atractivo pero, esta noche, me ha dado la sensación de que quizá te interese más de lo debido.

Cía se relajó.

—Lo encuentro interesante —admitió ella—, pero no soy tonta. Reconozco a un rompecorazones en cuanto lo veo.

—Yo no lo llamaría así —dijo Luka—. Hasta el momento, las mujeres con las que ha salido no han arriesgado su corazón. Pero no eres como ellas. Y él es mucho más complicado que el joven Lorraine. Te quiero, y odiaría verte sufrir, hermanita.

Era insoportable oírlo hablar así cuando durante años ella había deseado que la amara de otra manera.

—No me hará daño —dijo ella con una sonrisa—. De todos modos, no le gusto. Creo que se podría decir que somos contrincantes educados.

El príncipe la miró y dijo:

—Hay hombres a quienes les resulta difícil tratar con las mujeres que han traspasado sus barreras. Se creen fuertes e invencibles, y cuando descubren que una mujer puede echar por tierra esa creencia, la rechazan —hizo una pausa y sonrió—. Durante un tiempo, hasta que admiten que para ellos es la única mujer que hay en el mundo.

Como Alexa para él.

—No te preocupes por mí —dijo ella—. Él es muy atractivo, pero todos los días conozco hombres así. ¡No voy a enamorarme de él!

—Alexa siempre me dice que todavía pienso que eres la niña perdida que vino aquí por primera vez. Puede que sea así.

Ella nunca lo había amado tanto como en aquel momento, y nunca había deseado tanto decirle a gritos que, para lo inteligente que era, podía ser bastante tonto para algunas cosas.

Pero había tenido tanto cuidado a la hora de ocultar su secreto que ¿cómo podía culparlo por no haberse dado cuenta? Con el llanto atrapado en la garganta, lo miró y le dijo:

—Luka, no podrías haber sido un hermano mejor. No puedo imaginar cómo habría crecido si tú no hubieras cuidado de mí.

El recuerdo de su madre, que murió muy joven por una sobredosis, y de su irresponsable padre se apoderó de ella.

—Te las habrías arreglado. Eres mucho más fuerte que tus padres. Tienes la verdadera sangre de los Bagaton. Así que... buenas noches —la besó en la mejilla y salió de la habitación.

Adiós fue la palabra que permaneció en su corazón. Adiós a todo lo que amaba. A la isla, al hombre que había hecho que su vida mereciera la pena.

Cía se sentó en la cama y miró la habitación que había utilizado desde que iba a la escuela.

Luka había llenado el vacío de su vida. La había llevado a esquiar, la había enseñado a nadar, a jugar al ajedrez y se había preocupado por que continuara con las clases de piano. La quería.

Pero no de la forma que ella deseaba que la quisiera.

Despacio, se puso de pie y se quitó el batín. Marcharse de Dacia era una buena decisión.

—Admítelo —dijo en voz alta mientras se ponía el pijama—. Te has quedado aquí porque eres una cobarde, porque la idea de marcharte te hacía demasiado daño.

Y porque el dolor que sentía al ver a Luka en compañía de Alexa era menor que el que le provocaba no estar cerca de él.

Las lágrimas inundaron sus ojos y buscó un pañuelo.

¿Cómo se conseguía olvidar a alguien a quien se llevaba en el corazón? Había amado a Luka desde que era lo bastante mayor como para comprender sus sentimientos.

«Entonces, ¿por qué me estremezco cada vez que me toca Hunt Radcliffe?», pensó.

Se sonó la nariz. La reacción que tenía ante Hunt era una reacción química involuntaria, ni la mente, ni los sentimientos estaban implicados.

Le parecía humillante que la verdadera Cía, esa mujer que opinaba que Hunt era un hombre sarcás—tico y arrogante, no pudiera controlar su cuerpo y no pudiera evitar que la proximidad de aquel hombre la excitara.

—Es vergonzoso, ¡pero no terrible! Ni siquiera es importante —murmuró a la defensiva.

La atracción sexual no era algo fiable cuando se trataba de relaciones. ¿Cuántos reyes habían perdido el país porque se habían dejado llevar por la pasión?

—Demasiados —dijo en voz alta, y apagó la luz.

Por supuesto, él no era un rey que pudiera perder el país, pero ella ya había conocido varias relaciones efímeras como para saber que no era lo que quería. Deseaba amor y estabilidad y, por lo que decían las columnas de cotilleo, Hunt no era un nombre capaz de permanecer fiel a una mujer durante más de un año.

Se acurrucó en la cama y contempló el cielo estrellado por la ventana. Mientras se relajaba, se preguntó si conseguiría sacar a Luka de su corazón si cedía ante la atracción y mantenía una relación con Hunt.

Sonriendo, imaginó que Hunt la besaba y que ella le acariciaba los

labios con manos temblorosas mientras él susurraba su nombre…

—¡No! —exclamó, y se sentó en la cama disgustada por haber pensado en utilizar a otra persona.

Había hecho algo parecido cuando intentó enamorarse de Máxime. Aquel hombre le gustaba y ella confiaba en que la compenetración que sentían fuera el principio del amor, pero descubrió que había estado muy equivocada.

No pensaba volver a hacerlo. Pero Hunt era un hombre duro y no buscaría su amor pero, desde luego, no se le rompería el corazón cuando la relación terminara. Aun así, no podía hacerlo.

Encendió la luz, abrió un libro y lo leyó hasta que se quedó dormida. Al amanecer, despertó inquieta. Había soñado con el hombre que hacía que se le acelerara el corazón al verlo. En el sueño, Cía se rendía ante las caricias de Hunt y se dejaba llevar, haciendo cosas que nunca imaginó que se pudieran hacer.

En realidad, sabía que mantener una relación con Hunt sólo podía llevarla a la desilusión. Él no quedaría impresionado por una mujer cuya experiencia sexual se limitaba sólo a los intentos que Máxime había hecho para excitarla

—Ni lo pienses —se dijo, y salió de la cama.

Aquella mañana, Luka y Alexa tenían una reunión, así que ella se encargaría de acompañar a Hunt a visitar los alrededores.

Sentía un nudo en el estómago, y cuando se miró en el espejo vio cierto brillo en su mirada y que tenía las mejillas coloradas.

¿Qué tipo de mujer amaba a un hombre mientras tenía sueños eróticos con otro?

—Al parecer, las que son como yo —dijo en voz alta, y salió de la habitación.

Cuando terminaron de desayunar, ambos salieron del Little Palace. Hunt vio que el chofer los esperaba junto al coche.

—¿No sabes conducir?

—Claro que sí —dijo ella con una carcajada.

—¿El chofer es necesario por motivos de seguridad?

—En Dacia no.

Hunt puso una picara sonrisa.

—¿Te sientes más segura con un chaperón?

—No —soltó ella, enfadada porque él había dado en el clavo y ella ni siquiera se había dado cuenta de lo que pasaba.

Tratando de controlar la rabia, pidió que le sacaran su coche.

Hunt la observó con detenimiento durante los primeros minutos

del viaje.

—Conduces muy bien —comentó.

—Gracias. Me enseñó Luka.

Él asintió y miró por la ventana mientras ella subía por la colina que los llevaría al lugar donde vivieron los primeros habitantes de Dacia. Entre las rocas que ocultaban la entrada de la cueva, pequeñas flores adornaban el exterior.

—Imagino que hay una leyenda sobre todo esto —dijo Hunt mientras atravesaban un bosquecillo de mirto hasta la entrada.

El canto de las chicharras invadía el lugar y el sol blandía sus rayos con fuerza.

—Siempre hay una leyenda. Los primeros dacianos pensaban que su dios había nacido en la cueva. Cuando el cristianismo llegó a la isla, la cueva se transformó en la morada del eremita que ahora es el santo de la isla.

—La progresión habitual —Cía debió de poner cara de sorpresa, porque él continuó diciendo—. Conoces a Alexa lo suficiente como para saber que porque vengamos del hemisferio sur no significa que seamos unos incultos.

—A la mayor parte de los hombres ricos que conozco no les interesa más que ganar dinero para gastárselo. Es alentador encontrar a uno que tiene gran variedad de temas de conversación.

Él sonrió.

—¡Touché! Estoy seguro de que después de haber dicho tal cosa te sientes mucho mejor.

Cía sonrió y se acercó a la reja que tapaba la entrada de la cueva.

—Eres un hombre exasperante. ¿Hay alguien que consiga sacar lo mejor de ti?

—A veces. ¿Podemos entrar?

—Tengo una llave —dijo, y la sacó del bolso.

Hunt extendió la mano y ella le entregó la llave, preguntándose mientras abría la puerta por qué había permitido que tomara el mando. «Porque es un hombre hecho para mandar. Como Luka», pensó, y comenzó a adentrarse en la oscuridad.

—Yo iré primero —dijo Hunt.

—¿Por qué?

—Por algún motivo, va contra mis principios permitir que una mujer se adentre en la oscuridad antes que yo, así que, por esta vez tendrás que olvidar tu prerrogativa real.

—Ahí dentro no hay nada —dijo ella.

—Entonces, ¿por qué hay una reja? Creía que no teníais mucho problema de vandalismo.

—No lo tenemos. La mayor parte de la gente local no se acerca a los alrededores, el santo de la isla no se caracterizaba por su carácter amistoso y era un ermitaño, así que muy pocos dacianos están preparados para entrar a verlo.

—En ese caso, ¿por qué hace falta una reja?

—Es un lugar de importancia histórica y, de vez en cuando, generalmente un turista, decide que a lo mejor encuentra algo interesante, como ornamentos de oro —dijo ella caminando detrás de él. La entrada se estrechaba y la oscuridad impedía ver un giro del camino—. Cuidado, hay un giro que... ¡ay!

Se cayó al chocar contra Hunt. En medio segundo, percibió sus músculos de acero y el aroma masculino que desprendía su cuerpo y que se apoderó de ella como si fuera un afrodisíaco.

—Lo he visto —dijo él—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Debes de tener ojos de gato —contestó ella—. Hay una luz en...

—Todavía no —dijo él, y la agarró por los hombros—. ¿Crees que debemos terminar con esto y hacerlo de una vez? —le preguntó.

Cía lo miró con nerviosismo.

—No sé de qué estás hablando —le dijo.

—Es inevitable, y hasta que suceda vas a caminar junto a mí como si fuera contagioso.

—No sé lo que quieres decir —dijo ella con el corazón encogido.

—Esto —dijo él con impaciencia. Agachó la cabeza y la besó.

Cía se sorprendió al ver el placer que le provocaba el roce de sus labios. Se relajó y permitió que la besara, disfrutando del sexy aroma de su piel.

Cuando él separó la boca de la de Cía, ella suspiró con una mezcla de culpabilidad y placer, y se sorprendió al ver que le había rodeado el cuello con los brazos y que presionaba su cuerpo contra el de él.

Notaba lo mucho que Hunt la deseaba y sintió como si algo se derritiera en su interior.

—Bien —murmuró él, y la besó de nuevo con menos delicadeza.

Cía lo besó también y notó cómo el deseo se apoderaba de ella. Deseaba todo lo que él pudiera ofrecerle.

Allí mismo, y en ese mismo instante.

Él la abrazó y ella se estremeció, disfrutando del íntimo contacto con su cuerpo. Hunt no desaprovechó ni un momento y comenzó a

besarla con tanta pasión que provocó que ella se excitara aún más, dejándose llevar por la ardiente locura de aquel beso.

Hasta que él levantó la cabeza y dijo con frialdad:

—Ya está, terminado y hecho. Ya puedes dejar de mirarme cada cinco minutos con esa expresión atormentada —dio una paso atrás.

Sola y disgustada consigo misma, Cía trató de mantener el control. Aunque amaba a Luka, estaba temblando a causa del deseo frustrado que sentía por aquel hombre.

—Lo siento, si te he dado esa impresión —dijo tras reunir fuerzas de lo más profundo de su ser.

—¿Por qué? En caso de que no te hayas dado cuenta, es algo mutuo.

Con orgullo, Cía alzó el rostro y dijo sin perder la compostura:

—No estoy atormentada, Hunter Radcliffe. Debería haber un… ah, aquí está.

Aunque lo último que ella deseaba era que él pudiera verle la cara, encendió la luz. Aprovechando el brillo de la bombilla, parpadeó y ocultó las lágrimas que se agolpaban en sus ojos mientras miraba las paredes rocosas de la cueva.

Capítulo 4

HUNT sólo la había besado! Pero sus besos habían hecho que temblara el mundo y Cía sabía que era peligroso que él se enterara.

Cuando recuperó el habla, señaló la zona que habían excavado los arqueólogos.

—Han pasado un par de años desde la última vez que trabajaron aquí, y como ves, no hay nada muy emocionante. La mayor parte de las piezas están en el museo del puerto, por si estás interesado.

Hunt la miró.

—Claro que estoy interesado —le dijo con voz melosa. Ella se quedó sin habla y no pudo apartar la vista de él. Hunt normalizó la situación volviéndose para mirar a su alrededor—. ¿Se adentra más en la montaña?

—No. Sólo llega hasta aquí.

Se acercó a la zona que habían acordonado los arqueólogos y comenzó a contarle todo lo que habían encontrado, tratando de concentrarse en sus palabras y de olvidar todo lo que había sucedido.

Aunque dentro de la cueva había mucha humedad, no hacía frío, sin embargo, Cía se estremeció.

—Vamos —dijo Hunt al verla.

La agarró del codo y recorrieron el camino hacia la salida. Cía se puso tensa al sentir el calor de su mano. Cada vez era más sensible a que él la tocara.

«¿Y a dónde lo llevo? A algún sitio con gente», pensó. «¡Cobarde!»

—Luka quiere mostrarte su plan de reforestación la semana que viene, así que, ¿te gustaría ir ahora a ver el Oíd Palace?

—¿Por qué no? —dijo él con una sonrisa.

—El Oíd Palace era una colonia griega antes de transformarse en una fortaleza romana —le dijo Cía—. Cuando cayeron los romanos, tuvo el destino habitual, todos los que querían controlar esta parte del mundo lucharon por entrar aquí y oprimir a los habitantes de la isla.

Hunt contempló las grandes piedras de la fortaleza.

—Entiendo por qué Alexa y el príncipe prefieren vivir en el Little Palace —comentó—. Da la sensación de que esto ha estado bañado en sangre más de una vez.

—Después de que entrara el primer príncipe de la familia Bagaton,

no consiguieron invadirlo, pero tienes razón, no es un lugar agradable —esbozó una sonrisa—. El padre de Luka fue el primer príncipe que vivió aquí.

—Por lo que he oído, encajaría aquí perfectamente.

—Era un hombre duro —contestó con frialdad—. Vivió en tiempos difíciles y todo lo que hizo fue por Dacia. Luka también puede ser muy duro, si fuera necesario —hizo una pausa y añadió con cierta malicia —. Tengo entendido que tú también tienes esa fama.

—Así que, ¿está bien ser despiadado cuando es por el país de uno, pero no para beneficio personal? De algún modo, princesa, creo que me has catalogado como uno de esos hombres ricos a los que desprecias.

Hunt era demasiado astuto y, aunque enfrentarse a él era emocionante, ella se había arrinconado a sí misma.

—Tonterías. No te conozco lo bastante como para hacer esa clase de juicio.

Él se rió.

—Estoy sorprendido y decepcionado. Siento que yo te conozco bastante bien.

—Sólo por mi reputación —dijo ella, con las mejillas coloradas—. ¡Y estoy segura de que ambos somos lo bastante inteligentes como para no confiar en la información que dan los periódicos!

La próxima vez que tuviera que llevar a Hunt a algún sitio, elegiría un coche más grande. Sentía que estaba demasiado cerca y no conseguía olvidar el beso que habían compartido.

Con una sonrisa en los labios, salió del coche y se dirigió a una puerta donde un asistente los estaba esperando.

—Hola Paolo, felicidades por tu santo que es la próxima semana.

El joven sonrió, pero su sonrisa se desvaneció cuando su mirada se cruzó con la de Hunt.

—Gracias, Alteza.

—¿Cómo está tu abuela?

—Ha mejorado mucho desde que la princesa Alexa y usted fueron a visitarla. Mi madre dice que su visita le ha devuelto parte de la vida —dijo Paolo.

—¡Estupendo! Voy a mostrarle el palacio al señor Radcliffe.

El asistente hizo una pequeña reverencia.

—¿Quiere que eche a los visitantes del interior?

—No, no es necesario.

Hunt esperó a que llegaran a la sala de audiencias para

preguntarle:

—¿Conoces a todo el mundo de la isla?

—Tengo muy buena memoria para los nombres y los rostros, y la isla tampoco tiene demasiados habitantes.

Él miró a su alrededor y decidió que los príncipes no habían conseguido transformar la gran sala. Seguía siendo un lúgubre espacio medieval.

—Parece que esto está igual que siempre —comentó.

Ella soltó una carcajada.

—Me temo que mis antepasados se dieron cuenta de que no iban a ser capaces de civilizar esta parte del palacio, así que lo dejaron sin tocar. La mayor parte de los estandartes son reproducciones ya que, durante los siglos, los originales se los comieron los insectos.

Hunt ignoró a una mujer que los miraba fijamente.

—¿Visitaste Dacia muchas veces antes de venir a vivir aquí?

—Mi padre no se llevaba bien con el de Luka, y mi madre odiaba este lugar, así que sólo vinimos un par de veces. Cuando se separaron, Dacia no estaba en la agenda de ninguno de los dos —Hunt se percató de que hablaba con reservas. Sin duda, ella conocía la sórdida realidad acerca de la muerte de su madre por sobredosis, al fin y al cabo, la habían publicado en todos los periódicos. Pero no parecía que la princesa Lucía hubiera sufrido demasiado por haberse criado de manera poco convencional—. Después de la muerte de mi padre, pasé aquí casi todas las vacaciones del colegio.

La luz que entraba por una pequeña ventana iluminó el cabello oscuro de Cía y su largo cuello. Hunt notó que su cuerpo reaccionaba ante aquella magnífica visión. Besarla había sido un gran error. Todavía podía sentir el sabor de su boca y el ansia de su cuerpo contra el suyo.

Cía lo guió por el palacio contándole todos los misterios, las tragedias y las batallas del lugar, con el realismo y el humor negro propios de alguien que había aprendido las historias porque formaba parte de ellas.

Normalmente, a Hunt todo aquello le habría parecido muy interesante, pero ese día el deseo no le permitía concentrarse. En lugar de fijarse en las palabras de Cía, se fijaba en el tono de su voz y, a pesar de que la miraba con intensidad, había algo que le advertía que no debía volver a tocarla.

Hunt observó una espada que había en el arsenal.

—Es un sable medieval —dijo Cía—. Luka III derrotó con ella al

ejército invasor.

Hunt arqueó las cejas. El sable era grande y sin adornos.

—Desde luego parece algo serio, pero ¿a todo un ejército?

—Era un gobernador excelente para su época...

—Lo que significa que no tenía piedad pero sí mucho carisma.

—Y era taimado y astuto —dijo ella entre risas—. Por fortuna, era muy inteligente, así que conocía el valor de un buen mito. Cuando el pueblo le atribuyó a él solo la victoria, él la aceptó —Hunt observó el sable. Una mancha cubría la mitad de la hoja. Cía se colocó a su lado y continuó—. Hay otra leyenda que dice que es la sangre de un pirata cruel que trató de invadir Dacia.

—¿Y tú qué crees que es?

—Nadie ha sido capaz de averiguarlo —dijo ella, encogiéndose de hombros y continuaron observando la colección de armas.

Hunt respiró hondo y percibió el aroma floral que emanaba del cuerpo de Lucía. El deseo que sentía era tan fuerte que apretó los dientes para controlarse.

—Los príncipes eran grandes coleccionistas, algunas de las piezas son únicas, pero muchas son basura de clase alta —siguió Cía con un tono despectivo.

Hunt se fijó en un oso disecado que sujetaba una bandeja con una de sus patas delanteras.

—Esto es espectacular —dijo con ironía.

—Creo que ese oso disecado lo utilizaban para recoger las tarjetas de visita. Las joyas de la corona son mucho más interesantes.

«Y están en un lugar más tranquilo», pensó. Había varias personas siguiéndolos que se detenían al mismo tiempo que ellos.

Si pretendían escuchar algo interesante en la conversación que mantenían, se llevarían una desilusión, ya que Hunt estaba demasiado acostumbrado a ser discreto y no diría nada que pudiera publicarse en los periódicos.

Diez minutos más tarde, Hunt levantó la vista hacia una vitrina que contenía varias coronas de esmeraldas.

—¿Cuál es la que tú llevas?

—La más pequeña, por suerte. Es la que menos pesa de todas.

Él miró la corona y después la cabeza de Cía.

—¿Y cómo consigues mantenerla puesta?

—Cuánto más pelo se tiene para sujetarla más fácil resulta. La grande de las perlas es la de Alexa, y la de rubíes y esmeraldas es la corona real. Mi madre solía decir que poner todas las piedras del

mismo color era vulgar, mientras que poner dos colores contrarios era algo positivo, pero ella era una mujer inglesa con gusto refinado. Luka tiene la seguridad suficiente como para llevar cualquier cosa.

No paraba de hablar porque él no dejaba de mirarla.

—Los diamantes te pegarían más —dijo Hunt—. ¿O tu madre también los consideraría vulgares?

—Posiblemente, pero con tantas esmeraldas sin utilizar, ningún gobernador sensato se gastaría dinero en otro tipo de piedras. De todos modos, ésas no están hechas para nadie en concreto, sino para que la visita se sorprenda y crea que está frente a alguien de la realeza.

—Esas maravillosas gemas lo consiguen sin duda. Por supuesto, he oído hablar de las esmeraldas de Dacia, pero creo que nunca me han contado de dónde proceden y cómo llegaron aquí. Parece que alguien saqueó toda una mina de esmeraldas —dijo, y se inclinó para ver de cerca una sortija.

Cía se rió.

—Algo así. Uno de mis antepasados del siglo diecisiete se aventuró a ir a Sudamérica y, al regreso, le entregó a su padre un tesoro de los que sólo se encontraban entonces. Nadie descubrió nunca dónde ni cómo lo consiguió. Creo que fue un pirata quien lo robó de un barco español.

—Todo por una buena causa, ya que el padre del príncipe lo utilizó para fundar el banco de Dacia y hoy día supone la prosperidad del país —dijo Hunt—. Es una historia romántica.

—Creo que la historia era más sangrienta que romántica. No puedo mostrarte la cámara de la corona por motivos de seguridad. Pero si te interesa, Luka puede mostrarte toda la colección.

—¿Por qué no? Me gustaría ver cómo es el tesoro de un rey, y no creo que nadie que se haya criado gracias al programa benéfico neozelandés haya entrado en la cueva de Aladino.

«¿Cómo ha llegado a ser un magnate si ha crecido en un orfanato? Porque es un hombre tenaz e inteligente», pensó ella.

—¿Y por qué tú no puedes entrar en la cámara de la corona? —le preguntó Hunt.

—Porque las esmeraldas pertenecen a Dacia, y no a mí. Yo soy la clásica pariente pobre.

—Ya veo —dijo él, fijándose en la ropa que llevaba.

—Tengo un sueldo para comprar ropa.

—Y la pobreza es algo relativo.

—Sin duda —dijo ella, encogiéndose de hombros.

De su madre sólo había heredado lo justo para no morirse de hambre. Cuando terminara su trabajo en Dacia, tendría que buscar un empleo, porque no estaba dispuesta a aceptar ningún dinero de Luka cuando terminara los estudios universitarios. Hunt no hizo ningún comentario hasta que emprendieron el camino de regreso a Little Palace.

—Eres muy buena haciendo de guía. Cuando te marches de Dacia, si alguna vez te vas, podrás buscar trabajo en el sector turístico. En el de lujo, por supuesto.

—Resulta que sí voy a marcharme —dijo ella—. Pero no voy a dedicarme al sector turístico.

—Entonces, ¿qué harás?

—Ya encontraré algo —dijo airosa.

—¿Incorporarte a la jet sen —preguntó con desdén.

«Canalla», pensó ella.

—Algunos de mis amigos, incluso algún pariente por parte de mi madre, pertenecen a lo que tú llamarías jet set.

En la calle se había producido un altercado. Un asno estaba comiéndose las flores de una florista y la mujer trataba de deshacerse del animal. Hunt rompió el silencio que se había creado entre ellos con un comentario irónico.

—Podrías encontrar un buen esposo. Es el camino tradicional para las mujeres que están en tu situación.

Cía contestó entre dientes:

—¿Princesa empobrecida y sin trabajo, pero atractiva, busca marido rico y aristócrata, competente a la hora de organizar agendas de eventos sociales y con contactos familiares adecuados para cualquier arribista? —su voz volvió a la normalidad—. No creo.

—Olvida lo de aristócrata —sugirió él con cinismo—. A menos que no concibas la posibilidad de casarte con un nuevo rico.

—Si estuviera pensando en anunciarme de esa manera, probablemente lo hiciera. No soy una esnob, y la mayor parte de los aristócratas lo tienen difícil hoy día —dijo conteniendo la rabia.

—Ah, estoy seguro de que serías mucho más sutil.

—Da la casualidad de que voy a la Universidad.

—¿Estudiarás Historia del Arte?

—Filosofía y Letras. En Oxford.

En la calle continuaba el altercado y Hunt abrió la puerta del coche.

—Voy a ver si puedo hacer algo.

En ese mismo instante el dueño del asno consiguió apartar al animal de la floristería. Hunt se echó a un lado y regresó al coche.

—Ya no quedan muchos asnos en la isla. Los dacianos prefieren las motos.

—Comprendo por qué.

—Me gustan los asnos —dijo ella, esperando a que se despejara la calle.

—Parece que los contrincantes de esta trifulca acaban de darse cuenta de quién eres —dijo Hunt al ver que el dueño del asno se acercaba a ellos después de agarrar un ramo de fresias del quiosco de flores.

Metió el ramo por la ventanilla del coche y dijo:

—Lo siento, Alteza. Ese maldito animal me causará la muerte. No tiene ni idea de...

—¡Ésas no, idiota! —dijo la florista, quitándole las fresias y entregándole un ramo de rosas—. Tome, Alteza, rosas para combinar con su belleza. ¡Y porque las rosas son las flores del amor!

Cía miró a Hunt y vio que le sonreía. Ella también se rió y dijo:

—Gracias, pero...

Hunt se acercó a la ventanilla por encima de Cía.

—Debe dejar que se las pague —le dijo a la vendedora.

—¡Usted debe de ser el compatriota de la princesa! —dijo la mujer en inglés, y abrió la mano para recibir el dinero—. Alteza, ahora que el príncipe Luka ya ha encontrado esposa, ¿no es hora de que usted encuentre un marido? ¿Cuándo se va a celebrar otra boda real en Dacia? —dejó de mirar a Cía para mirar a Hunt.

Cía se sonrojó, y dijo con una sonrisa:

—A menos que el príncipe Guy se haya enamorado, de momento, no —dijo ella, y se sonrojó al sentir que Hunt le quitaba las flores del regazo y le rozaba uno de los senos sin querer.

La florista soltó una carcajada al oír el comentario de Cía y dio un paso atrás. Hunt dejó las flores en el asiento trasero y Cía arrancó el coche. Le temblaban las manos.

Hunt no dijo nada, aunque Cía sabía que estaba sonriendo. No había sido capaz de salir airosa de esa situación y el rumor se esparciría por la isla. No le importaba. La semana siguiente se marcharía de allí.

—¿Qué es lo que te ha hecho decidir ir a la Universidad? —le preguntó Hunt al cabo de un rato.

—Porque quiero —pasó a un camión y aceleró un poco—. Aquí ya no me necesitan. A Alexa ya la han aceptado, pero mientras yo esté aquí la gente me mirará a mí en lugar de a ella. Están acostumbrados a mí. En cuanto me vaya, ella ocupará el puesto que le corresponde en sus vidas.

—¿Y cuándo será eso?

—Justo después de que te vayas tú —dobló por la calle de Little Palace. Hunt iba mirando hacia delante y los párpados ocultaban su pensamiento, pero Cía estaba convencida de que tramaba algo.

Había sido un día estresante, pero el siguiente sería más relajado. Alexa había organizado un viaje en barco a una isla cercana, donde harían una barbacoa para comer junto a una laguna famosa por los bellos lirios que crecían en su orilla.

Cía miró a su alrededor. Estaban en una playa con la arena tan blanca que todo el mundo, incluido el cocinero y los camareros, llevaba gafas de sol. La gente hablaba, se bañaba y tomaba el sol. Todos parecían divertirse, mientras que ella se sentía atrapada bajo su propia nube gris.

Al menos, como había mucha gente, podía evitar a Hunt. Otra noche marcada por diversos sueños eróticos había hecho que se convenciera de que debía mantenerse muy alejada de él. Su perturbadora masculinidad estaba causando estragos en la calidad de su sueño.

Tras saludar a varias personas, se sentó junto Alexa a la sombra de los tamarindos y suspiró al sentir que el aire fresco rozaba sus mejillas calientes.

—Me encanta este sitio —dijo ella, y miró a otro lado. Varios metros más allá, dos hermanas en bikini coqueteaban con Hunt.

Alexa estaba un poco pálida.

—A mí también, aunque nunca imaginé que el aroma de los lirios pudiera ser tan fuerte. Ni siquiera han florecido del todo, debe ser horrible cuando esten todos abiertos.

—¿Te parece demasiado fuerte? —le preguntó Cía—. Podemos irnos a…

—¿Y privar a Hunt de esas hermanas? —Alexa se rió—. Quizá le estropeemos el día. En cualquier caso, sabes que no podemos irnos. No es que yo quiera irme… Estoy bien.

—¿Quieres que se lo diga a Luka? —Cía observó a la mayor de las hermanas. Hablaba con Hunt batiendo las pestañas y con un provocativo movimiento de labios.

Él dijo algo que hizo que las dos mujeres se rieran a carcajadas.

—Ni se te ocurra —dijo Alexa, y sonrió mirando al trío—. Me pregunto qué habrá dicho.

—¿Quién sabe? Es evidente que está acostumbrado a las mujeres bellas —comentó Cía.

—Bueno, sí. Los hombres ricos suelen estarlo ¿no es así? La primera vez que vi a Luka, una mujer despampanante estaba adulándolo mientras le daba ostras. Desde luego, parecía que estaba pasándolo bien.

Cía forzó una sonrisa.

—Pero eso fue antes de conocerte.

La mujer que estaba a su lado sonrió al ver que el príncipe se sentaba junto a ella. Cía bajó la mirada, le parecía indecente mirar a dos personas que se sonreían de esa manera. «No es justo», se quejó en silencio.

¿Pero quién había dicho que la vida era justa?

De pronto sintió una mezcla de humillación y antipatía por las dos chicas que estaban coqueteando con Hunt.

«Dos hombres... ¿Cómo puedo amar a uno y que la mirada del otro me haga estremecer sin control?

Lejos de ambos quizá fuera capaz de aclararse. —Iré a asegurarme de que todo va bien con la barbacoa —improvisó, y se puso de pie.

Cía pasó confusa el resto de la semana. La pena que sentía al pensar en alejarse de Luka quedaba solapada por la salvaje atracción que sentía hacia Hunt y que se acrecentaba cada vez que lo veía. No coincidían mucho. Él pasaba las mañanas reunido con Luka y los ejecutivos del banco. Las tardes, en eventos sociales. En algún momento, a mediados de semana, Cía descubrió que deseaba encontrarse con él de noche y mantener una conversación en la que el coqueteo y el enfrentamiento se mezclaran.

Él había tenido mucho cuidado para no tocarla otra vez, y ella le estaba muy agradecida por ello, pero a la vez, se sentía incómoda en su presencia. Se preguntaba si su rendición habría satisfecho el instinto depredador que había percibido en él.

Ya podía decir que había besado a una princesa. Pero él no lo veía como un cazador de trofeos. Estaba demasiado seguro como para necesitar la validación del público, y eso significaba que los columnistas de cotilleos no iban a enterarse de nada.

Peor quizá, el huérfano neozelandés disfrutaba con la idea de besar a alguien perteneciente a la realeza.

«No. Hunt, no. A diferencia de Máxime, él no necesita aumentar su autoestima con la opinión de los demás», pensó Cía.

Cada año, cuando el jardín alcanzaba el máximo esplendor primaveral, Luka celebraba una fiesta informal en Little Palace, seguida de una cena privada y un concierto en el Oíd Palace. Sería el último evento oficial al que Cía tenía que asistir y creía que no iba a pasarlo bien.

Durante todo el evento estuvo mirando a Hunt de reojo. Vio cómo se levantaba para hablar con una mujer elegante que coqueteaba con él de manera discreta.

«No estoy celosa», pensó Cía, y se sonrojó ligeramente al ver que Hunt la miraba por encima del elegante sombrero que llevaba la otra mujer.

Cía sintió un escalofrío, se mordió el labio inferior y desvió la mirada a otro lado.

A su lado, Alexa comentó:

—¿Te has fijado en que siempre coquetea con mujeres expertas? No dejará a ninguna con el corazón roto.

—Una semana no es tiempo suficiente para que a nadie se le rompa el corazón, ¿no crees?

—Supongo que no —dijo Alexa—. ¿Estás nerviosa esperando tu libertad?

—Más o menos —dijo Cía. Había llegado a un punto en el que el amor que sentía por Luka le causaba tanto dolor que deseaba marcharse.

—¿Y estás contenta de quedarte en London House?

—Hasta que comience la Universidad, sí —después, vivir con el recuerdo constante del pasado sería muy doloroso, así que buscaría una casa para vivir. Se alegró al oír que Alexa le decía:

—El té de la tarde está servido —y junto a Luka, entraron en la carpa.

Aquella noche, después del concierto, Cía se puso un vestido largo de algodón. Hacía calor y muy pronto el sol de verano luciría sobre la isla. Los veraneantes se tumbarían en la arena blanca, nadarían en el mar azul, beberían el vino de la isla y harían el amor.

Pero ella ya no estaría allí.

Y tampoco Hunt. Se puso unas sandalias y salió al pasillo, tratando de convencerse de que cuando él se marchara ella se sentiría mejor. Era un hombre demasiado dominante, duro, formidable, sexy e inteligente. Demasiado hombre para ella.

Salió al jardín con una sonrisa irónica en el rostro. «Hace una noche perfecta para los amantes», pensó. La luna acababa de salir y apenas había menguado desde que estaba llena, la noche que Hunt llegó.

¡Había pasado menos de una semana! Sin embargo, tenía la sensación de haber estado observándolo toda una vida.

Se marcharía pronto, y posiblemente no volviera a verlo hasta dentro de muchos años, si es que lo hacía. No le importaba, no podía culparlo por la confusión que sentía. Amar a Luka y desear a Hunt era algo muy inquietante y el llanto silencioso se agolpó en su garganta. Necesitaba tiempo para aclararse.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Se detuvo en la oscuridad, en un camino rodeado por cipreses y, al oír voces en la cercanía, se quedó de piedra. Eran Alexa y Luka.

Estaba demasiado afectada para poder hablar, así que dio un paso atrás y se ocultó entre los árboles. Contuvo la respiración y cerró los ojos, confiando en que ellos no dijeran nada al pasar.

Pero Alexa estaba hablando, y sus palabras permanecieron en el aire el tiempo suficiente para que ella oyera:

—¿…decírselo a Cía? —Alexa preguntó preocupada.

—No —dijo Luka—. Si se lo dices, insistirá en quedarse aquí —Cía apretó los dientes y trató de no pensar en lo que había oído. Instantes más tarde, oyó que Luka le decía a Alexa—. Mi corazón, mi amor, ¿por qué no puedo encontrar las palabras para decirte lo mucho que te quiero?

Alexa dijo algo y él se rió despacio. Después se hizo un silencio. Al cabo de un rato, Cía abrió los ojos y vio cómo una silueta se convertía en dos.

Agarrados de la mano, Luka y Alexa caminaron hacia el palacio bajo la luz de la luna.

Sin duda, una noche perfecta para los amantes.

Capítulo 5

CÍA permaneció oculta entre los cipreses hasta cerciorarse de que estaba sola. Le costaba respirar. Incluso le costaba dar el primer paso para salir de la oscuridad a la brillante luz de la luna. Como un animal herido, buscó refugio lo más lejos posible del Little Palace.

Caminó sin rumbo recordando las palabras de Luka. «Si se lo dices, insistirá en quedarse aquí».

¿Qué iban a decirle?

No importaba. Él quería que se fuera.

El instinto la llevó hasta el cenador. Sin encender la luz, cruzó el comedor, bajó los escalones, y atravesó la terraza hasta llegar a la baranda. El aroma de las flores era denso y se oía el croar de las ranas. En el puerto, alguien estaba lanzando fuegos artificiales.

Cía se abrazó y observó el color y las formas que reproducían los cohetes hasta que se apagaban. Si sus sentimientos pudieran apagarse en la oscuridad, quizá pudiera sentir un poco de paz. Inconscientemente, se llevó la mano al colgante. Con un fiero movimiento, se sacó la cadena por encima del cuello y agarró la estrella con fuerza. Las puntas afiladas se le clavaron en la palma. El dolor y la humillación que sentía hicieron que estuviera a punto de lanzarla por la barandilla. Incluso levantó la mano.

Pero no pudo hacerlo. Luka se lo había regalado con amor, aunque no fuera el tipo de amor que ella deseaba. No podía tirar su regalo. Guardó el colgante en el bolsillo y miró en silencio cómo los cohetes iluminaban el cielo. Jamás se volvería a poner el colgante de Luka.

Cía no sabía cuánto tiempo había estado allí, con los ojos secos y doloridos. Se enderezó y respiró hondo. Regodearse en el dolor no iba a solucionar nada. Tenía que vivir la vida y, cuanto antes empezara, antes podría superar el dolor. Se agarró a la barandilla y tensó los músculos de la espalda. De pronto, sintió que no estaba sola.

«¿Será uno de los hombres de seguridad? No», pensó, y se volvió despacio. Al instante, reconoció la sombra oscura que salía del cenador.

—Hola, Hunt. ¿No puedes dormir?

—Debe de ser la luna —dijo él, con ironía—. ¿Cuál es tu excusa?

—Yo también culpaba a la luna —dijo ella, esbozando una mínima

sonrisa.

Hunt se detuvo frente a ella y la miró. Cía sintió que se le secaba la boca y que el calor se apoderaba de su cuerpo.

—Los griegos tenían razón —comentó él, con un tono de voz que hizo que a ella se le acelerara el corazón—. Su diosa de la luna era una cazadora casta, bella pero peligrosa, y cualquier hombre que la veía, fallecía.

—Ella murió hace mucho, pobre Diana. Tú eres el único cazador que hay esta noche —replicó Cía.

—¿Yo?

—Yo no me llamo Diana —dijo ella—. Lucía significa luz, no luna.

—Pero eres peligrosa —sonrió.

Cía trató de controlar el deseo que la invadía por dentro y que hacía que se le erizara el vello de la piel. Aquello era un infierno.

Dio un par de pasos hacia delante, pero Hunt la detuvo agarrándola por la muñeca y la miró con intensidad.

—¿Qué es lo que quieres, Lucía?

Ella dudó durante un instante. Hacer el amor con Hunt sería utilizarlo... Pero él no resultaría herido. Ni siquiera ella le gustaba demasiado, así que para él no significaría nada.

Y ella necesitaba calor humano.

—A ti —le dijo con un susurro.

—Tienes el pulso acelerado.

—Lo sé —ella movió los dedos de la mano que tenía sujeta y los colocó sobre la muñeca de Hunt—. Tú también.

—¿Por qué esta noche?

Ella lo miró, pero no consiguió interpretar la expresión de su rostro. Los ojos le brillaban como si fueran diamantes a la luz de la luna.

—Porque es una noche preciosa.

—Dime la verdad.

—Me parece lo correcto. Te deseo, y creo que tú me deseas también.

—No creía que te hubieras dado cuenta, princesa.

—Conseguiré que dejes de llamarme así aunque sea lo último que haga —dijo entre dientes. Se acercó a él y le rodeó el cuello.

Y de pronto, perdió todo el valor que había reunido.

Él le sujetó la cabeza y la miró a los ojos. Después, la besó con delicadeza.

Cía deseaba pasión desenfrenada para borrar todo pensamiento de

su cerebro, pero Hunt sólo le proporcionaba una ternura cálida y cruel, besándola con suavidad hasta que ella suplicó con gemidos.

Entonces, él se rió, la tomó en brazos y la llevó hasta la tumbona más grande. Pero antes de acostarla, le preguntó:

—¿Hay alguien que pueda venir aquí?

—No, es un lugar privado.

—Me refería a tu primo.

—No —dijo ella—. Ya se han acostado.

—Bien.

Con ella todavía en los brazos, la besó de nuevo, pero esta vez con ardiente deseo, como ella necesitaba.

Cía le correspondió a los besos y, cuando Hunt la dejó en el suelo, lo abrazó y permaneció quieta oyendo el latido de su corazón.

—¿Cómo se desabrocha esto? —preguntó él.

—No se desabrocha. Me lo quito por la cabeza.

Esperaba que él la desnudara, sin embargo, la besó de nuevo. Cuando terminó el beso, y sin saber cómo, se encontró acostada junto a él en la tumbona y con la ropa puesta.

—En cuanto te vi, supe que esta semana iba a ser muy difícil —murmuró él—, pero ha sido un infierno. Desde que te besé en la cueva te has mantenido lo más alejada de mí, y cada vez que me acercaba a ti, me dedicabas esa sonrisa de princesa, amable y distante. Y yo deseaba besarte para borrar la sonrisa de tu rostro.

—¡Nunca te acercaste a mí! Sólo me mirabas de vez en cuando, y ni siquiera sonreías.

—Mm —dijo él—. No podía, estaba demasiado ocupado preguntándome si el sabor de tu boca era tal y como yo lo recordaba...

La besó de forma que consiguió borrar todos los pensamientos de su mente. Cuando se retiró, ella se sentía mareada. Al instante, Hunt la besó de nuevo provocando que se abandonara y se estremeciera cada vez que la besaba en un lugar nuevo.

—Lucía —dijo él, y le acarició uno de los senos por encima de la ropa. Cía tensó el cuerpo y notó cómo el placer se extendía en su interior. Recordó que había leído que los hombres hacían lo que deseaban que les hicieran, así que metió la mano por debajo de su camisa para acariciarle el pecho. Lo miró y vio que sonreía.

—Puedes quitármela —sugirió él.

Con dedos temblorosos, le desabrochó los botones de la camisa y contempló su torso musculoso. Le acarició uno de los hombros disfrutando del calor de su piel. Hunt permaneció quieto y permitió

que explorara su cuerpo todo el tiempo que deseara.

Cía recordó el exquisito placer que había experimentado cuando él le acarició el pecho, así que llevó la mano hasta uno de sus pezones. Hunt contuvo la respiración y eso le dio confianza a Cía para inclinar la cabeza y besar su pezón turgente.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —preguntó él, retorciéndose de placer.

—¿Te gusta? —preguntó ella, y le acarició el torso con la lengua.

—Me gusta —Hunt se incorporó un poco y comenzó a quitarle las horquillas del cabello—. He tenido sueños eróticos. Soñaba que estábamos tumbados y tu cabello acariciaba mi cuerpo como si fuera un velo de seda. ¿Me crees? —Cía lo miró a los ojos. No sabía qué era lo que él quería de ella, pero era algo más que confianza. Él entornó los ojos al ver que dudaba y dijo—: No molestes al animal, puede que muerda. Di lo que sientes.

Por algún motivo, ella confiaba en él. Nunca habría llegado tan lejos si no hubiera estado segura de que él no le haría daño. Cuando asintió, su melena acarició el cuerpo de Hunt.

—Sí.

Él se rió y la miró a los ojos.

—¿Sólo sí?

—Eso es lo que siento. Un sí grande.

—Por suerte, eso es lo que siento yo también —la atrajo hacia sí y la besó en el cuello.

Sus caricias impidieron que ella pudiera contenerse más. Lo besó una y otra vez, acariciándolo por todas partes y sintiendo el poderío de sus músculos.

Al cabo de un momento, él dijo:

—Mi turno.

Cuando Cía lo miró, él le subió el vestido con un movimiento provocador, acariciándole la piel iluminada por la luna. Cía sintió que se derretía por dentro, se le endurecían los senos y se le humedecía la entrepierna. Respiraba de manera entrecortada y tuvo que inhalar hondo para introducir bastante aire en los pulmones.

—¿Sigue siendo sí?

—Sí —susurró ella.

Despacio, Hunt le quitó el vestido. Ella levantó los brazos para facilitarle el camino y él la agarró por las muñecas. Desnuda, excepto por la pieza de seda que ocultaba la parte más íntima de su cuerpo, sintió que se le contraía el estómago y se le tensaba la piel cuando él

la miró con detenimiento. ¿Sabría que sus pechos esperaban algo que nunca habían conocido?

—Sospecho que voy a terminar como los otros que vieron a la diosa de la luna —le dijo, y le acarició uno de los senos.

—¿Muerto? Espero que no.

—Hay muchas maneras de morir —murmuró él, y la atrajo hacia sí para acariciarle el pezón con la lengua.

Cía gimió y supo que nunca olvidaría ese momento.

Más tarde, mientras recordaba lo que había sucedido aquella noche, decidió que Hunt era un torturador experto. Moviéndose despacio consiguió llevarla hasta el abandono extremo, enseñándola a aceptar cada caricia, cada nueva sensación hasta que, desesperada, se retorció entre sus brazos y arqueó las caderas contra su potente cuerpo.

Para entonces, ambos estaban desnudos. Con un dedo, Hunt exploró la parte más íntima del cuerpo de Cía, y cuando ella se estremeció de placer, él sonrió y dijo:

—Estás preparada.

—Llevo preparada desde hace años.

—Así que es algo mutuo —sonriendo, se colocó sobre ella y la poseyó.

Cía creía que iba a sentir dolor, pero Hunt la penetró con delicadeza y ella, excepto un pequeño quemazón provocado por tener que aceptar algo de mayor tamaño que su espacio interior, sólo sintió placer. Respirando de manera agitada, arqueó las caderas contra él.

Era como si se hubiera transformado en una mujer diferente, una mujer que por fin sabía para qué se había hecho su cuerpo.

Casi inmediatamente, cuando su cuerpo comenzaba a adaptarse al de él, Hunt empezó a retirarse.

De forma instintiva, ella se aferró a él y apretó los muslos para conseguir que él permaneciera en el interior de su cuerpo.

Él se rió y alzó las caderas, ella se quejó y él volvió a penetrarla con fuerza. Después, se retiró de nuevo, marcando un ritmo que la hizo enloquecer.

Con cada movimiento, Cía tensaba y relajaba los músculos de la entrepierna de manera acompasada.

—No —murmuró él.

—¿Qué?

—La próxima vez podrás hacer eso y yo aguantaré todo lo que pueda, pero ahora, si sigues haciéndolo, esto terminará enseguida.

Vayamos despacio.

Y fue maravilloso. Hunt se movió cada vez más deprisa hasta que ambos bailaron al mismo ritmo y Cía sintió que alcanzaba un lugar que creía inalcanzable. Era como si una explosión se produjera en su interior y en el mundo no existiera nada más que Hunt y la respuesta de su cuerpo ante él.

Al momento, Hunt gimió y arqueó la cabeza hacia atrás. Ante esa imagen, Cía sintió el mismo placer que antes. Ambos permanecieron tumbados, tratando de recuperar la respiración. De pronto, ella sintió frío y experimentó una fuerte sensación de vacío, hasta que Hunt la abrazó y, por primera vez en la vida, supo lo que era sentirse completamente segura.

—No pasa nada —dijo él, besándola en la frente—. Me gustaría quedarme aquí toda la noche, pero supongo que no podemos.

—No, no sería sensato —murmuró ella, sorprendida por lo sencillo que era aceptar el calor de su cuerpo.

Él sonrió y le acarició el vientre.

—Y si nos quedamos aquí mucho rato, vamos a quedarnos dormidos. Pero tenemos que hablar —dijo él—. ¿Dónde irás cuando te marches de Dacia?

—A la London House —dijo ella.

Él permaneció en silencio. Cía no lo miró, no era esperanza lo que sentía en su interior. Lo que acababan de compartir era puro sexo. ¡Sexo fantástico! ¿Cuántas mujeres alcanzaban el orgasmo de esa manera la primera vez que hacían el amor? Había sido Hunt, con su ternura y su experiencia, quien la había llevado al climax, pero ella no iba a caer en la trampa de pensar que el sexo era amor, ni siquiera cariño.

—Dame la dirección. Podríamos encontrarnos allí.

La tentación llamó con insistencia a la puerta de su corazón. Él no le estaba ofreciendo permanencia, sólo una aventura de unos días.

Cuando él la besó de nuevo, ella se estremeció.

—No es justo —protestó—. No puedo pensar cuando haces eso.

—Ésa era la idea —dijo él—. Tienes un par de días para decidirte. Pero para que no te olvides... —se agachó y la besó en el vientre y en el ombligo—. Deja de fruncir el ceño —la besó en el entrecejo—. Encontrarte conmigo en Londres no es tan grave.

—No puedes controlarme con el sexo —dijo ella.

—¿Por qué no intentas controlarme tú a mí? —miró el reloj—. Es tarde, y mañana será un día ocupado. Tu primo y yo todavía tenemos

que ultimar los detalles de nuestro acuerdo. Creo que mañana por la noche tenemos una cena.

—Sí —ella se levantó y lo besó en la mejilla.

—Espero que no sea aquí, en el cenador —dijo con ironía.

—No, no es aquí —se sentó de golpe.

Hunt se puso de pie y tiró de ella. Le sujetó la barbilla y la miró a los ojos.

—Reúnete conmigo en Londres.

Él no pretendía tener una relación seria. Por algún motivo, eso le hacía daño, pero tenía que ser sensata... hacer el amor con él podía ser adictivo. Sin embargo, unos días en Londres...

—De acuerdo —dijo Cía.

—Será mejor que nos vayamos —dijo, y la besó por última vez.

Cía se sintió extraña poniéndose el vestido, pero Hunt parecía vestirse con toda naturalidad.

«Por supuesto, él está acostumbrado a este tipo de cosas», pensó mientras se ponía las sandalias.

De regreso al palacio se metió en la ducha, y fue entonces cuando se dio cuenta de que hacer el amor con Hunt le había servido de algo, en lugar de tener el corazón roto porque Luka la había rechazado, estaba deseando marcharse a Londres.

Lo que significaba que su plan había funcionado, había dado el primer paso para sacar a Luka de su corazón.

De acuerdo, había utilizado a Hunt, pero también le había dado lo que él deseaba. Le sorprendía que un hombre con su experiencia no se hubiera percatado de que era virgen, pero quizá fingía mejor de lo que pensaba.

Puesto que él iría a Londres, ella tendría que concertar una cita con el doctor. Él se había puesto protección y ella acababa de tener el período, así que no podía quedarse embarazada, pero necesitaba hacerse un chequeo. Se estremeció pensando en las noches que pasarían juntos en Inglaterra.

Más tarde, se quedó dormida recordando lo que había sentido al hacer el amor con él. Sabía que había elegido a un mal enemigo.

Capítulo 6

CUANDO Cía decidió que se marcharía de Dacia, hizo todo lo posible para mantenerse ocupada los días que le quedaban y sólo dejó libre el día anterior al viaje. Gracias a Hunt Radcliffe, el último día que tenía ocupado lo pasó sumida en una nebulosa en lugar de estar autocompadeciéndose.

Aquella mañana despertó atrapada por el pánico, preguntándose qué diablos había hecho la noche anterior.

Hunt había conseguido que superara con éxito una semana que ella temía. Siempre le estaría agradecida por ello. Su presencia en Dacia había hecho que su vida fuera más alegre y emocionante.

Se abrochó los pantalones de terciopelo y se puso una blusa de seda a juego. El roce de la tela contra su cuerpo hizo que se estremeciera. Se cubrió las mejillas calientes con las manos y tras retirarlas, se dispuso a cepillarse el cabello.

La satisfacción de una mujer que había disfrutado con placer era la única arma que tenía contra el dolor que le provocaba marcharse de Dacia y alejarse de Luka. Y de Alexa. A pesar de todo, había aprendido a querer a la esposa de Luka.

Se miró en el espejo y se percató de que tenía las mejillas sonrojadas, los labios ligeramente hinchados y cara de felicidad.

—A menos que quieras proclamar ante el mundo lo que sucedió anoche, será mejor que borres esa expresión de tu rostro —se dijo, y comenzó a recogerse el cabello.

De camino al apartamento privado de Luka y Alexa, se preguntó si Hunt estaría sintiendo algo parecido, pero entonces recordó que para él la satisfacción del día posterior a una buena noche no era una novedad. ¿Y por qué le hacía tanto daño esa idea?

«Tienes que madurar», se ordenó. No podía esperar nada de un hombre que sólo deseaba su cuerpo. Eso era todo lo que ella conseguiría de él, su magnífico cuerpo, su talento como amante, y el excitante aura que lo rodeaba. Esperar algo más de él era meterse en problemas.

Cuando entró en el apartamento, Hunt no cambió la expresión de su rostro, pero al pronunciar el nombre de Cía, se formó una sonrisa en lo más profundo de su mirada.

El placer que sintió al verlo la pilló por sorpresa. Trató de ignorarlo y comenzó a saludar a los presentes.

Al no haber invitados, la velada debería ser agradable y estar libre de tensiones. Luka y Hunt habían llegado a un buen acuerdo y ambos estaban relajados. Alexa parecía contenta, como siempre.

Cía hizo todo lo posible, pero cada vez se sentía más nerviosa. Le hubiera gustado excusarse y marcharse después de la cena, pero Alexa parecía cansada y ella decidió quedarse y participar en la conversación que mantenían los hombres.

¿Hunt intentaría verla a solas antes de marcharse? Al pensar en los días que compartirían en Londres se le aceleró el corazón.

Un rato más tarde, miró al otro lado del salón y se sorprendió al ver que Alexa se había dormido en la butaca. Los dos hombres hablaban de negocios, así que Cía se puso de pie y dijo:

—Alexa, ¿te apetece un café?

Hunt y Luka se quedaron en silencio al ver que Alexa despertaba sobresaltada y miraba a su alrededor.

—¿Café? No, gracias —se rió—. ¡Qué vergüenza!

Luka se acercó a ella y la ayudó a levantarse.

—A la cama —le dijo—. Yo te llevaré.

—Puedo caminar —miró a Cía y a Hunt—. Lo siento, estoy embarazada y por algún motivo me quedo dormida en cualquier sitio —dijo sin más.

¿Embarazada? Cía sintió una envidia insoportable y el dolor hizo que se le encogiera el corazón. Se volvió para que ellos no pudieran verle la cara.

—¿Cía, qué ocurre? —se apresuró a preguntarle Luka.

—Nada—susurró, y repitió con más fuerza—. ¡Nada! Estaba... —Hunt se colocó delante de Cía y ella temió no poder mantener la compostura—. Ahora no puedo marcharme de Dacia —soltó, sin saber lo que decía.

Hunt la miró con frialdad y después se dirigió al resto:

—Le he pedido a Lucía que venga de vacaciones a Nueva Zelanda, pero si necesitas que se quede, Alexa, podemos retrasar el viaje hasta que te encuentres mejor.

Asombrada, Cía apretó los dientes pero no dijo nada. Debía seguirle el juego a Hunt, había estado a punto de desvelar su secreto y no tenía elección.

Alexa también se esforzó para ocultar su sorpresa y dijo:

—Estoy perfectamente bien. El embarazo no es una enfermedad.

Luka, dile a Cía que ¡no puede perder la oportunidad de ir a visitar la finca de Hunt!

Cía miró a su primo y, por un lado, deseó que él le pidiera que se quedara.

Por supuesto, no lo hizo.

—Has de hacer lo que te apetezca, Cía, pero Alexa no necesita que te quedes con ella. El médico ha dicho que en cuanto finalice el primer trimestre se encontrará mejor.

—Siento como si te estuviera abandonando —dijo Cía.

—¡Tonterías! Vamos a echarte mucho de menos, pero ya te has sacrificado bastante por nosotros —dijo Alexa con seriedad.

Fue entonces cuando Cía se percató de qué era lo que había oído la noche anterior. Luka y Alexa estaban hablando del embarazo, y no la querían en Dacia. Sonriendo, dijo:

—Entonces, me iré, pero tenéis que prometerme que me llamaréis si me necesitáis.

—Por supuesto —dijo Luka. Se agachó y tomó a su esposa en brazos.

Cía los observó marchar y sintió la presencia de Hunt a su espalda.

Ambos permanecieron en silencio hasta que se cerró la puerta del salón, entonces, Hunt dijo con tono inexpresivo:

—Será mejor que vengas conmigo mañana.

—Creía que irías a Londres —dijo y notó que le flaqueaban las piernas. Deseaba sentarse en el sofá, pero permaneció muy quieta mirándolo a los ojos.

—Sólo porque tú planeabas ir allí. ¿Tienes alguna cita mañana?

—Yo... no —contestó, y tragó saliva.

—Me marcho a las once. ¿Podrás estar preparada para entonces? —no había ningún rastro del amante de la noche anterior. «Vuelve a ser un hombre arrogante», pensó ella.

Durante años había conseguido mantener sus sentimientos bajo control. Incluso había sido capaz de sonreír durante toda la boda de Luka. Sin embargo, una noche en los brazos de Hunt había conseguido alterarla tanto que había estado a punto de desvelarlo todo. Si Alexa no se había dado cuenta antes, lo había hecho aquella noche, y quizá, Luka también.

¿Y Hunt?

Él dijo:

—Siento que todo haya salido de esta manera. Has hecho un magnífico trabajo aquí y es comprensible que te sientas reemplazada

cuando otra persona ocupe tu lugar. Alexa estaba preocupada, y también le preocupaba que el bebé te desplazara aún más —Cía permaneció en silencio—. Ella no se sentirá tan mal si piensa que estás viviendo tu vida.

Así que, Hunt estaba haciendo todo aquello por Alexa.

Pero no lo de la noche anterior. La noche anterior la había deseado a ella, no a Alexa. Debía decirle la verdad, pero sabía que no podía. ¿Qué iba a pensar de una mujer que había hecho el amor con él estando enamorada de otro hombre?

—No creo que ir a Nueva Zelanda sea una buena idea.

Él sonrió.

—Londres, Nueva Zelanda; ¿cuál es la diferencia? —murmuró, y la besó en la boca.

Cía se lanzó a sus brazos y, a medida que el beso se volvía más apasionado, perdió la noción de la realidad. Al cabo de unos momentos, Hunt se separó de ella y la miró. Si no hubiera visto cómo había reaccionado al enterarse de que Alexa estaba embarazada, habría pensado que la noticia no significaba nada para ella.

La lástima que sentía por ella era cada vez mayor. Él había tenido que luchar para tener una buena posición en el mundo. Cía había nacido con ella, pero él podía imaginar lo que significaba dejarlo todo para pasar a la mediocridad. Al menos, un par de semanas en Nueva Zelanda le darían un respiro.

—De acuerdo, estaré lista mañana, a las once —dijo ella, con actitud distante.

Hunt la observó salir de la habitación y permaneció de pie mirándose los puños cerrados. Hizo un esfuerzo para relajarse y levantó la vista al ver que Luka entraba de nuevo en la sala.

A la mañana siguiente, cuando Cía se disponía a despedirse de Alexa, Luka le preguntó:

—¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo?

—Completamente segura —dijo con gran dolor de corazón—. Voy a pasar unas espléndidas vacaciones en un país que siempre he deseado visitar.

—Te encantará —dijo Alexa—. Gracias por todo lo que has hecho por Luka y por mí. Eres maravillosa. Y cuando regreses, hazlo con un corazón feliz.

Lo sabía todo.

—Lo haré —dijo Cía, y abrazó a Alexa con una sonrisa—. Luka, me voy de vacaciones, eso es todo.

—Hunt me cae bien y le tengo respeto, pero si te hace daño, me encargaré de que se arrepienta.

—Si soy lo bastante tonta como para dejar que me haga daño, ya me ocuparé yo, querido primo. Soy una mujer, no una niña a la que hay que proteger.

Luka no parecía convencido.

—Mantente en contacto con nosotros, ¡a menudo!

—No voy a perderme en el fin del mundo —sonrió—. Me llevaré el ordenador portátil para que podamos comunicarnos por correo electrónico.

Luka miró a su esposa.

—Tengo una casa en la playa, en una isla que está al norte de Auckland. Te daré la dirección y el teléfono del guardes.

Alexa levantó la vista y esbozó una sonrisa. Como si lo hubieran gritado, Cía supo que en aquella casa era donde habían consumado su amor, y que ella nunca iría a aquel lugar.

—De acuerdo —dijo con frialdad—. Gracias.

Después de que Luka la besara en las mejillas y la abrazara, Cía se dirigió con Hunt hasta el jet privado, sin mirar atrás.

Él la miró y le preguntó:

—¿Todo bien?

—Todo bien. Odio las despedidas.

Durante la semana el caos se había instaurado en su vida y ya ni siquiera sabía cómo se sentía. Había tomado una decisión y tenía que llevarla a cabo.

Una vez en el avión, se recostó en el asiento y cerró los ojos. No vio cómo se alejaban de Dacia. Al cabo de un rato, se quedó dormida.

La mayor parte del viaje la pasó durmiendo, leyendo o viendo cómo el mundo pasaba bajo las nubes.

Cada vez que miraba a Hunt, lo encontraba trabajando. Sin embargo, cada vez que ella despertaba, él se sentaba a su lado y hablaban hasta que volvía a quedarse dormida. También insistía en que comiera y bebiera mucha agua.

Una de las veces se despertó apoyada en el pecho de Hunt. El aroma de su piel invadía el ambiente. Durante un segundo, se quedó de piedra, y se preguntó cómo podía amar a un hombre y sentirse tan segura en los brazos de otro.

—Lo siento —murmuró con nerviosismo—. No sé cómo...

—Estabas llorando —dijo él—. ¿Una pesadilla?

Sus miradas se encontraron e inmediatamente, ella miró hacia la

ventana. Se mordió el labio inferior y contestó:

—No lo recuerdo.

—Dabas mucha lástima —bromeó él—. Y las lágrimas son mi debilidad.

De pronto, el consuelo que le proporcionaba su abrazo se transformó en deseo. Cía sintió un nudo en el estómago y cómo los lugares ocultos de su cuerpo se preparaban para recibirlo. A Hunt le estaba pasando lo mismo.

Echándose a un lado, le dijo:

—Tenemos que hablar.

—Adelante —dijo él con suavidad.

—No sé qué es lo que quieres —él arqueó las cejas y ella respiró hondo—. Todo ha sucedido muy deprisa. No estoy segura de querer continuar con el tipo de relación que quizá creas que quiero. Es decir...

—Sé lo que quieres decir —dijo él, interrumpiéndola antes de que se avergonzara más—. Relájate, no voy a violarte.

—¡No me refería a eso!

Cuando lo miró con los ojos llenos de confusión, él dijo con seriedad:

—No te preocupes, Lucía. Todas las decisiones las tomarás tú.

—Lo siento —murmuró ella—. Parece que el cerebro se me ha convertido en crema.

Hunt sonrió y se puso de pie.

—A lo mejor quieres lavarte la cara. Falta menos de una hora para llegar a Auckland.

Cía se dirigió al baño para maquillarse, de forma que cuando saliera pudiera mirar a Hunt con la seguridad de tener la coraza puesta en su sitio.

Desde ese momento, no dejó de mirar por la ventana, y cuando Nueva Zelanda apareció bajo el avión, se inclinó hacia delante para contemplar la belleza del paisaje.

Al sentir que Hunt se sentaba a su lado, dijo:

—Me había olvidado de que un país podía ser tan verde.

Se sonrojó al ver que él la miraba divertido.

Necesitaba tiempo para pensar. Las horas de vuelo le habían servido para diferenciar el pasado del futuro, pero también para saber que no podía confiar en sí misma. Había tenido varios sueños eróticos con Hunt y cada vez que él se acercaba a ella su cuerpo reaccionaba con excitación.

Quedarse con él sería un infierno. Lo mejor sería que fuera a la casa que Luka tenía en la playa. La distancia había hecho que viera las cosas de otra manera y ya no le parecía tan terrible.

—Creo que no es buena idea que me quede contigo —le dijo a Hunt sin más preámbulos.

—¿No? —preguntó él, arqueando las cejas—. ¿Y por qué no?

«Porque te deseo tanto que se me seca la boca cuando te veo, y cada vez que entras en una habitación parece que hayas consumido todo el oxígeno del aire».

Por supuesto, no fue eso lo que le dijo.

—Creo que no sería una buena idea. Me quedaré en la casa que Luka tiene en la playa.

—¿Cuándo has pensado todo esto?

—En algún momento, entre Dacia y aquí —contestó ella, mirándolo a los ojos.

—No.

—Me temo que no tienes derecho a prohibírmelo —señaló con una sonrisa apaciguadora.

Hunt enfadado era temible.

—Le prometí a tu primo que cuidaría de ti mientras estuvieras en Nueva Zelanda. No tengo intención de dejarte marchar sola. Si vas a la casa de la playa, me sentiré obligado a contárselo a Luka, y supongo que él se preguntará por qué te has ido.

—¿Por qué ibas a decírselo? Él me ofreció la casa cuando le dije que iba a venir aquí, así que no pasará nada...

—Sí que pasa. No tienes ni idea de cómo funciona la vida fuera del pequeño refugio en el que has vivido.

Cía se sonrojó.

—Por el amor de Dios, ¿qué puede sucederme? Siempre he oído que Nueva Zelanda era un lugar seguro.

—Es más seguro que la mayoría de los países, pero no me refiero a los ladrones.

—Entonces, ¿a qué?

—A los paparazzi. Han venido en masa para la última película de Pagan Russell, que se está rodando a media hora de la casa de Luka en la playa. La Princesa de Hielo será el perfecto contraste de la Reina del Sexo. Doy dos horas como mucho antes de que la bahía esté llena de fotógrafos.

—Pero nadie sabrá que estoy allí.

—Ya sé lo que pasa.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Tienes miedo —dijo con frialdad.

—¿Miedo de qué?

—Sospecho que de ti misma —dijo él—. Vivir en una torre de oro ha hecho que te mantuvieras aislada de las tentaciones que nos asaltan al resto. Pero cuando te toco…

Cía se sobresaltó cuando él colocó un dedo sobre su labio inferior. El deseo la invadió por dentro y tuvo que esforzarse para mirar a Hunt.

—No —dijo ella.

—Cuando te toco, o me acerco a ti, o entro en la misma habitación, te das cuenta de que no eres capaz de controlarme. Ni de controlarte —retiró el dedo y se recostó en el respaldo del asiento—. Puesto que estás obsesionada con el control, eso te asusta.

—El deseo existe —contestó ella, tratando de hablar con frivolidad.

—Es una reacción normal entre personas normales —dijo él—. Pero estarás a salvo en Hinekura. Te daré una llave para que no tengas que pasar la noche preocupada por si aparezco en tu puerta.

—Eso no me da miedo. Ni tú —él la deseaba, pero podía controlar su deseo, no como ella.

—Y también estarás a salvo de ti misma —le prometió—. Tan a salvo como quieras estar.

—Eso es importante.

—Tranquila —se rió él—. Eres una mujer madura, no una virgen.

Ya no. Avergonzada, Cía se apoyó en el respaldo del asiento y miró por la ventana.

Por supuesto, Hunt no podía obligarla a ir con él. Si lo intentaba, llamaría al personal de seguridad del aeropuerto. Cuando se percatará de que no iba a marcharse con él, abandonaría la idea.

Después de pasar por Aduanas e Inmigración, un hombre joven se reunió con ellos.

—El servicio de seguridad del aeropuerto sugiere que salgan por una salida privada, señor Radcliffe —les dijo, señalando una puerta—. Los fotógrafos los están esperando.

Hunt agarró a Cía por el brazo y la guió a través de una puerta.

—¿A nosotros?

—Saben que la princesa lo acompaña, señor. He tomado la precaución de poner una limusina en la es quina como señuelo, y el helicóptero está preparado para despegar.

Cuando Hunt se volvió para hablar con el hombre de seguridad,

Cía masculló algo en voz baja.

—Exacto —dijo él.

—No hablas daciano —contestó ella.

—Sé cuándo alguien blasfema aunque sea en otro idioma —dijo él con una sonrisa.

—Deduzco que no es así como te reciben habitual—mente cuando regresas a casa.

—No.

—Me pregunto cómo se habrán enterado de que venía a Nueva Zelanda contigo.

—Posiblemente haya corresponsales de prensa en Dacia. No les habrá costado averiguar que venías conmigo.

—Nadie haría tal cosa en Dacia —dijo indignada.

—Bienvenida al mundo real, princesa. Los periódicos pagan mucho dinero por la información. Hay un gran mercado de fotos de la realeza, sobre todo de jóvenes princesas que van de vacaciones con hombres que no son ni hermanos, ni prometidos. Tu primo controla la situación en Dacia, pero en cuanto sales de la isla, también sales de su ámbito de influencia.

—¿Dónde vamos?

—Vamos a volar en helicóptero hasta otro aeropuerto donde nos subiremos a mi avión. En cuanto lleguemos a Hinekura, nadie nos molestará.

—¿Por qué no? —nada más pronunciar sus palabras se percató de que había aceptado de forma tácita su derecho a secuestrarla.

—En el norte no aceptamos a los fotógrafos curiosos.

—¿Y cómo lo conseguís?

—La carretera está a quince kilómetros y pasa por mis tierras. No me gustan los intrusos.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse Pagan Russell?

—No tengo ni idea.

—Cuando todo se tranquilice, iré a la casa de la playa.

Hunt la soltó cuando salieron al exterior.

—De acuerdo. Aquí está el helicóptero. Sube.

Mientras Cía se acomodaba en el asiento trasero, el ayudante y él metieron el equipaje en la bodega. Después, Hunt se sentó junto a ella y el helicóptero despegó.—

Capítulo 7

DESDE el asiento del helicóptero, Hunt observó el perfil del rostro de Lucía y notó cómo su cuerpo reaccionaba al ver las curvas sensuales de su boca. ¿Era tan ingenua como parecía?

Posiblemente. La protección de su primo y el cariño de los dacianos la habían protegido de los excesos de la prensa del corazón. Allí sería una presa fácil.

Cía sabía que Hunt la estaba mirando y volvió la cabeza, de forma que él sólo podía ver la curva de su cuello y una de sus orejas.

Un repentino sentimiento de pasión se apoderó de él. ¿Cómo diablos se había metido en aquella situación? Si tuviera algo de sentido común permitiría que se marchara a la casa que Luka tenía en la playa. Qué diablos, si tuviera algo de sentido común no se habría acostado con ella y no la habría invitado a regresar a Nueva Zelanda con él.

Se fijó en su cabello oscuro. La noche que hicieron el amor él le había soltado la melena para que le acariciara el torso como si fuera de seda...

Trató de no pensar en ello. Además, conocía muy poco a Lucía Bagaton. Sabía que era inteligente, que reunía todas las cualidades que necesitaba para la posición que había heredado.

Y en un segundo, le había mostrado lo que sentía al verse relegada a segundo plano. Aparte de eso, su comportamiento majestuoso era perfecto... Excepto entre sus brazos.

Hunt nunca había tenido problemas a la hora de atraer al sexo opuesto. De hecho, cuando estaba en el instituto una mujer de treinta años le enseñó a jugar en bolsa. No fue sólo eso lo que le enseñó, pero sentó la base que marcaría su futuro. Había aprendido cómo pensaban y sentían las mujeres. ¿Por eso se sentía tan atraído por una mujer que no mostraba cómo era en realidad?

«Tómalo como una nueva experiencia», pensó con ironía.

Miró hacia abajo al ver que el helicóptero comenzaba a perder altura.

También sabía otra cosa acerca de Cía. Lo deseaba tanto como él a ella.

En el aeropuerto no había ningún paparazzi esperándolos. Mientras

caminaban hacia el avión privado que los aguardaba, Lucía preguntó:

—¿Qué significa el nombre de tu finca? ¿Hinekura?

—Lo has pronunciado estupendamente.

—Las vocales se pronuncian igual que en italiano.

—Es un nombre compuesto de dos palabras, hine significa mujer, y kura significa bella.

—¿Tiene una historia?

—Siempre hay una historia. Fue la casa de una mujer tan bella que provocó muchísimos problemas. Los patrones del vecindario se peleaban por ella, e incluso cuando se casó, los hombres trataron de secuestrarla. Al final, causó tanto revuelo que su marido, claramente un pragmático, la asesinó.

—Es una historia mucho más macabra que la que yo te conté —dijo con educación, y añadió—. Hunt, no quiero que pienses que soy una desagradecida cuando digo que preferiría ir a la casa de la playa.

—No es una buena opción. En la playa estarás muy expuesta.

—¿Expuesta?

—Será demasiado fácil encontrarte. Los paparazzi son famosos por su ingenio, y Nueva Zelanda es un lugar muy pequeño para que cualquiera comente que estás en aquella residencia. Podrían llegar por mar, y en Nueva Zelanda es legal caminar bajo la línea de la marea alta. Dudo que disfrutes teniéndolos acampados en la playa con los teleobjetivos de la cámara.

—Por supuesto que no. Pero no quiero importunarte mucho tiempo.

Se detuvieron junto al avión. Al cabo de diez minutos Cía estaba mirando por la ventana los dos puertos de Auckland. Hunt estaba sentado en la parte delantera hablando con el piloto y, al cabo de un rato, Cía cerró los ojos y se quedó medio dormida.

Al notar un cambio en el ruido del motor y el golpe del aterrizaje, se movió en el asiento pero no consiguió abrir los ojos. Creía que cuando viera la tierra de Hunt todo cambiaría, como si hubiera cruzado de un territorio prohibido a uno desconocido.

—Lucía, hemos llegado —dijo Hunt cuando apagaron los motores.

Con los ojos cerrados, ella bostezó y asintió.

Él se rió.

—Te llevaré.

Cía se esforzó para abrir los ojos y dijo con dignidad.

—No suelo ser tan dormilona. Puedo caminar, gracias —para demostrárselo, se puso de pie. Al ver que se tambaleaba ligeramente,

Hunt la rodeó con el brazo, y ella lo miró a los ojos. Sintió que se derretía por dentro y notó cómo se le aceleraba el corazón—. Gracias —dijo cuando él la soltó.

—Un placer.

Cía bajó por las escaleras hasta la pista de aterrizaje y vio que un todoterreno lleno de barro se acercaba al avión. Lo conducía una mujer unos años mayor que Cía. Saludó a Hunt con alegría y sonrió a Cía. Después, entre Hunt, el piloto y la mujer metieron el equipaje.

Cía miró a su alrededor y vio una colina verde y el mar, que parecía de plata por el reflejo de un cielo nublado. «Hinekura es muy diferente de Dacia», pensó y se estremeció cuando la nostalgia se apoderó de ella.

—Sube al Range Rover —dijo Hunt. Cuando ella lo miró, él la agarró y la ayudó a subir al asiento de atrás.

Hunt se sentó al volante y la mujer a su lado.

—Lucía, ésta es Sheree Anderson, la encargada de mi oficina —cuando se saludaron, Hunt arrancó el motor y frunció el ceño cuando la mujer comenzó a hablar.

Cía oyó algunas palabras.

—No he podido evitarlo, lo siento, Hunt, pero no hay nada que pueda hacer.

También oyó que Hunt contestaba con firmeza y se puso a mirar por la ventana. La carretera transcurría entre una zona boscosa que parecía la selva. La mujer que iba en el asiento delantero asintió, y Hunt metió el coche en una zona de pastos donde varias reses levantaron la cabeza, impasibles al verlos pasar. En la distancia, Cía vio varias casas ocultas entre los árboles y otros edificios.

De nuevo, se sintió invadida por la nostalgia. Todo aquello era salvaje, diferente y exótico, un mundo muy diferente al que ella conocía y amaba.

De acuerdo, había aceptado la oferta de Hunt para convencer a Luka y a Alexa de que todo iba bien. Ir allí significaba correr riesgos, pero confiaba en que Hunt cumpliera su promesa.

Hacer el amor con él había sido una locura, pero no se arrepentía. Pero hacerlo de nuevo, sería meterse en una situación que no podría controlar. Ignorando el fuerte latido de su corazón, miró por la ventana y contempló las extensas praderas con colinas al fondo, una tierra diferente a Dacia, y a Inglaterra...

Hunt detuvo el coche junto a una valla de metal y, sin parar el motor, dijo:

—De acuerdo, haz lo que puedas, Sheree, y házmelo saber tan pronto como sea posible. Si necesitas ayuda, llámame.

—Quizá pueda darte la respuesta esta noche —dijo la mujer, sonrió a Cía, salió del coche y comenzó a correr bajo las gotas de lluvia que descargaba una nube oscura.

Hunt miró a Cía por el retrovisor.

—¿Todo bien?

—Bien, gracias.

Arrancó de nuevo y se metió por un camino arbolado hasta que llegaron a una casa. Al verla, Cía se quedó boquiabierta.

—Es preciosa. Como un milagro.

—¿Qué tiene de milagroso?

—Encontrar una casa como ésa en mitad de un lugar tan exuberante.

—Nueva Zelanda tiene lugares mucho mejores que éste —dijo él, con frialdad.

Cía contempló los jardines desde el coche. ¡Vaya casa! Era de estilo mediterráneo, tenía grandes cristaleras y seguro que también tenía terraza. Respiró hondo y se fijó que estaban cruzando por un puente que pasaba por encima de un arroyo, muy cerca de la casa.

Hunt llevó el coche a la parte trasera y lo dejó en el garaje.

—Ya estamos en casa —dijo, y apagó el motor—. Te llevaré dentro... Estás agotada.

—¿Y tú por qué no? —preguntó ella, y salió del coche.

—Estoy acostumbrado a viajar en avión, pero aun así, el cambio horario es insidioso. No he pilotado el avión porque, después de un vuelo largo, no me fío de mí mismo —la miró—. ¿Puedes caminar?

—Por supuesto que sí —dijo ella con dignidad, y se alejó unos pasos del vehículo.

Hunt la guió por una puerta que daba a un jardín con piscina. Las rosas, las dalias y la buganvilla estaban en flor.

Una mujer de ojos oscuros y sonrisa amable se reunió con ellos.

Hunt se la presentó a Cía. Era Marty, el ama de llaves.

—Bienvenida a Hinekura. Espero que haya tenido un buen viaje.

—Muchas gracias —contestó Cía, notando que la tensión que sentía era cada vez mayor.

Una vez en el interior de la casa, se relajó un poco. La decoración encajaba perfectamente con el dueño, y era completamente diferente a lo que ella estaba acostumbrada en Dacia.

—Qué casa tan bonita —dijo ella.

—Les diré al arquitecto y al diseñador que te ha gustado.

—¿Cuánto tiempo has vivido aquí?

—Seis años —se volvió hacia el ama de llaves—. Llevaré a Lucía a su habitación —una vez en lo alto de las escaleras, abrió una puerta—. Aquí es.

—Gracias —dijo Cía, y entró en la habitación.

—Enseguida te subirán el equipaje. Marty deshará las maletas por ti…

—No es necesario —dijo ella con una sonrisa—. Sé cómo abrir las maletas y veo que hay una puerta que debe dar al ropero. ¿Y quizá al baño? Colgar la ropa no me quitará mucha fuerza, estoy segura.

—Sugiero que te des una ducha y que te eches una siesta. La cena es a las siete, pero durante las próximas dos horas estaré en mi despacho. Si tienes hambre, Marty te preparará algo de comer o de beber.

—No…

—Sugiero que al menos bebas un poco de agua para rehidratarte. Si te apetece, antes de cenar puedo llevarte a ver los caballos.

Cía llevó la mano hacia el colgante, pero recordó que lo había guardado en el equipaje porque había decidido no ponérselo nunca más. Miró a Hunt a los ojos y le preguntó:

—¿Tienes caballos? Creía que todas las granjas de Nueva Zelanda estarían completamente mecanizadas.

—Has hecho los deberes. Estoy es una finca montañosa. Utilizamos quads siempre que podemos, pero hay zonas que son demasiado escarpadas y es necesario ir a caballo. Te veré más tarde.

Cía esperó a que se cerrara la puerta para suspirar con fuerza. Después, se acercó a la puerta que había visto antes. Daba a un vestidor y a un lujoso baño. Se fijó en las encimeras de mármol rosado, las toallas gruesas, los jabones aromatizados y el jarrón de flores recién cortadas del jardín.

De pronto, los ojos se le llenaron de lágrimas. Acababa de comenzar una nueva etapa de su vida y en cuanto todo se tranquilizara, se pondría bien.

Entretanto, necesitaba una ducha caliente y cambiarse de ropa.

Llamaron a la puerta para entregarle las maletas.

—Tú debes de ser Peter —dijo ella, y dejó pasar al hombre—. Muchas gracias.

—Así es, soy Peter —el hombre dejó las maletas junto a la cama—. Marty me ha dicho que le dijera que si necesita cualquier cosa, la

llame por el teléfono interno y subirá enseguida.

—Estoy segura de que está demasiado ocupada para subir —dijo Cía—. Yo puedo bajar si necesito algo.

—Hay un ascensor —dijo él—. Y no se preocupe por Marty, si está muy ocupada se lo dirá —Cía se rió y él sonrió—. Hasta luego.

Dos horas más tarde, Cía había desempaquetado la ropa y se había dado una ducha. Aunque Luka había modernizado el sistema de agua de la isla, vivir en Dacia significaba aprender a ahorrar agua. Allí parecía que no tenían problemas. En el exterior, la lluvia seguía cayendo con fuerza y golpeaba contra los cristales.

—No animamos a nadie a que desperdicie el agua, pero no hay sequía. Tenemos sondeos—le contó Hunt esa misma noche, cuando estaban en el comedor.

Cía se rió.

—Como todo el mundo. ¿Qué tienen que ver los sondeos con el suministro de agua?

—Hacemos un sondeo sobre un manantial subterráneo y bombeamos el agua hasta un depósito para filtrarla. También recolectamos el agua de los tejados —se oyó que llovía más fuerte—. Como te habrás dado cuenta, aquí llueve mucho.

—Es muy diferente de Dacia —dijo ella—. Allí llueve en invierno, y durante el resto del año, muy poco.

—Aquí tenemos sequía, pero no a menudo, y en el norte no.

Las velas que había en el centro de la mesa iluminaban el rostro de Hunt. Ella recordó la noche que hicieron el amor y experimentó un fuerte calor en el cuerpo.

Durante toda la tarde había estado luchando contra la excitación. Era la primera vez que comía a solas con él, y casi la primera vez que estaban a solas, excepto durante aquella maravillosa noche.

Intentó no pensar en ello, pero el recuerdo la atormentaba provocándole un fuerte deseo.

—Este clima debe facilitar mucho la ganadería —dijo ella, tratando de hablar con normalidad.

—En muchos aspectos sí. Por supuesto, luchamos contra las enfermedades, y contra los idiotas que intentan meter alimentos sin declararlos. Nueva Zelanda está descubriendo que aunque esté lejos del resto del mundo no puede controlar todo lo malo —la miró—. Pero ése no es un tema muy interesante.

—A mí sí me lo parece —dijo indignada—. Luka... —se calló al ver que él arqueaba las cejas.

—¿Luka? —preguntó, y se bebió lo que le quedaba de vino en la copa.

—Luka hablaba de este tipo de cosas conmigo —dijo con frialdad.

—Y ahora, las comenta con Alexa.

—Sí.

La humillación se apoderó de ella y se sintió avergonzada. Sin embargo, a quién amara, no era asunto de Hunt. A diferencia de Máxime, él no le había pedido nada más que una noche de pasión.

«Y es lo que le he dado», pensó. Se mordió el labio inferior al darse cuenta de que el motivo de su confusión era exactamente eso, él no quería nada más que disfrutar de su cuerpo durante una temporada. Se sentía una hipócrita, estaba enamorada de Luka, pero quería que Hunt sintiera por ella algo más que puro deseo.

—Siento que no hayamos podido ir a ver los caballos esta tarde. Mi secretaria ha tenido problemas de salud y he tenido que ponerme al día. Aunque soy bastante rápido con el ordenador, no soy tan bueno como ella.

—¿Puedo ayudarte en algo? Soy excelente con la informática.

—¿De veras? —dijo él—. Esto es un poco distinto a llevar la agenda de eventos sociales y a escribir una carta para que la firme tu primo.

—Oh, puedo hacer mucho más que eso —dijo Cía.

—Podemos probar a ver cómo te va —dijo él.

—Sin duda, tendrás que decirme si no valgo para el puesto.

—De acuerdo —dijo él, y extendió la mano. Cía le dio la suya y se asombró al ver que él la besaba con ternura, primero en el dorso y después en la palma—. Gracias —le dijo, cuando ella retiró la mano—. Ah, ahí viene Marty.

Agradecida porque hubiera entrado el ama de llaves, Cía dejó las manos sobre su regazo. Los besos seguían quemando su piel, incluso después de que terminaran de comer.

Y aquella noche, Hunt invadió de nuevo sus sueños hasta que despertó invadida por el erotismo y frustrada al encontrarse sola en la oscuridad.

Volvió a quedarse dormida, pero el sol que entraba por la ventana y el canto de los pájaros la despertaron más tarde. Se levantó y se acercó a mirar por la ventana, las hojas de los árboles estaban llenas de gotas sobre las que brillaba el sol. También vio un hombre montando a caballo.

Era Hunt. ¿Cómo diablos había aprendido a montar así? Se asomó

a la ventana para respirar un poco de aire fresco. Él iba a lomos de un caballo color caoba, como su cabello.

Cía había estado rodeada de caballos desde que era una niña pero, excepto en las competiciones, nunca había visto a nadie montar con tanto poderío.

—¿Quizá lo llevas en los genes? —le preguntó a Hunt durante el desayuno.

Él se encogió de hombros.

—Lo dudo, aunque aprendí a montar antes de poder caminar. Como posiblemente sabrás, mi padre era entrenador, así que me crié en los establos, entre caballos.

—La vida debe de ser muy difícil sin tener ni padre ni madre.

—Nunca conocí a mi madre.

—Lo siento —dijo ella. La suya se había enganchado a las drogas y siempre había estado ausente, pero Cía sabía que sí la quería.

—Al parecer, mantuvo una relación con mi padre y desapareció, para reaparecer nueve meses más tarde conmigo en los brazos. Mi padre no sabía si yo era su hijo o no, pero aceptó su responsabilidad. Creo que él la amaba.

—Me hubiera gustado conocer a tu padre —dijo Cía—. Parece un caballero galante.

—No tendríais nada en común. Era un malhablado y un jugador, aunque siempre dentro de unos límites. Amaba a los caballos, y después a mí, pero hizo todo lo que pudo para sacarme adelante.

—Estoy segura de que se sentiría orgulloso del hijo que crió —dijo ella, y se sirvió un poco de leche en el té.

—Desde luego habría aceptado cómo comencé mi carrera.

—¿Cambiando cosas de poco valor? Para ello hay que saber lo que se está haciendo.

—Veo que has investigado.

—Investigar es algo necesario en los negocios modernos.

—En los negocios modernos sí, pero nosotros no tenemos ningún negocio a medias. ¿Querías averiguar si sabía qué cubierto utilizar?

—Hice la investigación para Luka, y no, nunca surgió la pregunta de los cubiertos.

Se hizo un silencio y Hunt lo rompió:

—No me avergüenzo de haber empezado de esa manera, pero entrar y salir del mercado de valores cada día, comprando acciones baratas y vendiéndolas un poco más caras, se parece bastante al juego.

—Pero igual que tu padre, sabías cuándo parar.

Hunt la miró, bebió un sorbo de café y dejó la taza sobre la mesa.

—Yo también hice mis investigaciones. ¿Qué más sabes de mí?

Conocía los nombres de sus amantes y lo que había durado cada una en su cama, pero no se lo dijo.

—No te preocupes, sólo he utilizado fuentes fiables.

—Siempre tan diplomática. No me gusta salir en la prensa, así que tengo cuidado de no darles mucha información para que no hagan especulaciones —miró el reloj y se puso de pie—. Te veré en el despacho, dentro de una hora.

Capítulo 8

EN UNA hora? Por supuesto —Cía se levantó de la mesa y se dirigió a una puerta de cristal que daba a la terraza—. ¿De quién fue la idea de construir al borde del arroyo?

Hunt la acompañó al exterior.

—Mía.

Cía no se sorprendió. La casa estaba llena de detalles que se correspondían con la personalidad de Hunt. Se acercó a la barandilla y miró hacia abajo. El agua transcurría entre las rocas con suavidad.

—Aquí hay tanto frescor... como si fuera un nuevo día. Me encanta que la casa esté rodeada de bosque y que, aun así, le dé el sol.

Él la estaba observando. Cía lo sabía a pesar de estar de espaldas a él.

—A lo mejor, más tarde te apetece nadar. La piscina se mantiene a temperatura constante.

—Sería estupendo —dijo ella, y sonrió por encima del hombro.

El la miró a los ojos y ella sintió que el mundo se paralizaba. No oía nada más que el latido de su corazón, sólo sentía el impacto de la mirada de Hunt, y no veía más que el rostro de pómulos prominentes y boca sensual que la llevaba al éxtasis.

—Ya basta, Lucía —dijo él, con brusquedad. El mundo comenzó a moverse de nuevo y, al ver que él se acercaba a ella, se puso tensa—. No sé si lo haces aposta o si eres increíblemente ingenua —dijo él. Inclinó la cabeza y la besó como si no pudiera controlarse. Tras un instante de sorpresa, Cía separó los labios. Aquello era lo que llevaba esperando desde la noche en que hicieron el amor. Lo rodeó por el cuello y se abandonó ante su beso—. ¿Qué eres, Lucía? ¿Tentadora o inocente?

—Sabes que no soy inocente —susurró ella, con la piel ardiendo a causa del recuerdo de la noche que pasó entre sus brazos—. Pero tampoco creo que sea tentadora. ¿Tengo que elegir una de las dos?

Él la besó de nuevo y después dio un paso atrás.

—Será mejor que vayas a darte un paseo o acabaré llevándote a mi habitación.

Cía tardó media hora en controlar sus emociones. Se sentía como si estuviera a punto de descubrir algo importante, como si la vida le

hubiera dado un preciado regalo y ella sólo tuviera que aceptarlo.

—En otras palabras —se dijo mientras recorría los jardines—, te estás dejando llevar por un hombre que sólo tiene que besarte para conseguir que te suba la tensión. Quizá sea capaz de amar como un dios de la antigüedad, pero cambia de amante cada año.

Se detuvo para oler una rosa y se percató de que había estado a punto de admitir que de Hunt deseaba algo más que sólo sexo.

Sería tan fácil dejarse llevar y permitir que la pasión la llevara donde quisiera. Pero también sería muy peligroso.

Si permanecía mucho tiempo cerca de Hunt, quizá cometiera otro error y se volviera adicta a él.

Miró el reloj y regresó a la casa.

El despacho de Hunt era una habitación grande llena de todo lo que un magnate necesitaba para llevar su imperio. Aunque Luka tenía equipos modernos, y con el software de Guy había aprendido los conocimientos informáticos necesarios, Cía estaba impresionada.

Cuando se lo comentó a Hunt, él dijo:

—Elegí vivir en Nueva Zelanda, así que tengo que asegurarme de que tengo todo lo que yo y mis empleados necesitamos para mantenernos en contacto. He dejado unas cartas en el dictáfono para que las transcribas.

Cía se puso a escribir y Hunt no dejó de mirarla durante diez minutos, hasta que vio que sabía cómo utilizar el ordenador. Sin embargo, después no consiguió centrarse en los papeles que requerían su atención. Cada movimiento que ella hacía, cada sonido, le alteraba la libido.

«Ya sabes por qué nunca has compartido despacho con una amante», pensó irritado. «Olvídate de que tiene las piernas esbeltas y una boca sensual, olvídate de que también comparte tu casa, y de que compartiría tu cama si insistieras».

¿Y qué era lo que ella quería? ¿El hombre o la posición social de aquel hombre? Nunca le había importado tal cosa. Tampoco había llevado nunca a nadie allí. Sin embargo, deseaba ver cómo se desenvolvía ella en un ambiente tan diferente del que estaba acostumbrada.

En otras palabras, la estaba poniendo a prueba. ¿Por qué?

Media hora más tarde, Hunt levantó la vista de los papeles que tenía sobre el escritorio y frunció el ceño. Cía no se había ajustado la silla y Sheree era bastante más alta que ella.

—Vas a tener tortícolis —le dijo, y se puso de pie. Enfadado por

ser incapaz de mantenerse alejado de ella, se acercó y giró una manivela. El aroma de Cía provocó una oleada de recuerdos y Hunt sintió cómo se le tensaba el cuerpo—. Dime cuando estés cómoda.

—Enséñame qué es lo que tengo que ajustar y yo lo haré —contestó ella.

Pero el tono de su voz y el color de su piel le indicaron que ella era consciente de su presencia igual que él de la de ella. Hunt dio un paso atrás para controlar su instinto masculino.

—Esa manivela ajusta el respaldo... Eso es. Y ahora, para el cuello... No, ése no —agarró la manivela al mismo tiempo que ella y sus manos se chocaron.

«Maldita sea, debería haber dejado que arreglara la silla ella sola» incapaz de resistirse, Hunt volvió la silla para poder mirarle la cara. Sin poder contenerse, masculló una palabra y se agachó para besarla en los labios. Si tuviera algo de sentido común, la dejaría marchar a la casa de la playa, pero por primera vez en la vida, se sentía prisionero de una pasión que no podía controlar.

Cía se estremeció. El deseo de acariciarlo era muy fuerte. Separó los labios y permitió que la devorara hasta llevarla a un peligroso infierno.

Notó cómo él llevaba la mano hasta su cintura y le acariciaba la piel. Se estremeció y llevó las manos hasta los hombros de Hunt para sentir el calor de sus músculos.

Hunt la besó en el cuello y le acarició uno de los senos. Jugueteó hasta que el pezón se le puso erecto y ella temió perder el control.

—Hunt, no...

Era como una súplica. Él levantó la cabeza y, al ver la intensidad de su mirada, ella estuvo a punto de olvidarse de lo que quería decir.

—¿Qué ocurre?

—Creo que esto no es una buena idea —dijo ella, consciente de que si él volvía a besarla le entregaría todo lo que él deseara, allí mismo, sobre el escritorio.

—A mí me parece una gran idea —dijo él. La soltó y dio un paso atrás.

—Ahora quizá, pero mascullaste antes de besarme y sé muy bien cómo te sientes.

—Como si me acabara de atropellar un autobús —dijo él. Sólo que mejor.

—Me da miedo.

—¿Por qué?

—Tú no me das miedo. Sé que no me harías daño.

Pero no podía decirle que tenía miedo de su propia reacción y de su falta de autocontrol. Con una sola caricia más, se rendiría a sus pies.

Él la miró con los ojos entornados hasta que no pudo soportarlo más y se volvió. Entonces, se acercó para mirar por la ventana.

—De acuerdo —dijo él, sin mirarla—. Mantente alejada de mí a partir de ahora.

—Si tú te mantienes alejado de mí —contestó ella.

—Adoptaremos una política de no contacto, y no la quebrantaremos.

Aliviada, pero deprimida, Cía continuó ajustando la silla. Durante el resto de la mañana, trabajaron en silencio, un silencio en el que predominaba la tensión.

El reloj dio mediodía. Cía miró a Hunt y vio que se frotaba los ojos delante del ordenador. Tuvo que contenerse para no ir a darle un beso.

—Es la hora de comer —dijo él, y se puso de pie—. Marty se enfada si no comemos a la hora, así que será mejor que guardes el archivo y apagues el ordenador.

Cía obedeció y se puso de pie. De pronto, el cansancio la hizo tambalearse. Al verla, Hunt frunció el ceño y dijo:

—Asegúrate de que te levantas cada media hora o así.

—Sí —dijo ella, y se fue a lavar las manos.

No era el trabajo lo que la había cansado, sino la tensión de estar en la misma habitación que Hunt. ¿Él lo había notado? Al parecer no, ya que cada vez que ella lo había mirado de reojo él parecía concentrado en lo que estaba haciendo.

Sin embargo, ella se había dado cuenta de todos sus movimientos, de cada vez que se ponía de pie para consultar un libro. Se secó las manos y se cubrió la boca para acallar un bostezo. Al mirarse en el espejo vio que, tras una noche inquieta, tenía ojeras.

Después de una comida deliciosa, Hunt dijo:

—¿Te gustaría ir a montar a caballo? Hace un día precioso, y me gustaría verte montar.

—Me encantaría —dijo ella, pensando que un poco de aire fresco le sentaría bien.

—Ponte un chubasquero, o un jersey, suele hacer mucho viento. También un sombrero, porque aunque estés acostumbrada a tener que ponerte crema protectora en Dacia, Nueva Zelanda está justo debajo

de la capa de ozono.
—Por supuesto.
—¿Tienes botas?
—No de montar, pero sí unas que me servirán.
—Te veré dentro de media hora.
—Aunque me des media hora para prepararme, puedo estar aquí dentro de diez minutos —dijo ella, mirándolo a los ojos.
—Cuarto de hora.
—¡De acuerdo!
Entraron en un establo y Hunt sacó dos bridas y dos bocados
—Déjame llevar algo —dijo ella, y extendió la mano. Al ver que él dudaba le dijo—. ¡No soy de mantequilla, Hunt!
Sonriendo, él le tendió las bridas.
—Lleva eso.
En el prado cercano había cuatro caballos y una oveja. Todos levantaron la cabeza al verlos pasar.
—Primero dale de comer a la oveja —dijo Hunt—. Si no, es una lata.
Cía abrió la mano y dejó que la oveja comiera algunas nueces.
—¿Qué hace una oveja en el prado de los caballos?
—Solía ser una mascota, así que no se considera una oveja. Mike y ella se convirtieron en los mejores amigos, y los demás lo aceptan.
—¿Mike?
Hunt agarró al semental que ella había visto desde la ventana. El animal comió algo de su mano y esperó a que Hunt le pusiera la silla.
—Éste es Mike.
—Es un nombre muy prosaico para un animal como ése.
—Su nombre de verdad es Lucifer, pero es demasiado bueno para llamarse así.
Una yegua negra se acercó a la oveja como para pedirle que compartiera su comida. Cía le dio unas nueces y le acarició el hocico.
—He oído que hay perros y gatos que viven juntos, pero nunca había visto a una oveja con caballos.
—Aquí sucede de vez en cuando. Los caballos y las cabras también se llevan bien, y mi padre entrenó una vez a un caballo que no quería separarse de su mejor amigo, un burro —Hunt se agachó para atar la silla—. Ésa es Rio —dijo, mirando a la yegua—. ¿Quieres montarla?
—Sí, por favor.
Hunt preparó a la yegua y después guió a ambos animales hasta la puerta.

Observó cómo Cía se disponía a montarla y le preguntó:

—¿Quieres que te eche una mano?

—No, gracias —puso un pie en el estribo y se sentó en la silla de un solo movimiento. La yegua se movió un poquito y Cía la calmó con delicadeza. Hunt se subió a su caballo y se acercó a ella.

—Sé lo que estoy haciendo —dijo Cía con descaro.

—Y ahora yo también lo sé —contestó él—. Vamos.

La finca de Hunt era preciosa. Una gran extensión de tierra que iba desde la montaña al mar.

Tras contemplar el paisaje desde la altura, Cía suspiró y se volvió hacia Hunt.

—Te equivocas.

—A veces —dijo él, arqueando las cejas—. ¿A qué te refieres?

—Dijiste que esto no se parecía a un cuadro del Renacimiento. Sí se parece.

—Me sorprende que lo recuerdes —Hunt sospechaba que recordaba todo lo que él le había dicho—. La luz es diferente, por supuesto. En verano hay bruma, pero en invierno, la lluvia lo deja todo limpio.

—Está tan vacío —dijo ella—. Fresco y verde. Ni siquiera puedo ver una carretera… ah, sí, sí que puedo.

—Eso son cañadas —dijo él, y observó el terreno que se extendía por delante de ellos.

—¿Nunca se te ocurrió construir en la costa?

—Demasiado inaccesible. La carretera principal va hasta el centro de la isla —se volvió y señaló hacia las colinas—. Pero un día de estos pienso construir una casa en la playa, para reemplazar a la vieja cabaña de la bahía.

«¿Cuando tenga hijos?», pensó Cía, y se sorprendió al ver la mezcla de sentimientos que la idea le había provocado.

Hunt parecía estar en el sitio adecuado, sentado en su caballo, mirando la extensión de tierra que le pertenecía.

—Dueño de todo lo que ve —murmuró ella.

—No, ése es tu primo —dijo él, arqueando una ceja—. Pero Hinekura no es tan grande como Dacia.

—Dacia no pertenece a Luka. Es una monarquía democrática, no dictatorial —dijo ella a la defensiva, sorprendida porque era la primera vez que pensaba en su primo en toda la mañana.

Se dio cuenta de que el amor que sentía por Luka se había desvanecido como el recuerdo de las estrellas en un día soleado. Por

primera vez, desde la adolescencia, se sentía completa otra vez.

Y desnuda. Amar a Luka había sido su refugio. Y no era verdadero amor lo que había sentido por él, ya que le faltaba la respuesta intensa que las caricias de Hunt le provocaban.

Pero lo que sentía por Hunt tampoco era amor, sólo una respuesta física ante su presencia.

Quizá, algún día, encontraría a un hombre que combinara la ternura y la pasión. Pero cuando trataba de imaginárselo, sólo veía la cara de Hunt.

—Por cierto, esto me recuerda que anoche se me olvidó escribir a Luka y a Alexa, será mejor que lo haga en cuanto regrese. ¿Puedo conectarme a la línea de teléfono sin más, o necesito un cable especial?

—Lo miraré cuando lleguemos, pero imagino que necesitarás un cable especial. Nueva Zelanda está muy lejos de Dacia, y aquí hacemos las cosas de otra manera —Cía notó una extraña tensión en la espalda. Hunt agarró las riendas y dijo— Es hora de regresar.

La brisa cálida y húmeda acarició las mejillas de Cía y, cuando el semental se puso a galopar, ella permitió que su yegua lo siguiera, saboreando la oportunidad de satisfacer la furia de su interior.

Capítulo 9

UNA VEZ en casa, Cía subió por las escaleras sintiendo un placentero dolor en los muslos. Hacía mucho tiempo que no montaba a caballo y le resultaría muy fácil enamorarse de aquel lugar.

Se dio una ducha y se vistió con unos pantalones y una camiseta. Se puso el reloj y miró la estrella que le había regalado Luka. Estuvo a punto de ponérsela, para utilizarla como talismán contra algo que ni siquiera sabía identificar.

Pero era ridículo pensar que el regalo de Luka podía protegerla de...

¿De qué? No estaba enamorada de Hunt. Sólo se sentía atraída por su...

—Lo deseas —se dijo, mirándose al espejo—. Eres idiota, porque lo deseas tanto que ni siquiera puedes pensar con coherencia. Ha invadido tu mente, y cuando te toca es como si te hubiera caído un rayo —y a él le ocurría lo mismo. Quizá ella no tuviera experiencia, pero reconocía el reto de su mirada. Tratando de ignorar el fuerte calor que sentía en el vientre, se peinó y encendió el secador de pelo —. ¿Y qué vas a hacer al respecto? —le preguntó a su reflejo—. ¿Salir huyendo? ¿O ceder y tratar de sacarlo de tu cabeza?

Si se quedaba en Hinekura acabaría haciendo el amor con él. Sabía que sería inevitable.

Bostezó y se tapó la boca con la mano. Miró hacia la cama, pero sacó un libro de la estantería y se sentó en la butaca. Descansaría diez minutos e iría al piso de abajo. Pero se quedó dormida y se despertó cuando estaba anocheciendo y las estrellas empezaban a brillar en el cielo. Se puso de pie y se agarró al respaldo de la butaca para no caerse.

Cinco minutos más tarde, después de lavarse la cara con agua fría, abrió la puerta y se encontró con que Hunt se acercaba a su habitación.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó sin más.

—Parece que tengo un pronunciado caso de desfase horario —le dijo con una breve sonrisa que, esperaba disimulara el placer que sentía al verlo—. Otra noche de buen dormir y estaré bien, pero me sorprende, nunca había tenido desfase horario.

—Nunca habías volado a la otra parte del mundo. Es normal que tengas tu reloj interno descolocado.

—Siento ser una invitada tan aburrida —dijo ella.

—¿Aburrida? Nada de eso, princesa.

—No me llames así —dijo entre dientes.

Él la retó con la mirada.

—¿Cómo quieres que te llame?

«Querida. Mi amor. Mi corazón», pensó ella, pero contestó:

—Tengo un nombre.

Hunt hizo un gesto para que caminara a su lado.

—Tienes un nombre formal, Princesa Lucía, y un nombre familiar, Cía. Yo no soy familia tuya y soy neozelandés, lo que significa que no me gustan las formalidades, así que, te llamaré princesa. ¿Te apetece beber algo antes de la cena?

—Un zumo de naranja estaría bien.

Hunt la acomodó en una silla de la terraza para que contemplara el paisaje. Los pájaros cazaban insectos a la orilla del arroyo y el ruido del agua invadía el ambiente. Al otro lado unas luces iluminaban las rocas y resaltaban las plantas acuáticas.

—Me sorprende que no haya mosquitos aquí —comentó, cuando Hunt le entregó el vaso de zumo.

—Los mosquitos prefieren el agua estancada, y los pocos que hay se los comen los pájaros.

La luz iluminó el rostro de Hunt y Cía sintió que el deseo se apoderaba e ella. Bebió un poco de zumo y dijo lo primero que se le ocurrió.

—Está delicioso... tan dulce, y un poco ácido para darle chispa.

¡Cielos! ¡Estaba balbuceando!

Él la miró extrañado.

—Es un producto local. En Northland se cultivan muchos cítricos, mandarinas, naranjas, limas y limones. Pomelos también.

Mientras Cía escuchaba sus palabras, una profunda satisfacción la invadió por dentro. En lugar de reducirle la tensión que sentía, se la aumentó. Conocía lo que era el deseo, pero esa sensación de pertenencia era nueva, y sospechaba que más peligrosa.

Durante unos minutos, imaginó que no había hecho el amor con Hunt, que él no la despreciaba y que eran dos personas que acababan de conocerse.

Aquella noche, mientras dormía, consiguió que el amor que había sentido por Luka se desvaneciera, y por la mañana despertó con

recuerdos libres de dolor.

Permaneció tumbada en la cama escuchando a los pájaros. ¿Cómo había sucedido? Hasta la mañana del día anterior había estado convencida de que amaba a Luka, sin embargo, ese día todo había pasado, como si una noche bastara para limpiar el pasado.

«Una noche no», pensó con aprensión. «Hunt». Él había sido quien le había borrado los sentimientos del pasado, dejando sólo su manera de reaccionar ante su poderosa presencia.

«Pero amarlo es demasiado peligroso», se dijo. Había pensado que cuando consiguiera superar el amor que sentía por Luka, sería feliz. Sin embargo, mientras se vestía, se encontraba confusa y emocionada a la vez.

Así que debería haberse sentido aliviada cuando Hunt le dijo durante el desayuno:

—Tengo que irme a Perth, en Australia, unos días.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Cía tratando de combatir el sentimiento de pérdida.

—En media hora —la miró—. Hay algo de trabajo que puedes hacer, si te apetece. No es muy importante, y parece que aún no se te ha pasado el desfase horario —se bebió el café y se puso de pie—. No montes a caballo hasta que yo regrese.

—¿Quieres que Marty haga de socorrista cada vez que nade? —preguntó ella con dulzura.

—Buena idea. ¿Recibiste noticias de Dacia?

—Sí. Están bien, y Alexa te manda un beso.

Él asintió y la miró.

—Adiós. No hace falta que salgas —dijo él, y salió de la habitación.

«Brusco es la palabra que lo describe», pensó ella, preguntándose por qué estaba tan enfadada.

Comió una tostada, bebió una taza de té y permaneció en el comedor. Oyó cómo Hunt llamaba a Marty, el ruido de una puerta al cerrarse y el motor del Range Rover. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y permaneció sentada hasta que el ruido del avión la hizo ponerse de pie.

Salió a la terraza y saludó enérgicamente con la mano, riéndose cuando el piloto dirigió el avión hacia Auckland.

Marty entró en el comedor a la vez que ella:

—Así que la casa ha perdido su corazón —dijo la mujer con una sonrisa—. ¿Has comido bastante?

—Estoy bien, gracias —dijo Cía, y se dirigió al despacho para escribir las cartas que Hunt le había encargado.

Aunque lo echaba de menos, se adaptó a la vida de la ganadería con mucho placer. Paseaba por la zona, saludaba a los hombres que iban a caballo, hablaba con los niños que iban a la escuela y ayudaba a las mujeres a tender la ropa.

Todos eran amables y ninguno parecía asombrado por su presencia.

Por la noches, sola en la cama, sabía que pasaba los días esperando oír el ruido del avión en el que regresaría Hunt.

—Tienes ojeras otra vez —le dijo Marty el tercer día—. Ve a echarte una siesta.

—Ese maldito desfase horario —se quejó—. La próxima vez que cruce al otro lado del mundo lo haré por etapas.

—Puede que sea buena idea.

Una hora más tarde, Cía se levantó y sintió que algo había cambiado en la casa. Quizá había oído llegar al avión mientras dormía, porque era imposible que nada hubiera cambiado, excepto que sabía que Hunt estaba en casa.

Salió de la habitación y recorrió la casa. Hunt no estaba en el despacho, ni tampoco en la terraza.

Rodeó el jardín y se dirigió a la piscina.

Allí estaba. A Cía se le encogió el corazón.

Observó cómo sus fuertes brazos cortaban el agua al nadar. El sol hacía que resaltara el bronceado de su piel y, el agua, que su cabello pareciera más oscuro. Cía contuvo la respiración al verlo salir del agua y cubrirse con una toalla.

Fue entonces cuando él la miró.

—Hola, ¿cómo te ha ido el viaje? —dijo ella, forzando una sonrisa.

—Bien —se secó la espalda—. Pero me alegro de estar en casa.

Se acercó a ella y la besó. Pero esa vez no se reprimieron. Hunt levantó la cabeza enseguida y la miró:

—¿Ya te has decidido?

—Sí —dijo ella, y colocó la mano sobre el pecho de Hunt para sentir el latido de su corazón.

Él sonrió.

—Marty está en casa, así que será mejor que no la asustemos yéndonos al dormitorio ahora.

Cuando Cía se sonrojó, él se rió.

—Se marchará sobre las seis, tiene ensayo en el coro.

—¿Tienes alguna carta que quieras que haga? —preguntó ella—. Para rellenar el tiempo.

Hunt le cubrió la mano con la suya y la apretó contra su cuerpo.

—No. Vamos a montar hasta que se vaya. Me ayudará a mantener las manos alejadas de ti.

Y así fue. Pero aunque tuvieron cuidado de no tocarse, intercambiaron miradas que hicieron que la tensión que había entre ellos aumentara tanto que Cía pensaba que iba a explotar a causa del deseo frustrado.

Marty les dejó preparada una cena estupenda a la que ninguno hizo justicia. Después de llevar los platos a la cocina, Hunt dijo:

—Me gustaría hacer esto de forma romántica y llevarte en brazos hasta el piso de arriba, pero no me atrevo a tocarte.

—Yo tampoco me atrevo a tocarte, y aunque estoy segura que hacer el amor en la cocina es algo maravilloso, dudo que Marty lo apruebe.

Así que caminaron uno al lado del otro hasta el piso de arriba, conteniéndose. Cía había pasado cada segundo de los días anteriores deseando a Hunt y, aunque con la mente trataba de negárselo, su cuerpo parecía incontrolable.

Una vez en la habitación no sabía qué hacer. Se abrazó a él y lo miró con ojos entornados.

—No tengas miedo —dijo él—. Has conseguido meterte bajo mi piel. He pasado los tres últimos días excitado todo el tiempo, echándote de menos, controlándome para no llamarte cada diez minutos para oír tu voz.

—Al menos, tú sabías dónde estaba —dijo ella.

Hunt se acercó y la besó en los labios. Cía se estremeció y se rindió ante lo que le demandaba su propio cuerpo.

—Hunt… —gimió cuando él le abría la blusa y le besaba los pechos. La primera vez que hicieron el amor, él la había guiado despacio hasta el éxtasis. Sin embargo, esta vez ambos se quitaron la ropa con rapidez, acariciándose con desenfreno, entrelazando sus cuerpos. En el momento en que Hunt la poseyó, ambos empezaron a moverse rítmicamente, como si una ola salvaje los hubiera alcanzado y los llevara a un lugar desconocido donde compartirían el placer…

Mientras se recuperaban tras un explosivo orgasmo, Hunt se apoyó sobre los codos y la miró a los ojos como si tratara de leer su alma.

Ella lo miró también.

—¿Has demostrado lo que fuera que querías demostrar? —

preguntó ella.

—No —dijo él, y después—. Sí.

—¿No y sí?

—Que me deseas tanto como yo a ti.

Ella se humedeció los labios.

—¿Y el no?

—Que no eres más capaz que yo a la hora de resistirte —¿qué era lo que quería decir? Un dulce beso silenció la duda que a Cía le había surgido—. No quiero compartirte con nadie... Podemos tomarnos unos días libres. Recoge algo de ropa y nos iremos a la cabaña.

—¿A la casucha que querías derruir?

—Es rudimentaria, pero cómoda... no se parece en nada al cenador de Dacia.

—Me gusta lo de que sea cómoda, y que sólo vayamos tú y yo. ¿Cuánto tiempo estaremos allí?

—Haz la maleta para varios días.

—Estaré lista en veinte minutos —dijo llena de felicidad.

Hunt se desperezó.

—¿Hay alguna escuela para princesas donde enseñen a prepararse en la mitad del tiempo que el resto de las mujeres?

—Yo siempre he sido así —dijo Cía, sin mostrar la ilusión que le provocaban sus palabras.

La cabaña era pequeña y vieja, pero estaba limpia y la cama era grande y cómoda.

Era lo importante, porque durante los cuatro días siguientes apenas se alejaron de allí. Hunt llamaba a la finca cada mañana, para comprobar que todo iba bien. Pescaron. Nadaron. Leyeron. Hablaron. Pero sobre todo, hicieron el amor.

Cía nunca se había considerado una mujer apasionada. El amor que había sentido por Luka no había tenido contenido sexual, pero Hunt le había demostrado lo sensual que podía ser una mujer. Estaba tan sensibilizada a sus caricias, que bastaba una simple mirada y una media sonrisa para que estuviera preparada para recibirlo.

Una noche, mientras se quedaba dormida entre los brazos de Hunt, Cía pensó que él era un amante demasiado bueno. Le había enseñado las maravillas de los juegos preliminares, el insoportable placer que producía hacer el amor con ternura y delicadeza, y los deliciosos momentos después del éxtasis. Era un experto.

Como si hubiera leído su pensamiento, Hunt le mordisqueó el lóbulo de la oreja y le susurró al oído:

—Tengo la fantasía de hacerte el amor cuando no lleves más que joyas.

—No tengo muchas joyas —dijo ella, riéndose—. Si estuviéramos en Dacia podríamos pedir prestadas unas esmeraldas, pero aquí no.

Hunt se rió y la besó en el cuello.

—¿Y qué hay de la estrella de diamantes? —Cía se quedó paralizada y él la miró—. ¿No?

—No —dijo ella, forzando una risita—. Me la regaló Luka. Me daría vergüenza, sería como tener la fotografía de tu madre en la mesilla de noche.

Él se rió y la colocó sobre su cuerpo.

—Ya.

Cía se sentía invadida por diferentes pensamientos, pero no fue capaz de desarrollar ninguno. En ese mismo instante, se percató de que había cometido un gran error, se había enamorado de Hunt.

Y mientras él le acariciaba la espalda provocando en ella un fuerte deseo, comprendió que nunca había amado a Luka.

Luka pertenecía al pasado. Hunt al presente. Y no quería especular sobre el futuro.

Al día siguiente regresarían a la finca después de los cuatro días más maravillosos de su vida. Ella no quería marcharse, si permanecía allí, nada podría dañar la frágil relación que habían forjado.

Por supuesto, no podían quedarse. Hunt tenía una serie de reuniones en Auckland. Le había preguntado si quería acompañarlo, pero ella había dicho que no. No quería que el mundo se inmiscuyera en el idilio que compartían.

Pero cuando regresaron a la finca, ella se sentía animada y se despidió de él con una sonrisa.

Después, esperó a que regresara, durmiendo muchas horas para recuperar las horas de sueño que había perdido entre sus brazos.

Hunt regresó cinco días más tarde. Cía estaba nadando cuando oyó que se acercaba el avión. Emocionada, salió del agua y se dirigió a vestirse.

—Llegas demasiado tarde para ir a la pista con Ben —le dijo Marty cuando entró en la casa.

—Lo sé. Estaba nadando.

El ama de llaves se asomó a la puerta.

—Se alegrará de estar de vuelta. Ese viaje a Nueva Caledonia para visitar a un amigo ha sido tan repentino...

—Mm —Cía estaba radiante, y tan feliz de que Hunt hubiera

regresado que temía no ser capaz de ocultar su emoción.

Corriendo, subió por las escaleras y se asomó para ver cómo se acercaba el coche.

Hunt parecía cansado, y después de saludarla se disculpó por tener que trabajar hasta la hora de la cena. Decepcionada, Cía leyó y paseó por el jardín, esperando ansiosa a que llegara la noche.

A medida que pasaba el tiempo, Cía se percató de que algo había cambiado. La cercanía que habían tenido en la cabaña se había esfumado y cuando Hunt la miraba lo hacía con expresión indescifrable.

¿Habría conocido a otra mujer?

Dolida, Cía se ocultó tras la máscara de princesa. Habló de temas triviales y le contó todo lo que había sucedido desde que se marchó.

Al cabo de un rato, él dijo:

—Pareces cansada, quizá prefieres irte a la cama ahora.

—Eso haré —dijo ella, y se puso de pie—. Buenas noches.

Diez minutos después de que se retirara a su dormitorio alguien llamó a la puerta. Se dirigió a abrir. Era Hunt y llevaba un paquete pequeño en la mano.

—¿Sí?

—Tengo que hablar contigo —ella lo dejó pasar y observó cómo dejaba el paquete sobre la cama. Después, se volvió para mirarla—. El amigo que fui a visitar a Nueva Caledonia era Eduard Lorraine —Cía repitió el nombre en voz alta, como si nunca lo hubiera oído—. El padre de Máxime Lorraine.

—Lo sé —tragó saliva—. ¿Cómo está?

Hunt se encogió de hombros.

—Se ha casado de nuevo. He ido a su boda —ella lo miró y él le dedicó una gélida sonrisa—— Es un hombre práctico. Quiere a alguien a quien dejarle su dinero. Y Máxime está muerto. Se ha casado con una mujer lo bastante joven como para que le dé hijos —hizo una pausa—. Hablame de Máxime Lorraine.

El pánico se apoderó de ella.

—No sé qué quieres decir.

—¿Era tu amante?

Cía sintió que le temblaban las piernas.

—No éramos amantes, y ¿por qué quieres saber de él? —le preguntó distante.

Hunt ignoró su pregunta y arqueó las cejas.

—¿Qué sentías por él?

Cía le dijo la verdad.

—Me gustaba.

—¿Te gustaba? Pobre bastardo. Entonces, ¿por qué creía que ibas a casarte con él?

—Él... Yo esperaba... No tienes derecho a interrogarme.

—¿Esperabas que fuera un buen marido? ¿Un buen amante? ¿Que te mantuviera en el nivel de vida al que estás acostumbrada? ¿Que estuviera tan contento por haberse casado con una princesa que no le importara que buscaras otros hombres con los que saciar tu deseo?

—Creía que aprendería a amarlo —dijo ella, admitiendo su culpabilidad—. Pero no ocurrió. Y su propuesta de matrimonio me pilló de sorpresa... no estábamos lo suficientemente unidos para casarnos.

—Si eso es cierto, ¿por qué se quedó tan destrozado cuando lo rechazaste como para marcharse a esa estúpida expedición al Congo? ¿No sería que lo dejaste cuando supiste que su padre tenía problemas económicos?

Cía lo miró con orgullo.

—Mi rechazo no tuvo nada que ver con eso, él pensaba ir a esa expedición pasara lo que pasara.

—No según lo que dice su padre —la miró furioso.

Era una traición hablar así del pobre Máxime. Su padre nunca lo había tratado como un adulto y la expedición le brindaba la oportunidad de demostrar que podía cumplir las expectativas de su padre.

—Él quería mucho a su padre, pero me temo que no estaban unidos —dijo ella—. Quizá quieras decirme ¿qué tiene esto que ver contigo?

—¿Por qué no te enamoraste de él?

—¡Nadie se enamora de una persona siguiendo órdenes!

—Sobre todo si se está enamorado de otra persona, de alguien inalcanzable. Amabas a Luka cuando atrapaste a Máxime, y lo amabas cuando hiciste el amor conmigo. Ahora estás enamorada de él.

Cía sintió un escalofrío y notó que le sudaba la frente. Creía que se iba a marear, pero consiguió controlarse y dijo:

—No es cierto. Y aunque lo estuviera cuando conocí a Máxime, ¿qué tiene eso que ver contigo?

—No me gustaría suplantar a otro hombre. Es más, no se me ocurre nada más humillante que la idea de compartir mi cama con una mujer que está imaginándose a otro hombre en mi lugar.

Capítulo 10

NO! —exclamó Cía—. No fue así. —Pero estás enamorada de él. Por eso dejaste de ponerte su estrella cuando decidiste hacer el amor conmigo.

—Creía que estaba enamorada de él. Ahora sé que no lo estaba.

—¿Por qué? ¿Porque tuviste un orgasmo entre mis brazos? —inquirió él.

Cía no contestó. Intentar convencerlo implicaría revelar lo que sentía por él, y su orgullo se lo impedía. Tratando de controlar las náuseas, dijo:

—Lo único que puedo decirte es que cuando hicimos el amor no me imaginé a nadie más que a ti. Por supuesto, no puedo demostrártelo. ¿Y quién te ha dicho que estaba enamorada de Luka?

—Eduard. Al parecer, Máxime lo descubrió porque se lo dijo una mujer cuando estaba en Dacia. Aunque Eduard opina que lo que amabas era tu trabajo, cuando se enteró de que vivías aquí conmigo, decidió asegurarse de que yo supiera a lo que me exponía —sonrió sin una pizca de humor—. Pensaba que quizá me había enamorado de ti.

—¿Puedes marcharte, por favor?

—No antes de que hayas abierto tu regalo —dijo él.

—No lo quiero. Llévatelo.

—Es tuyo —dijo él—. No me gustaría que te marcharas de aquí sintiendo que has perdido el tiempo —agarró el paquete y le quitó el papel. Era una caja pequeña. La abrió y sacó una cadena de diamantes y un colgante precioso. Se lo mostró—. Son diamantes australianos. El color te pega más que las esmeraldas, o las piedras que te regaló tu primo. Considéralo el pago por los servicios prestados.

Cía sintió algo raro en el estómago. Miró a Hunt desesperada y se volvió, apresurándose para llegar al baño. Segundos más tarde, en medio de su malestar, oyó que él la había seguido y cerró los ojos mientras trataba de contener las arcadas.

Cuando todo terminó, se sentía débil y temblorosa. Hunt la ayudó a sentarse y le mojó el rostro con una toalla húmeda. Esperó a que se lavara los dientes y la llevó hasta la cama.

Por fortuna, la cadena de diamantes ya no estaba allí.

—Quédate aquí. Te traeré algo de beber.

—No quiero nada —susurró.

Pero Hunt le llevó una jarra de agua y un vaso. Se marchó después de que hubiera bebido un poco.

Agotada, Cía se quedó dormida y despertó al cabo de un rato con otra náusea. ¿Serían los nervios? ¿O un virus de estómago? Al menos, mientras vomitaba no podía recrearse en la aventura que había tenido con Hunt.

Después de darse una ducha, regresó al dormitorio y lo encontró enfadado y con el ceño fruncido. Cía se metió de nuevo en la cama.

—¿Tienes algo que decirme?

—¿Cómo qué?

—Marty dice que sigues durmiendo mucho rato.

—No me había dado cuenta de que era una espía —dijo ella, enfadada.

—Está preocupada por ti —dijo mirándola fijamente.

—Es evidente que estaba incubando un virus —dijo ella—. Me pondré bien.

—No bebes ni café ni vino.

—¿Ya empezamos? Cuando estoy sola no bebo alcohol.

—Pero normalmente bebes café. No lo has hecho desde que estás aquí.

Cía se encogió de hombros.

—Por algún motivo, el aroma del café no me gusta, así que he estado bebiendo té. ¿Qué tiene eso que ver con todo esto?

—Para algunas mujeres, tiene mucho que ver con estar embarazada.

—El sueño y la aversión por el café son síntomas comunes ¿Te estabas tomando la pildora cuando hicimos el amor la primera vez?

Cía se puso pálida.

—No, pero tú utilizaste protección...

—A veces fallan —dijo él—. Supuse que serías lo bastante sensata como para no hacer el amor a menos que no hubiera posibilidad de quedarte embarazada. Sin embargo, no te culpo a ti. Debería haberlo imaginado.

—Todo son suposiciones. No me siento...

—Si es mío, no puedes estar de más de quince días, así que imagino que no puedes sentir gran cosa. Sugiero que lo averigües.

—Si estoy embarazada, ¡te aseguro que es tuyo!

—De momento, descansa. Cuando abran las tiendas le diré a Marty que vaya a comprar un test de embarazo.

—No hace falta que la involucres en esto —dijo enfadada—. Ya ha hecho bastante contándote sus sospechas. Iré a comprarlo yo…

—¿Y correrás el riesgo de que alguien te reconozca?

—Nadie sabe quién soy —contestó.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado hablando con todo el mundo y nadie ha dicho ni una palabra al respecto.

—Lo saben —dijo él—, pero los neocelandeses no suelen dar mucha importancia a las visitas de la gente importante. Y todos los de la ciudad me conocen. Marty es de confianza. Cuando lo sepamos, ya veremos —Cía se recostó sobre la almohada y cerró los ojos—. ¿Estás bien?

—No —murmuró, y lo miró—. ¿Puedes salir de aquí y dejarme sola?

—Le diré a Marty que te traiga una tostada.

—No quiero nada, gracias.

Pero Marty le llevó la tostada de todas maneras, con té y zumo de naranja.

—Hunt dijo que te gustaba —le dijo, y dejó la bandeja sobre el regazo de Cía. Ella se sentó derecha—. Me levantaré dentro de una hora más o menos.

Cía se esforzó para tomarse la tostada y beberse el zumo.

Hunt tenía razón, después se sentía mucho mejor. Tanto así que, una hora más tarde, se levantó y se vistió. Ir al piso de abajo no era una opción, así que paseó por su dormitorio como si fuera un animal atrapado.

Al cabo de un rato, Hunt llamó otra vez a su puerta.

—¿Sí?

El abrió y le entregó una bolsa de papel.

—Y quiero ver los resultados —le dijo.

—¡Vete al infierno! Si estoy embarazada, no es asunto tuyo.

—Sí llevas a mi hijo en tu vientre, es asunto mío. Ahora, entra en el baño antes de que olvide la deferencia que hay que tener hacia las princesas.

Cía estaba tan enfadada que no fue capaz de articular palabra. Cerró la puerta de la habitación en sus narices.

Durante un rato, permaneció allí pensando en cómo podría vengarse de Hunt. Pero después, entró en el baño y leyó las instrucciones del paquete. Si estaba embarazada, regresaría a Dacia y tendría al hijo allí.

Siguió las instrucciones y esperó, mirando el palito para ver si cambiaba de color. Se tocó el vientre y, al levantar la vista, vio los ojos de Hunt en el espejo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Asegurándome de que estás bien —dijo él—. Dime la verdad, ¿quién es el padre?

—Tú —dijo ella, con voz trémula.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque era virgen hasta que me acosté contigo!

—No según lo que decía Máxime.

—Entonces, Máxime mentía. No me importa lo que te hayan dicho, nunca hice el amor con él— dijo furiosa—. Déjame pasar. Tengo que empezar a organizar mis cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó él, y dio un paso atrás.

—Regreso a Dacia. Puedes olvidarte de mí. Si estoy embarazada, no le diré a nadie que tú eres el padre. Puedo cuidar de mi hijo yo misma. Nunca se quedará solo.

—Tienes mucha razón, porque tú y yo vamos a casarnos.

Durante medio segundo, la esperanza se convirtió en gloria en su corazón, pero al mirar a Hunt todo se evaporó. A pesar de que deseaba aceptar todo lo que él le ofrecía, no podía casarse con un hombre que la despreciaba.

—No.

—Sí —dijo él.

—¿Por qué ibas a casarte conmigo si no crees que el hijo es tuyo?

—Sí creo que es mío.

—No crees nada de lo que te digo, ¿por qué vas a creer esto?

—Porque si eras virgen cuando hicimos el amor por primera vez, tiene que ser mío. La evidencia lo demuestra.

—¿Qué evidencia?

—Te sorprendiste con tu propia pasión y mostrabas una atractiva falta de experiencia. Estaba casi seguro de que eras virgen hasta que llegaste al orgasmo —Cía se sonrojó—. Seguro que no tengo que decirte que una mujer rara vez llega al orgasmo en su primera vez, así que decidí que eras relativamente inexperta, pero que había sido yo quien te había provocado el primer orgasmo.

—Ya. En otras palabras, la evidencia de tus propios ojos. Pero no tienes pruebas de que dejé a Máxime cuando me enteré de que su padre tenía problemas económicos.

—Tengo muy buenas pruebas. Tú, para empezar. He estado

contigo durante las dos últimas semanas y sé que entiendes de negocios. Te enteraste de la situación de Lorraine, y era bastante desalentadora. Pero Eduard Lorraine no me mentiría, y él me contó lo que Máxime le había dicho.

—Y crees que Máxime nunca mentiría a su padre.

—Cuando Eduard me dijo que estabas enamorada de Luka, todo tenía sentido. Te diste cuenta de que no podías esperar a que Luka reaccionara y se percatara de que eras la esposa perfecta, así que decidiste lo que haría cualquier princesa sensata y sin dinero. Buscaste un marido que pudiera mantenerte con el mismo nivel de vida al que estabas acostumbrada.

—Y cuando me di cuenta de que Máxime no podría mantener mis lujos, ¿me deshice de él? Tiene sentido... si eres un cínico. Dime, Hunt, ¿crees que estaba buscando otro hombre rico que me mantuviera? ¿Crees que decidí que tú servirías igual que Máxime?

—Eso no importa. Lo que importa es que estás embarazada y vas a casarte conmigo.

—¿Sin más? ¿Te casarás con la mujer que consideras una cazafortunas y que crees que está enamorada de otro hombre?

Hunt se acercó a ella y le dijo:

—Yo me encargaré del flechazo adolescente que sientes por Luka. Me aseguraré de que no lo eches demasiado de menos —Cía abrió la boca para decirle que ya no amaba a Luka, pero no dijo nada. Si Hunt se enteraba de que ella lo amaba, se aprovecharía de ello—. ¿Qué ibas a decir?

—Nada.

—Y me aseguraré de que no te falte de nada.

—¿Eso es un aliciente?

—La mayor parte de la gente opinaría que mi dinero a cambio de tu título y posición social, sería algo justo.

—¿Eso es lo que tú crees?

—¿Y tú?

—No, pero no te preocupes. Puedo presentarte a varias princesas que estarían encantadas de casarse contigo en esas condiciones —enojada, agarró la cadena de diamantes que encontró en la mesilla. Se volvió y se la tiró con rabia. Él no hizo ademán de agarrarla, así que cayó sobre la alfombra—. No voy a casarme contigo. No confías en mí lo bastante, así que ¿por qué voy a confiar yo en que seas un buen esposo y un buen padre para mi hijo? Si es que tengo un hijo —se volvió desafiante y se dirigió al baño.

Él la agarró y la giró para que lo mirara.

—Estoy seguro de que tienes una lista de princesas muy larga, pero ninguna de ellas tiene ojos de tigresa y piel tan fresca y frágil como la seda... hasta que se calienta con mis caricias. Tampoco, ninguna conseguirá hacerme reír y enfurecer. Ninguna otra mujer se ha metido en mi trabajo.

—Y ninguna otra mujer se ha dejado embarazar por ti.

—No llores —la besó en los ojos para secar sus lágrimas, y después en la boca.

Cía tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desmoronarse. Cuando la soltó, le dijo:

—Puedes hacer que te desee, pero no voy a casarme contigo.

—Te casarás conmigo —dijo él—. Te casarás conmigo aunque tenga que obligarte. Sé lo que es crecer siendo bastardo, todavía hacen alusiones a ello en las columnas de cotilleos. No permitiré que ningún hijo mío pase por eso.

Cía estaba muy pálida. Se dirigió hacia la cama y dio un traspié. Hunt se apresuró para agarrarla y la abrazó. Estaba decidido a protegerla aunque ella no quisiera.

—No voy a desmayarme —dijo ella—. En mi vida me he desmayado y tu bebé, si es que hay bebé, no va a hacer que empiece.

Hunt sonrió y la abrazó con más fuerza.

—Suéltame —susurró, y tuvo que repetirlo con más fuerza para que él le hiciera caso.

—De acuerdo —le dijo. La tomó en brazos y la llevó hasta la cama.

Ella lo miró y le dijo:

—No voy a casarme contigo.

—¿Y qué harás? ¿Regresar a Dacia y quitarle el protagonismo a Alexa? —se sentó a los pies de la cama.

—No lo he decidido todavía —dijo ella—. Es posible que todo sea una falsa alarma.

—Para mí es bastante seguro —dijo él con sarcasmo—. No sé cómo lo ves, pero lo último que deseo para mi hijo es que se críe en medio de la controversia y la especulación mediática —se fijó en que le temblaban los labios y que perdía el color de la cara—. Si queremos evitar todo eso, será mejor que nos casemos cuanto antes.

—Volveré a Dacia.

Hunt ya había oído bastante.

—La prensa internacional se volverá loca con la caída de la Princesa de Hielo, sobre todo ahora que Alexa también está

embarazada. No puedes volver.

Tenía razón. No podía hacerles eso a Luka y a Alexa. Esforzándose para tranquilizar su voz, dijo:

—Hunt, no puedes obligarme ni convencerme. Necesito pensar, y me lo estás impidiendo—cerró los ojos.

—Mírame —ella obedeció—. Tenemos varias cosas a nuestro favor, princesa. Congeniamos y sentimos pasión el uno por el otro —le acarició el vientre y retiró la mano—. Y un hijo —Cía permaneció en silencio—. Si no nos casamos pronto, el mundo sabrá que concebimos a la criatura antes de nuestro matrimonio. Siempre tendrán algo que contar, por quien eres tú y por quien soy yo —ella asintió con desgana —. Me encantaría que fuéramos una pareja normal y que pudiéramos llevar una vida corriente.

—No es cierto —dijo ella—. Podrías haber llevado una vida así, pero deseabas más.

—Normal o no, todavía te deseo —dijo, y se puso de pie—. Quiero que mi hijo sepa que tuvo unos padres que se preocupaban por él, y el uno por el otro, lo bastante como para casarse y darle raíces.

Cía sintió que se le encogía el corazón al pensar en el niño que nunca conoció a su madre y que ni siquiera sabía si el hombre al que llamaba papá era su padre de verdad.

—Yo tengo más que raíces. Tengo todo un árbol genealógico que abarca dos mil años. No significa nada. Mi padre utilizó su título y su encanto para convencer a mi madre de que se casara con él. Cuando el matrimonio se destrozó, ella utilizó drogas para tratar de curar el dolor que sentía y se mató. No se necesitan raíces, se necesita un cimiento firme. Lo importante es qué tipo de persona se llega a ser. Tu padre te enseñó bien, pero tenía muy buen material con el que trabajar.

—Mi hijo no va a crecer sin saber quién es —dijo él, impaciente. La miró y sonrió de forma que ella sintió que se le encogía el corazón —. Por suerte tengo las armas que asegurarán que disfrutarás siendo mi esposa.

Al ver que no contestaba, Hunt se agachó y ella exclamó:

—¡No! —él le acarició desde la boca hasta el centro de uno de sus pechos. Su roce era tan suave que Cía notó que se le secaba la boca y que su cuerpo deseaba más—. No voy a permitir que me convenzas. No sólo somos tú y yo... si estoy embarazada, tenemos que pensar en el niño. Un matrimonio infeliz es un infierno para un hijo, créeme, lo sé.

—Entonces, tenemos que asegurarnos de que no sea infeliz —dijo él—. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que enamorarte de tu primo fue un intento de reemplazar a tu padre por uno que te quisiera?

Cía lo miró sorprendida.

—Podría ser —admitió.

—¿Y Máxime Lorraine?

—Utilicé a Máxime —dijo en voz baja—. Me gustaba mucho, y no es una excusa, pero yo era infeliz y vulnerable. Esperaba... Pensaba que conseguiría amarlo. Pero cuando intentó hacerme el amor, me di cuenta de que no podía. Así que le dije que no era... que lo sentía.

Hunt se puso de pie y se acercó a la ventana.

—Lo que me saca de quicio es que lo hicieras de forma deliberada y con tanta frialdad.

—No conseguirás que me sienta peor de lo que me sentí por ello.

—Y tu cálculo. ¿Cómo podías no haberte enterado de los problemas económicos de su padre? Lorraine es una de las mayores empresas de Francia.

—Ya te lo he dicho, Alexa y yo estábamos organizando una boda —dijo indignada—. Era una locura, y no tenía tiempo de leer los periódicos ni de ver la televisión —hizo una pausa—. No puedo demostrar que no lo sabía, igual que no puedo demostrar que era virgen —se hizo un tenso silencio. Hunt no se movió. Él no la creía—. Pero no fue mi negativa lo que hizo que él se marchara a África, su intención era irse en esa expedición. Sabía que su padre no lo aprobaría, pero a él le hacía ilusión. Pensaba que demostraría de una vez por todas que era el hijo de su padre.

Hunt miraba por la ventana. Cía se fijó en sus anchas espaldas, en sus caderas y en sus piernas musculosas. Respiró hondo y trató de calmar su corazón.

No pedía que Hunt la amara, pero si no la creía, no podría casarse con él. La confianza era fundamental en cualquier relación. Sobre todo en el matrimonio.

—Nada de eso importa ahora —dijo él, y se volvió para mirarla—. Pediré cita para que te vea el doctor lo antes posible. Pero aunque sólo haya un cincuenta por ciento de posibilidades de que estés embarazada, te casarás conmigo.

Minutos más tarde, Cía permitió que el agua caliente de la ducha templara su cuerpo. Durante unos instantes de debilidad pensó que sería mejor un matrimonio práctico y sin amor que no volver a ver a Hunt jamás. Después de todo, la mayoría de sus antepasados habían

tenido matrimonios concertados. El sexo que compartían era estupendo y, con el tiempo, él aprendería a confiar en ella.

Acababa de salir de la ducha cuando alguien llamó a la puerta de la habitación. Sintió una náusea en el estómago y se percató de que la discusión con Hunt la había dejado agotada.

Respiró hondo y se dirigió a abrir.

—Tengo que marcharme —dijo Hunt, sin más preámbulo—. Ha habido un incendio en Sarawak, con víctimas. Tengo que ir para allá.

—¿Cuántos muertos?

—Diez, de momento. Es una empresa conjunta con varios pueblos, si voy para allá podré ver lo que necesitan, y tengo capacidad de llevar el equipo necesario a la zona. Cía, necesito que me prometas que no harás nada hasta que yo regrese.

—No tienes derecho a pedírmelo —dijo ella.

—Por favor —insistió él.

Una de las desventajas de amar a alguien era el deseo de hacerlo feliz. Con un toque de amargura, Cía contestó:

—Me quedaré.

Hunt asintió y la miró. Después se acercó a ella y la besó con tanta intensidad que Cía se asustó.

—Te veré a la vuelta —prometió, y salió de la habitación.

Media hora más tarde, Cía despidió el avión que se alejaba en el aire desde la terraza.

El incendio salió en el telediario de la noche, y también la llegada de Hunt con el equipo de bomberos. Cía lo vio hasta el final, y después se acostó con el miedo alojado en su corazón.

Al día siguiente decidió que tenía que ir a la ciudad a comprar algunas cosas. Cuando se lo dijo a Marty, la mujer la miró sorprendida.

—Haz una lista y pediré que te las traigan —dijo la mujer.

—Prefiero ir yo a buscarlas, gracias. Puedo llevarme el Range Rover, tengo el carnet de conducir internacional.

—No creo que Hunt apruebe tal cosa —dijo Marty—. Las carreteras están en muy mal estado. Iré contigo —miró el reloj de la cocina—. Dame media hora.

No sólo llevó a Cía en el coche, sino que permaneció a su lado mientras hacía las compras. Cía comprendió que Hunt le había dado órdenes de que no le dejara la oportunidad de marchar.

Todo aquello reforzaba el miedo que tenía sobre el matrimonio, la falta de confianza que Hunt tenía en ella la descolocaba. «Es una

ironía», pensó cuando regresaron a casa. Había pasado de no ser capaz de tener al hombre que quería a tener una oferta de matrimonio del hombre que amaba, una oferta que no podía aceptar.

Hunt regresó cuatro días más tarde, cuando consiguieron controlar el fuego sin que hubiera más víctimas mortales. Cía estaba cortando flores en el jardín cuando oyó el ruido del avión. La felicidad invadió su corazón.

El avión entró desde el mar y giró sobre la casa. Nada más desaparecer entre los arbustos, se oyó un ruido extraño en los motores.

Sintió que se le detenía el corazón. Y entonces, oyó cómo se estrellaba.

Capítulo 11

DESPUÉS, ni siquiera podía recordar lo que había hecho desde que escuchó el ruido del metal chocando contra el suelo hasta que se encontró en el Range Rover con Marty y Ben.

—Estarán bien. Ambos son buenos pilotos.

Nadie contestó. Se dirigieron hacia la pista de aterrizaje. Antes de llegar vieron el avión sobre la hierba y con un ala rota. Varias personas se agolpaban a su alrededor.

—Ha fallado el tren de aterrizaje —murmuró Ben—. Al menos no se ha dado la vuelta. Deberían estar bien. Seguro que llevaban el cinturón de seguridad.

En cuanto se detuvo el coche, Cía abrió la puerta y corrió hacia el avión. Uno de los pastores llamaba por el teléfono móvil, otro hombre corría hacia ella, una mujer se cubría la boca con la mano...

Cuando se acercó al avión, alguien la sujetó.

—Suélteme —gritó.

—No puedo, señorita. La gasolina está goteando. No debe acercarse más.

—Suélteme. Me quedaré aquí.

El hombre la soltó al ver que Ben estaba a su lado.

—No puedes hacer nada hasta que estén fuera del avión.

—¿Están bien? —preguntó tratando de ver si había movimiento entre los restos del fuselaje.

—Ambos están vivos —dijo el hombre que la había sujetado—, pero Hunt pierde el conocimiento. La ambulancia está de camino, pero tienen que sacarlos del avión cuanto antes.

El hombre no dijo por qué, pero ella lo sabía. El olor a gasolina era cada vez más fuerte.

Ben dijo a modo tranquilizador:

—Si fuera a salir ardiendo, lo habría hecho nada más estrellarse.

«Hunt... Por favor», pensó, deseando que estuviera bien.

Llegó una furgoneta y un hombre bajó con una camilla.

Primero sacaron al piloto, temblando pero consciente. Tardaron mucho más en sacar a Hunt, pero lo consiguieron. Los hombres agarraron la camilla y lo llevaron hacia la pista. Marty corría tras ellos con un botiquín.

Cía se acercó a ellos y se detuvo junto a la camilla. Miró a Hunt y vio que tenía la cara llena de sangre y que estaba pálido.

—Parece peor de lo que está —dijo Marty—. Puede sentir las piernas así que no se ha lesionado la columna. Lo han entablillado por si acaso. No te preocupes, es un hombre duro.

—Lo sé —dijo Cía en voz baja. Después sonrió y se dirigió a él—. Desde luego, sabes cómo hacer una buena entrada. La próxima vez, menos dramática, ¿vale?

Alguien se rió y Hunt levantó la mano. Cía se arrodilló para agarrársela.

—Seguro que tienes un fuerte dolor de cabeza. No hables —le dijo, y le acarició la mejilla.

Permaneció así hasta que llegó la ambulancia. Alejándose de él sólo para que la enfermera lo estabilizara. A poca distancia, el piloto estaba sentado envuelto en una manta térmica. Cuando ella se acercó, consiguió esbozar una sonrisa.

—¿Cómo está Hunt?

—Se pondrá bien —dijo Cía—. ¿Cómo está usted?

—Bien... No me golpeé en la cabeza —se encogió de hombros—. Intento pensar qué es lo que falló.

—No se preocupe, ambos habéis salido bastante bien.

—Sí, supongo que sí, maj... ¿Alteza? —preguntó avergonzado.

—Cía. Me llamo Lucía.

El hombre levantó la cabeza y dijo aliviado.

—Ya viene el helicóptero.

Cuando Ben se acercó a Cía, ella le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Van a llevarlos al hospital para hacerles un reconocimiento.

—Yo también voy —Cía corrió hasta el helicóptero.

Una mujer se interpuso en su camino.

—Lo siento, pero...

—Quiero estar con Hunt —dijo con decisión—. Soy su prometida.

—Te llevaré algo de ropa —Marty dijo desde detrás—. Puede que necesites quedarte allí toda la noche si ha tenido una conmoción.

—Gracias —dijo Cía. El viento de las hélices removió su cabello mientras subía al helicóptero.

Hunt permanecía con los ojos cerrados y el ojo se le estaba poniendo morado. Cía se arrodilló junto a él y susurró su nombre. Para su sorpresa, abrió los ojos. Pronunció su nombre sin sonido y ella comenzó a llorar en silencio.

—Está bien. Todo va a salir bien —le susurró al oído.

—¿Puedes sujetarle la mano? —la mujer que había intentado detener a Cía, le preguntó a Hunt. Él agarró la mano de Cía, y la mujer se rió—. También puedes mover los dedos de los pies, así que no estás muy mal —dijo—. Pero nos aseguraremos de ello antes de que te vayas a casa.

Una vez en el hospital, Cía esperó en la sala de espera a que terminaran de reconocer a Hunt. Se alegró al ver llegar a Marty y a Ben, porque al menos dejó de pensar en todo lo que podía haber sucedido.

Cuando por fin le permitieron entrar en la habitación de Hunt, él se volvió para verla entrar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

—Según los médicos, estoy bien. Un poco golpeado, pero nada grave. ¿Cómo estás tú?

—Bien, ahora que sé que estás bien —contuvo las lágrimas—. Tienes un aspecto interesante. La venda de la cabeza te sienta muy bien. ¿Te han puesto puntos?

—Sólo unos pocos —tragó saliva, y ella le ofreció un poco de agua que había en un vaso—. No era así como esperaba regresar.

—No. Y no vuelvas a hacerlo.

Entró el médico en la habitación y, después de presentarse, dijo:

—Bueno, habéis sido muy afortunados. Vamos a dejaros esta noche en observación, pero no os ocurre nada grave a ninguno de los dos. Si pasas bien la noche, tu prometida podrá llevarte a casa por la mañana.

—¿Prometida? —preguntó Hunt cuando el médico se marchó.

—No querían dejarme entrar en el helicóptero —murmuró ella.

—Ya veo. Estás llorando.

—Tengo derecho a ponerme así —dijo ella—. Te quiero.

Hunt permaneció en silencio durante largo rato. Después dijo:

—Un momento estupendo para decírmelo.

—No importa. Duérmete.

Debía de dolerle la cabeza, porque cerró los ojos y se durmió. Cía permitió que Marty y Ben la llevaran a un hotel, donde pasó casi toda la noche preguntándose qué era lo que le había hecho contar su mejor secreto.

A la mañana siguiente, Hunt estaba preparado para irse a casa. Cía quería que se metiera en la cama en cuanto llegara, pero él se negó a hacerlo.

—Estoy bien —le dijo—. Tú, sin embargo, estás un poco pálida.

¿Por qué no descansas?

—Puede que lo haga —era evidente que ella no estaba de humor para hablar.

En su habitación, se acercó a la ventana y contempló el jardín. Hunt sabía que lo amaba, pero ella sentía una mezcla de temor y esperanza.

El resto del día pasó con mucho ajetreo. Los periodistas se habían enterado del accidente y no dejaban de llamar. Hunt tuvo que reunirse con el gerente de la finca durante casi toda la tarde y, después, durante la cena no estuvo muy hablador. Se acostaron temprano.

Al día siguiente, durante el desayuno, él dijo:

—¿Te apetece ir a la playa?

—¿A la playa?

¿Iba a decirle que ya no quería casarse con ella? Una cosa era un matrimonio sensato y otra muy diferente casarse con una mujer que había confesado que lo amaba.

—Llevaremos el Range Rover y algo de comer. Pasaremos todo el día allí.

—Sería maravilloso. Pero yo conduzco.

Consiguió que Hunt sonriera por primera vez desde que salió del hospital.

—Vale. Tienes que aprender a conducir por la izquierda.

Tardaron casi una hora en llegar, y cuando detuvo el coche frente a la cabana, recordó con dolor las noches y los días que habían pasado allí.

—Eres una buena conductora —dijo Hunt.

—Gracias. ¿Sigues sin tener dolor de cabeza?

—Sí.

Dieron un paseo corto por la playa y Cía trató de relajarse. Estar junto a él era suficiente. Extendieron una manta cerca del coche y se sentaron en ella.

—¿Cuándo te diste cuenta de que ya no estabas enamorada de Luka?

—Ni siquiera estuve enamorada de él. Ahora lo sé. Mi madre se mató por amor, así que yo elegí a alguien inalcanzable.

—Seguro —dijo él.

—Siempre supe que él nunca me querría como un hombre ama a la mujer que desea.

—Pero cuando se casó con Alexa te quedaste desolada.

Ella se sonrojó.

—No estaba dispuesta a admitir que me daba miedo confiar en un hombre lo suficiente como para enamorarme de él.

—Así que elegiste a Máxime, a quien no amabas, porque también te sentías segura.

—Al menos, no me casé con él. Habría sido un desdichado —Cía lo miró un instante—. Recé para que no se matara por ser infeliz...

—Pocos hombres jóvenes se dejan morir por un corazón roto —dijo Hunt—. La expedición no estaba bien organizada. Cuando tuvieron problemas les quedaban muy pocos medicamentos, ni siquiera suficientes para bajarle la fiebre.

—¿Eso también te lo ha contado su padre?

—Sí. Pasé a verlo de regreso de Sarawak. Cuando aclaraba la herencia de Máxime, descubrió que había sido su hijo quien financió la expedición, así que contactó con uno de los miembros y éste le contó muchas cosas.

—Su muerte fue una lástima.

—Pero no fue culpa tuya —esperó un instante y cambió de tema—. Siento haberte hecho pasar por todo esto.

—Comprendo por qué estabas tan enfadado.

—Aun así, no tenía derecho a someterte a ello. Y no saber que estabas embarazada no es excusa —la miró a los ojos—. No te acostaste con él, pero ¿por qué te acostaste conmigo?

—Porque no pude controlarme —dijo con sinceridad—. Me despreciaba porque estaba convencida de que Luka era el amor de mi vida y, sin embargo, te deseaba a ti.

—Eso es sexo, no amor. Ambas cosas no tienen por qué estar relacionadas.

Cía sintió que se le encogía el corazón. Tenía que convencerlo de que además de desearlo, también lo amaba.

—Sé la diferencia —dijo ella—. Conocerte, hacer el amor contigo, hizo que me diera cuenta de que lo que sentía por Luka era una niñería. No quería aceptarlo porque me sentía idiota por haber sufrido durante todos esos años a causa de un sueño irreal. Por supuesto, lo quiero, pero no del modo en que te quiero a ti.

—Crees que me quieres porque te he brindado tu primera experiencia sexual. Está bien... ¡Cielos, fue maravillosa! Pero no te engañes pensando que es amor —dijo con indiferencia.

Sus palabras calculadoras, le arrebataron el último hilo de esperanza que le quedaba. Aquélla había sido la conversación más importante que había tenido nunca. Trató de explicar cómo se sentía.

—Sé la diferencia. Te deseé antes de quererte. Puede que esté loca, pero no soy estúpida.

—No estás loca. Eres una mujer apasionada obsesionada con el control.

—¡Mira quién habla! Cuando estuviste en Dacia, no podía dejar de pensar en ti. Estaba tan pendiente de lo que hacías que me quemaba el cerebro. Disfrutaba estando contigo. Me encantaban las conversaciones que manteníamos y me sentí una persona distinta —se puso de pie y se acercó a un árbol—. En cuanto a confundir el sexo con amor, antes de ayer, cuando nos dirigimos a la pista pensando que habíais muerto, ¡no pensaba en cuánto echaría de menos el sexo! —Hunt permaneció en silencio y ella pensó «No me cree. Nunca me creerá»—. No importa. Vi lo que le pasó a mi madre por casarse de forma inadecuada. No permitiré que me suceda a mí.

—Eres mucho más fuerte que tu madre. Y en esto, princesa, no tienes elección. Si no aceptas casarte conmigo, llamaré al periódico y les contaré todos los detalles de nuestra relación, incluido el hecho de que has pasado muchos años enamorada de tu primo.

—No lo harás.

—Me temo que ni Alexa ni tu primo disfrutarán del resultado de mis actos —dijo implacable—. Ni nuestro hijo cuando sea lo suficiente mayor para comprender lo sucedido.

Cía recordó lo que pasó tras la muerte de su madre. Los periodistas persiguiéndola y disparando las cámaras. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—¿Por qué no me crees? —dijo enfadada—. ¿Qué te hace pensar que eres capaz de leer mi pensamiento? ¿Qué quieres que haga para demostrártelo? ¿Darte la sangre de mi corazón? —se frotó los ojos.

—¿Cuándo te enamoraste de mí?

—Nada más llegar al aeropuerto te pusiste a hablar con sarcasmo y yo pensé: ¿Quién se ha creído que es? No creo en el amor a primera vista, pero me asusté, porque desde ese momento, mi mundo cambiaba cuando tú entrabas en él.

—Conozco la sensación. Yo vi a la mujer que llevó a la muerte a Máxime Lorraine y me asusté de lo que pensé. Me preguntaba si sería lo bastante rico para tener una oportunidad. Nunca había sentido tanto deseo, y traté de contenerlo con todo lo que podía. Cía, lo que intento decirte es que toda esta angustia no es necesaria —se acercó a ella y la abrazó. Sin volverla, la besó en el cuello y murmuró—. Amor, sexo, lo que sea... Tenemos mucho más que eso para forjar una

relación. Si no nos ponemos una meta muy alta, podemos conseguir un matrimonio decente.

—No me gustan las humillaciones en las ceremonias.

—Siento que pienses que casarte conmigo será humillante, pero lo harás de todos modos, aunque tenga que llevarte a rastras hasta el altar. Es lo que hay, princesa. Prometo ser fiel, y el mejor marido y padre que pueda. ¿Por qué es tan importante que crea que me quieres?

—¡No lo sé! Por orgullo, supongo... y porque no soy una niña. Sé lo que siento —cerró el puño y golpeó al árbol varias veces. Hunt le agarró la mano.

—¡Basta! —le ordenó, y la besó en el puño.

A Cía se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez.

—No suelo gritar todo el rato —gimió.

—Está bien. No llores... No llores, maldita seas.

La abrazó pero ella se resistió.

—¡Me pones tan enfadada!

—Ya lo veo —le tembló la voz—. No, no me pegues.

—¡No iba a hacerlo! —exclamó, y se dejó abrazar, rindiéndose entre sus brazos.

—Desde el principio, estuve seguro de que tras esa gélida princesa británica, se escondía una latina voluble.

La tomó en brazos y la llevó hasta la alfombra. Sin soltarla, se sentó y la colocó sobre su regazo.

—Y cada vez que tienes la oportunidad intentas sacarla a la luz.

Hunt aceptó la acusación con una sonrisa.

—Sólo para descubrir que tu autocontrol está a prueba de bombas excepto cuando hacemos el amor.

«Voy a tener que ceder», pensó Cía, atrapada por la seducción.

—Todo esto ha sucedido muy deprisa. Nos conocemos desde hace menos de un mes, y ninguno de los dos hemos podido pensar con coherencia, pero cuando el avión estaba cayendo, sólo podía pensar que no volvería a verte. La desesperación y la rabia se apoderaron de mí —continuó diciendo Hunt; al oírlo, las lágrimas se agolparon en la garganta de Cía—. Deja de luchar —susurró él contra su frente—. Tendremos un buen matrimonio, y quiero que tú y el bebé seáis felices.

La besó en los labios y ella se rindió. Siempre se rendiría ante Hunt, porque lo amaba.

Aunque hicieron el amor con poderosa energía, alimentada por la

adrenalina de la discusión, Hunt fue muy delicado hasta que ella lo tentó para que la poseyera con menos cuidado y la transportara hasta el único lugar que compartían sólo entre ellos dos.

Mucho más tarde, él retiró un mechón de pelo del rostro de Cía.

—Tenemos que casarnos lo antes posible.

Ella dudó un instante y aceptó su destino sin resentimiento.

—Pero primero tenemos que asegurarnos de que estoy embarazada.

—Incluso sin la prueba, sabría que estás embarazada.

—¿Cómo?

—Por que estás radiante y tienes un brillo especial —la besó en el vientre—. Y cuando me convencí de que no podía ser el desfase horario, tu manera de dormir me dio la pista —se sentó sin soltarla y la abrazó—. Sugiero que nos casemos en Dacia. De esa manera, Luka podrá asegurarse de que no es un rumor de la prensa. Aquí, si la noticia se extiende, quizá no seamos capaces de impedir que los helicópteros sobrevuelen la ceremonia.

—Me gustaría casarme allí. Y creo que deberíamos hacer una ceremonia privada.

El la besó en los párpados.

—Nos casaremos en la boda más grande que puedas organizar, si eso es lo que quieres.

—No gracias. Durante mi estancia en Nueva Zelanda he descubierto el valor de la intimidad. Pero si nos casamos en Dacia, el embarazo de Alexa hará que nadie se sorprenda por una boda pequeña.

—No me importa si todo el mundo se entera de que estás embarazada —dijo él—. Es más, tengo ganas de decirlo a viva voz. Quiero que tú y nuestro hijo os sintáis seguros conmigo.

—Serás un padre estupendo —dijo llorando—. ¡Espero no pasarme todo el embarazo gimoteando!

—Las hormonas —dijo entre risas—. Vamos, regresemos a la finca para terminar de organizarlo todo.

Aquella noche, justo antes de quedarse dormida entre los brazos de Hunt, Cía se preguntó de nuevo si no habría vendido su alma al futuro. Pero no había vuelta atrás. Quizá Hunt no la amara, pero la deseaba, a ella y a la criatura que llevaba en el vientre, y eso lo sabía de corazón. Nunca los abandonaría como hizo su padre con ella y con su madre. Tenía su palabra.

Tres semanas más tarde se casaron en la pequeña capilla del Oíd

Palace. Luka la acompañó hasta el altar y Alexa hizo de dama de honor. Entre los invitados, sólo se encontraban los familiares y amigos cercanos.

Después, se dirigieron en coche hasta Little Palace, donde celebraron una comida para las personalidades locales.

Alexa acompañó a Cía a cambiarse de ropa y le dijo cuando estuvieron a solas:

—No hace falta que te pregunte si eres feliz, estás radiante.

—Me siento estupendamente —Cía se quitó la corona de esmeraldas. Nunca volvería a ponérsela. Pertenecía a las mujeres de la familia real daciana y ella era la esposa del señor Hunter Radcliffe.

Su corazón cantaba de felicidad.

—Me he fijado en que ya no te importa que Hunt te llame princesa —dijo Alexa entre risas.

—Me gusta —admitió Cía.

—Lo suponía, ¡lo dice de una manera! Es estupendo que nuestros bebés vayan a nacer casi a la vez —dijo Alexa, y quitó unos lazos del vestido de Cía.

Cía se quedó helada.

—Oh, iba a contártelo pronto.

Alexa la abrazó.

—Luka y yo lo adivinamos en cuanto te vimos.

Luka está encantado, igual que yo. Desde el principio, estaba convencida de que Hunt y tú estabais hechos el uno para el otro.

—¿Por qué? ¡No tenemos nada en común!

—Será una tontería, pero hacéis muy buena pareja. Como buena fotógrafa, sé que hay algo que encaja —sonrió—. Y por supuesto, ¡tendríamos que haber estado ciegos para no darnos cuenta de las chispas que se forman cuando estáis juntos! Me alegro tanto de haber convencido a Luka para que no objetara nada cuando decidiste irte a Nueva Zelanda con Hunt, estuvo a punto de ponerse patriarcal y de insistir en que te fueras a Inglaterra.

—¿Eres bruja?

—Sólo quiero que todo el mundo sea tan feliz como yo. ¿Qué vas a hacer con tus planes de ir a la Universidad?

—Hunt dice que Nueva Zelanda tiene un sistema excelente para estudiantes que no pueden ir a clase —dijo Cía—. Lo utilizaré.

—Me alegro —la besó en la mejilla—. Te mereces ser feliz. Ahora, deja que te ayude a cambiarte de ropa.

Cía asintió, pero se preguntó si estaba loca por desear más, cuando

la mayor parte de las mujeres sentirían envidia de ella.

El ruido del helicóptero perdiendo altura hizo que Cía se pusiera de pie. Se acercó a la ventana del despacho y vio que todo iba según lo planeado. La carpa estaba montada y no parecía que fuera a llover el día que se celebraba la venta anual de ganado en Hinekura.

Sonriendo, volvió a los papeles que estaba leyendo.

Un poco más tarde, llamaron a la puerta.

—Adelante —era Hunt, y como siempre, Cía sintió que se le detenía el corazón—. Imaginaba que serías tú —se acercó a él—. ¿Has tenido buen viaje?

—No ha ido mal, pero me alegro de estar en casa —la abrazó—. ¿Cómo estáis vosotras?

—Las dos estamos bien —le agarró la mano y la colocó sobre su vientre—. Está muy activa. Ha oído tu voz y se ha alegrado de que estés de vuelta.

—¿Tú también?

—Por supuesto.

—Te quiero, Lucía.

En los cinco meses de matrimonio, Cía había sido más feliz que nunca, pero en aquel momento, con Hunt a su lado y el bebé moviéndose en su vientre, pensó que iba a estallar de felicidad.

—Yo también te quiero —le dijo.

Hunt la besó como si fuera algo preciado y maravilloso.

—No sé por qué me ha costado tanto admitirlo. La experiencia de mi padre con el amor, no me ayudó mucho. Amó a mi madre hasta el día de su muerte, pero ni siquiera cuando me di cuenta de que cuánto más tenía de ti, más quería, no fui capaz de aceptar que había algo más que una fuerte y apasionada amistad.

—Una vez me dijiste que tenía un problema con el control —le recordó—. Tú también.

—Y una vez que se admite que amas a alguien, se le cede el control a esa persona. Cada segundo del día que paso contigo, me siento más unido a ti.

Quiero algo más que tu cuerpo, tu inteligencia y tu discreción.

Ella le acarició la mejilla.

—Lo tienes —le dijo con voz suave—. Lo tienes todo de mí.

—Te quiero mucho, mi querida, mi amada, mi princesa. Has templado mi vida y mi frío corazón —le dijo abrazándola con fuerza —. Cada mañana, me despierto pensando: está aquí y pasaremos juntos el resto de nuestras vidas, pero nunca te lo había dicho porque

te daría demasiado poder.

—¿Y qué te ha hecho decírmelo hoy? —era tan feliz que apenas podía articular las palabras.

—Te he echado mucho de menos y, pensando en el accidente, me di cuenta de que era un cobarde. Tú tuviste el valor de decirme que me amabas, y quería que lo supieras —la miró con brillo en los ojos—. Así que, ¿me perdonarás por haber sido tan cabezota?

—¿Se lo pides a una mujer que se convenció de que estaba enamorada de un hombre durante diez años y nunca se preguntó por qué no deseaba hacer el amor con él? —se rió—. No es necesario que te perdone. Pero no dejes de amarme nunca.

—Lo prometo.

La besó y ella dijo:

—¡Ah! Se me olvidó decírtelo... Alexa ha dado a luz esta mañana. Ha sido niño. Y los dos están bien. Luka está feliz.

Sonó el teléfono y ella se levantó para contestar.

Hunt la observó, sorprendido de la libertad que sentía tras haber dicho lo que sentía. Ella empezaba a tener el vientre muy redondeado. Él soltó una carcajada, creía que podía conquistar el mundo para entregárselo a su princesa. Ella lo miró y el brillo dorado de sus ojos le dio la vida.

Sonriendo, Cía colgó el teléfono y se acercó a él.

—Cuando te abrazo, tengo todo lo que me importa en la vida —confesó Hunt.

—Lo mismo digo.

El bebé le dio una fuerte patada en el vientre. Ambos se rieron y continuaron el camino hacia un futuro común.

Robyn Donald — Serie Nobles y plebeyos 2 — Una princesa para él (Harlequín by Mariquiña)